

MINOTAURO 9

Brian W. Aldiss

EL ARBOL DE SALIVA

J. G. Ballard

John Brunner



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

PML

MINOTAURO

FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

Brian W. Aldiss	EL ÁRBOL DE SALIVA	3
John Brunner	LA ESTOFA DE LOS SUEÑOS	75
Kathleen James	EL OJO CIEGO DE DIOS	96
J. G. Ballard	DESPIERTA EL MAR	129
Judith Merril	LA ESCENA INGLESA (<i>Libros</i>)	142
Agustín Mahieu	LA PANTALLA INGLESA (<i>Cine</i>)	151

9

Minotauro. Nº 9. Julio-Agosto de 1967. Publicación bimestral. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction por acuerdo especial con Mercury Press, Inc., New York, U.S.A. Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. © 1967 Ediciones Minotauro, S. R. L., Humberto 1º 545, Buenos Aires, Argentina. Se terminó de imprimir el quince de agosto de 1967 en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires.

EDITORIAL

Ediciones Minotauro inicia esta nueva serie de publicaciones bimestrales presentando una verdadera antología de la ciencia-ficción inglesa actual. Las piezas más características son quizá las de Aldiss, Ballard y Brunner, por razones que Judith Merrill explica elocuentemente en este mismo número; pero la obra de Kathleen James es también, de algún modo, una pieza típica en el panorama inglés: la historia que no parece del género y que por eso mismo abre nuevas perspectivas al género.

Esta entrega de Minotauro incluye además dos nuevas secciones: cine y libros: un estudio sobre las letras inglesas en 1965, válido aun a pesar de la reciente desaparición —se espera que momentánea— de New Worlds. Estas secciones se complementarán próximamente con una serie de artículos dedicados principalmente a discutir la evolución y el significado del género. Es evidente —de acuerdo con nuestra experiencia editorial— que la ficción especulativa está cambiando día a día y que al público de habla castellana le interesa sobremanera ese cambio. Por este mismo motivo Minotauro presentará cada bimestre un mayor número de textos experimentales, artículos y relatos que no alcanzan siempre a conocer la difusión del libro.

En 1966, en el banquete anual de los escritores norteamericanos de ciencia-ficción, El árbol de saliva compartió junto con una obra de Roger Zelazny el premio a la mejor novela corta de 1965. El relato de Aldiss cuenta la historia de una espantosa invasión, y es también un homenaje al maestro H. G. Wells.

EL ÁRBOL DE SALIVA

Brian W. Aldiss

*No hay palabras ni lenguaje,
pero las voces se oyen entre ellos.*
SALMO XIX

—La cuarta dimensión me preocupa mucho —dijo el joven rubio, con un tono apropiado de seriedad.

—Ajá —dijo su amigo mirando el cielo nocturno.

—Me parece que hay muchas pruebas en estos días. ¿No crees que se la ve de algún modo en los dibujos de Aubrey Beardsley?

—Ajá —dijo su compañero.

Los dos jóvenes están de pie en una loma baja, al este de la somnolienta ciudad inglesa de Cottersall, mirando las estrellas, y a veces se estremecen a causa del helado mes de febrero. No tienen mucho más de veinte años. El que se preocupa de la cuarta dimensión se llama Bruce Fox. Es alto y rubio y trabaja como oficial segundo de una firma de abogados de Norwich: Prendergast y Tout. El otro, que hasta ahora sólo ha emitido un ajá o dos aunque es en verdad el héroe de este relato, se llama Gregory Rolles. Es alto y moreno, de ojos grises, bien parecido e inteligente. Rolles

© 1965, by Mercury Press.

y Fox se han prometido a sí mismos pensar con amplitud, distinguiéndose (por lo menos así lo creen ellos) del resto de los ocupantes de Cottersall en estos últimos días del siglo diecinueve.

—¡Ahí cae otro! —exclamó Gregory, apartándose al fin del dominio de las interjecciones.

Señaló con un dedo enguantado la constelación del Auriga. Un meteoro cruzó el cielo como un copo desprendido de la Vía Láctea y murió en el aire.

—¡Hermoso! —dijeron los dos jóvenes, juntos.

—Es curioso —dijo Fox prolongando su discurso con unas palabras que los dos usaban muy a menudo—, las estrellas y las mentes de los hombres han estado siempre muy unidas, aun en los siglos de ignorancia antes de Charles Darwin. Siempre parecieron desempeñar un papel oscuro en los asuntos humanos. A mí me ayudan a pensar con amplitud, ¿a ti no, Greg?

—¿Sabes lo que pienso? Pienso que algunas de esas estrellas pueden estar habitadas. Por gente, quiero decir. —Respiró pesadamente, abrumado por sus propias palabras.— Gente... quizá mejor que nosotros, maravillosa, que vive en una sociedad justa.

—Ya sé, ¡socialistas! —exclamó Fox. En este punto no compartía el pensamiento avanzado de su amigo. Había escuchado en la oficina al señor Tout, quien sabía muy bien cómo estos socialistas, de los que tanto se oía ahora, estaban destruyendo las bases de la sociedad—. ¡Estrellas pobladas por socialistas!

—¡Mejor que estrellas pobladas por cristianos! Bueno, si hubiese cristianos en las estrellas ya hubiesen enviado misioneros aquí a predicar el evangelio.

—Me pregunto si alguna vez habrá viajes planetarios como dicen Nunsowe Greene y Monsieur Jules Verne... —empezó a decir Fox, pero la aparición de un nuevo meteoro lo interrumpió en la mitad de la frase.

Como el anterior este meteoro parecía venir aproximadamente de la constelación del Auriga. Viajaba lentamente, era de color rojo, y crecía acercándose. Los

dos jóvenes gritaron a la vez y tomaron al otro por el brazo. La magnífica luz ardía en el cielo y ahora una aura roja parecía envolver un núcleo anaranjado más brillante. Pasó por encima de la loma (más tarde discutieron si no habían oído un leve zumbido) y desapareció detrás de un monte de sauces, iluminando un momento los campos.

Gregory fue el primero en hablar.

—Bruce, Bruce, ¿viste eso? ¡no era un meteoro!

—¡Tan grande! ¿Qué sería?

—¡Quizá un visitante de los cielos!

—Eh, Greg, tiene que haber caído cerca de la granja de tus amigos, los Grendon, ¿no te parece?

—¡Tienes razón! Mañana le haré una visita al viejo señor Grendon y veré si él o su familia saben algo.

Siguieron hablando, excitados, golpeando el suelo con los pies y ejercitando los pulmones. Era la conversación de dos jóvenes optimistas e incluía mucha especulación que comenzaba con frases como "No sería maravilloso que..." o "Supongamos que..." Al fin se echaron a reír, burlándose de todas aquellas ideas absurdas.

—¿Verás a toda la familia Grendon mañana? —dijo Fox tímidamente.

—Parece probable, si esa nave planetaria roja no se los ha llevado ya a un mundo mejor.

—Seamos sinceros, Greg. Tú vas a ver realmente a la bonita Nancy Grendon, ¿no es cierto?

Gregory palmeó risueñamente a su amigo.

—No estés celoso, Bruce. No hay motivo. Voy a ver al padre, no a la hija. Nancy es mujer, pero el viejo es progresista, y eso me interesa más por ahora. Nancy es hermosa, es verdad, pero el padre... ah, ¡el padre es eléctrico!

Riendo, se estrecharon alegremente las manos.

En la granja de los Grendon las cosas estaban bastante menos tranquilas, como Gregory descubriría pronto.

Gregory Rolles se despertó antes de las siete, como era su costumbre. Estaba encendiendo el pico del gas y deseando que el señor Fenn (el panadero dueño de la casa) instalase pronto luz eléctrica cuando unas rápidas asociaciones de ideas lo llevaron a pensar otra vez en el portentoso fenómeno de la noche anterior. Se entretuvo un momento en imaginar las posibilidades que abría el "meteorito" y decidió ir a ver al señor Grendon antes de una hora.

Tenía la suerte de poder decidir a sus años cómo y dónde pasaría el día, pues su padre era una persona adinerada. Edward Rolles había tenido la fortuna de conocer a Escoffier, en los años de la guerra de Crimea, y con la ayuda del notable *chef* había lanzado al mercado una levadura, *Eugenol*, de gusto más agradable que los productos rivales, y de efectos menos deletéreos, que había obtenido un considerable éxito comercial. Como resultado, Gregory estudiaba en una de las universidades de Cambridge.

Se había graduado ya y ahora tenía que elegir una carrera. ¿Pero qué carrera? Había adquirido —no tanto en clase como en sus charlas con otros estudiantes— cierta comprensión de las ciencias; había escrito algunos ensayos, bien recibidos, y había publicado algunos poemas. Se inclinaba por lo tanto hacia las letras, y la inquieta impresión de que en la vida había mucha miseria, fuera de las clases privilegiadas, lo habían llevado a pensar seriamente en una carrera política. Tenía también conocimientos firmes de teología, pero (y de esto por lo menos estaba seguro) no se sentía atraído por el sacerdocio.

Mientras decidía su futuro, había venido a vivir aquí, lejos de la familia, pues nunca se había entendido bien con su padre. Esperaba que la vida campesina de la Anglia Occidental le inspirara un volumen titulado provisionalmente *Paseos con un naturalista socialista* donde expresaría simultáneamente todas sus ambiciones. Nancy Grendon, que manejaba bien

el lápiz, podría dibujarle un emblemita para la página del título... Quizá hasta pudiera dedicarle el volumen a un autor amigo, el señor Herbert George Wells...

Se vistió con ropa de abrigo, pues la mañana era fría y nublada, y bajó a los establos del panadero. Ensiló la yegua, Daisy, montó y tomó el camino que el animal conocía bien.

El terreno se elevaba ligeramente alrededor de la granja, y la zona de la casa era como una islita entre pantanos y arroyos que hoy devolvían al cielo unos tonos grises y apagados. A la entrada del puentecito la puerta estaba entornada como siempre. Daisy se abrió paso entre el barro hacia los establos y Gregory la dejó allí, entretenida con la avena. La perra Cuff y el cachorro ladraron ruidosamente alrededor de los talones de Gregory, como de costumbre, y el joven caminó hacia la casa palmeándoles las cabezas.

Nancy apareció corriendo antes que Gregory llegara a la puerta de la casa.

—Hubo mucho alboroto aquí anoche, Gregory —dijo la muchacha, y Gregory notó complacido que ella se había decidido al fin a llamarlo por el nombre—. ¡Una cosa brillante! Yo ya me acostaba cuando se oyó el ruido y vino luego la luz. Corrí a la ventana a mirar y vi esa cosa grande parecida a un huevo que se hundía en el estanque.

La voz de Nancy, particularmente cuando estaba excitada, tenía el tono cantarín de las gentes de Norfolk.

—¡El meteorito! —exclamó Gregory—. Bruce Fox y yo mirábamos los hermosos aurigas que llegan siempre en febrero, y de pronto vimos uno muy grande. Me pareció que había caído por aquí cerca.

—Bueno, casi aterriza sobre la casa —dijo Nancy.

Estaba muy bonita esta mañana, con los labios rojos, las mejillas brillantes, y los rizos castaños todos albo-

rotados. En ese momento apareció la madre con delantal y gorra y echándose rápidamente un mantón sobre los hombros.

—¡Nancy, entra, no te quedes ahí, helándote de ese modo! Qué cabeza loca eres, muchacha. Hola, Gregory, ¿cómo marchan las cosas? No pensé que lo veríamos hoy. Entre y caliéntese.

—Buenos días, señora Grendon. Nancy me está contando de ese meteoro magnífico de anoche.

—Fue una estrella errante, según dijo Bert Neckland. Yo no sé, pero sí le aseguro que asustó a los animales.

—¿Se puede ver algo en el estanque?

—Déjame que te muestre —dijo Nancy.

La señora Grendon entró en la casa. Caminaba lenta y pausadamente, muy tiesa, y con una nueva carga. Nancy era su única hija. Había un hijo menor, Archie, un muchacho terco que había peleado con su padre y ahora era aprendiz de herrero en Norwich. La señora Grendon había tenido otros tres hijos, que no sobrevivieron a esa sucesión alternada de nieblas y vientos ásperos del este que eran los inviernos típicos de Cottersall. Pero ahora la mujer del granjero estaba grávida de nuevo, y le daría a su marido otro hijo cuando llegara la primavera.

Mientras se acercaba al estanque con Nancy, Gregory vio a Grendon que trabajaba con sus dos hombres en los campos del oeste. Ninguno alzó la mano para saludarlo.

—¿No se excitó tu padre con ese fenómeno de anoche?

—Sí ¡pero sólo en ese momento! Salió con la escopeta, y Bert Neckland fue con él. Pero no había nada más que unas burbujas en el estanque y vapor encima, y esta mañana papá no quiso hablar de eso, y dijo que el trabajo no podía interrumpirse.

Se detuvieron junto al estanque, una oscura extensión de agua con juncos en la otra orilla y más allá el campo abierto. Miraron la superficie ondulada y

luego Nancy señaló el molino negro y alto que se alzaba a la izquierda.

Las maderas del costado del molino y el aspa blanca más alta estaban salpicadas de barro. Gregory miró todo con interés. Pero Nancy seguía su propia línea de pensamientos.

—¿No te parece que papá trabaja demasiado, Gregory? Cuando no está afuera ocupado en las cosas del campo se pasa las horas leyendo sus panfletos y sus libros de electricidad. Descansa sólo cuando duerme.

—Ajá. No sé qué cayó aquí, pero salpicó bastante. No se ve nada ahora, bajo la superficie, ¿no es cierto?

—Como eres amigo de él, mamá pensó que podrías decirle algo. Se acuesta tan tarde, a veces cerca de medianoche, y luego se levanta a las tres y media de la mañana. ¿No le hablarías? Mamá nunca le dirá nada.

—Nancy, necesitamos saber qué cayó en el estanque, sea lo que sea. No puede haberse disuelto. ¿Es muy profunda el agua?

—Oh, no estás escuchando, ¡Gregory Rolles! ¡Condenado meteoro!

—Esto es un problema de interés científico, Nancy. No te das cuenta...

—Oh, problema científico, ¿eh? Entonces no quiero oír más. Me estoy helando. Quédate tú mirando si quieres, pero yo me voy adentro. Fue sólo una piedra que cayó del cielo, eso dijeron papá y Bert Neckland anoche.

Nancy se alejó rápidamente.

—¡Como si el gordo Bert Neckland supiese algo de estas cosas! —le gritó Gregory.

Miró las aguas oscuras. *Eso* que había llegado la noche anterior estaba todavía allí, al alcance de la mano. Tenía que descubrir los restos. Se le presentaron de pronto unas vívidas imágenes: su nombre en titulares en *The Morning Post*, la Sociedad Real que lo nombraba miembro honorario, su padre que lo abrazaba y le pedía que regresara al hogar.

Caminó pensativamente hacia el granero. Entró y las gallinas corrieron cloqueando de un lado a otro. Alzó la cabeza, esperando a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Recordaba haber visto allí un botecito de remos. Quizá cuando cortejaba a su futura mujer el viejo Grendon la había llevado a pasear por el lago Oats. El bote debía de estar ahí desde hacía años. Lo arrastró fuera del granero hasta la orilla. Las maderas estaban secas, y el bote hacía agua, pero no demasiado. Sentándose con cuidado entre la paja y la suciedad, Gregory empezó a remar.

Cuando estaba ya casi en el centro del estanque, dejó los remos y miró por encima de la borda. El agua estaba turbia, y no se veía nada, aunque Gregory imaginaba mucho.

Mientras Gregory miraba por un lado, el bote, inesperadamente, se inclinó hacia el otro. Gregory giró en redondo. Ahora la borda izquierda tocaba casi el agua y los remos rodaron dentro del bote. Gregory no alcanzaba a ver nada, pero... oía algo. Un sonido que se parecía al jadeo de un perro. Y la cosa que jadeaba así estaba a punto de volcar el bote.

—¿Qué es eso? —dijo Gregory sintiendo un frío que le subía por la espalda.

El bote se bamboleó, como si algo invisible quisiera trepar a bordo. Aterrorizado, Gregory tomó un remo, y sin pensar un momento lo dejó caer de ese lado del bote.

El remo golpeó algo sólido donde sólo había aire.

Dejando caer el remo, sorprendido, Gregory extendió la mano. Tocó una materia blanda. Al mismo tiempo algo le golpeó con fuerza el brazo.

Desde ese momento, Gregory actuó guiado sólo por el instinto. La razón no cabía allí. Recogió otra vez el remo, y lo descargó en el aire, y dio contra algo. Siguió un chapoteo y el bote se enderezó tan bruscamente que Gregory casi se fue al agua. El bote se balanceaba aún cuando Gregory se puso a remar fre-

néticamente hacia la costa. Arrastró la embarcación fuera del agua y corrió hacia la casa.

Sólo se detuvo cuando llegó a la puerta. Se sentía más sereno ahora, y el corazón ya no le saltaba aterrorizado en el pecho. Se quedó mirando la madera agrietada del porche, tratando de reflexionar en lo que había visto y en lo que había ocurrido. ¿Pero qué había ocurrido?

Haciendo un esfuerzo, regresó al estanque y se detuvo junto al bote mirando la superficie oscura del agua. Nada se movía, excepto unas ondas pequeñas en la superficie. Miró el bote. Había bastante agua en el fondo. Todo lo que ocurrió, se dijo, fue que el bote casi se me da vuelta, y me dejé dominar por un miedo idiota. Meneando la cabeza, arrastró la embarcación hasta el granero.

Gregory, como era su costumbre, se quedó a almorzar en la granja, pero no vio al señor Grendon hasta la hora de ordeñar.

Joseph Grendon estaba acercándose a la cincuentena y era unos pocos años mayor que su mujer. Tenía una cara delgada y solemne y una barba espesa que lo hacía parecer más viejo. Tenía un aspecto de hombre grave, en verdad, pero saludó a Gregory cortésmente. Los dos esperaron juntos a que las vacas entraran en el establo. Caía la tarde. Luego fueron al granero próximo, y Grendon encendió la máquina de vapor que a su vez pondría en movimiento el generador de la chispa vital.

—Huelo el futuro aquí —dijo Gregory, sonriendo. Ya había olvidado el susto de la mañana.

—Ese futuro llegará sin mí. Estaré muerto en ese entonces.

El granjero hablaba caminando, pausadamente, poniendo con cuidado una palabra delante de la otra.

—Eso dice usted siempre. Está equivocado. El futuro se precipita.

—No te lo niego, muchacho, pero no seré parte de ese futuro. Soy ya un hombre viejo. ¡Ahí viene!

Esta exclamación se refería a la luz que oscilaba en la lámpara piloto. Los dos hombres miraron con satisfacción la maravillosa maquinaria. A medida que la presión del vapor aumentaba, la correa de cuero giraba más rápidamente, y la luz de la lámpara era más intensa. Aunque Gregory venía de una casa donde había luz de gas y de electricidad, se sentía mucho más excitado aquí, en pleno campo. La lámpara incandescente más cercana estaba probablemente en Norwich, a casi un día de viaje.

Ahora un resplandor pálido iluminaba la estancia. Afuera, en cambio, todo parecía negro. Grendon asintió con un movimiento de cabeza, satisfecho, ajustó los quemadores de gas, y salió junto con Gregory.

Ahora, apartados de la bulla de la máquina de vapor, podían oír el ruido que hacían las vacas. Comúnmente, cuando las ordeñaban, las vacas estaban tranquilas. Algo las había alborotado ahora. El granjero corrió al cobertizo y Gregory lo siguió pisándole los talones.

Una lámpara eléctrica irradiaba luz sobre los establos. Los animales se revolvían inquietos, con la mirada extraviada. Bert Neckland estaba tan lejos de la puerta como era posible, con su bastón en la mano, boquiabierto.

—¿Qué demonios está mirando? —dijo Grendon.

Neckland cerró lentamente la boca.

—Nos llevamos un susto —dijo—. Algo entró aquí.

—¿Vio qué era? —preguntó Gregory.

—No, no había nada que ver. Fue un fantasma, sí, eso, un fantasma. Entró aquí y tocó a las vacas. Me tocó a mí también. Un fantasma.

El granjero resopló.

—Un vagabundo, seguramente. No pudo verlo porque la luz estaba apagada.

Neckland meneó la cabeza enfáticamente.

—Se veía bastante. Le digo que vino directamente

hacia mí y me tocó. —Calló y señaló el borde del establo.— ¡Mire! No digo mentiras, señor. Fue un fantasma, y mire, ahí hay una huella mojada.

Se acercaron y examinaron la tabla carcomida que separaba dos establos. Una mancha indefinida de humedad oscurecía la madera. Gregory recordó su experiencia en el estanque y sintió otra vez un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. Pero el granjero dijo tercamente:

—Tonterías, es un poco de baba de las vacas. Bueno, siga ordeñando, Bert, y dejemos esto. Es hora de que tome mi té. ¿Dónde anda Cuff?

Bert se volvió hacia Grendon con ojos desafiantes.

—Si no me cree a mí quizá crea a la perra. Cuff vio también la cosa y la persiguió. Recibió una patada, pero la hizo escapar de aquí.

—Veré si la encuentro —dijo Gregory.

Corrió afuera y se puso a llamar a la perra. Ya era casi de noche. Aparentemente nada se movía en el patio de adelante de modo que fue hacia el otro lado, sendero abajo, hacia la porqueriza y los campos, llamando siempre. De pronto se detuvo. Más allá, bajo los olmos, se oían unos gruñidos sordos y feroces. Era Cuff. Gregory se adelantó lentamente. En ese momento maldijo la luz eléctrica que había suprimido los faroles, y deseó también tener un arma.

—¿Quién está ahí? —llamó.

El granjero apareció a su lado.

—¡Vamos allá!

Corrieron juntos. Los troncos de los cuatro grandes olmos se recortaban claramente contra el cielo oriental, y detrás brillaba un agua plomiza. Gregory vio a Cuff y en ese instante la perra saltó en el aire, giró en redondo, y voló hacia el granjero. Grendon estiró los brazos y esquivó el golpe. Al mismo tiempo Gregory sintió un viento, como si alguien hubiese pasado corriendo, dejando en el aire un olor de barro estancado. Trastabillando, miró alrededor. La luz

pálida de los cobertizos se volcaba en la senda. Más allá de la luz, detrás de los graneros, se extendían los campos silenciosos.

—Mataron a mi vieja Cuff —dijo el granjero.

Gregory se arrodilló junto a Grendon y examinó a la perra. No tenía ninguna herida, pero la cabeza le colgaba flojamente a un costado.

—Cuff sabía qué había ahí —dijo Gregory—. Se lanzó al ataque y cayó. ¿Qué era eso? ¿Qué diablos era eso?

—Mataron a mi vieja Cuff —dijo el granjero otra vez, sin oír.

Tomó en brazos el cadáver de la perra, se volvió, y caminó hacia la casa. Gregory se quedó donde estaba, la cabeza y el corazón intranquilos.

Se sobresaltó de pronto. Unos pasos se acercaban. Era Bert Neckland.

—¿Y? ¿El fantasma mató a la perra?

—Mató a la perra, ciertamente, pero era algo mucho más terrible que un fantasma.

—Era un fantasma, señorito. Vi muchos en mi vida. No les tengo miedo a los fantasmas, ¿usted sí?

—Sin embargo, usted parecía bastante asustado en los establos, hace un minuto.

El campesino se llevó los puños a las caderas. Tenía sólo dos años más que Gregory y era un joven rechoncho, de cara encendida, y una nariz roma que le daba a la vez un aire de comedia y de amenaza.

—¿Sí, señorito Gregory? Bueno, usted también tiene un aspecto raro ahora.

—Estoy asustado, y no me importa admitirlo. Pero sólo porque esto que vino es mucho más espantoso que cualquier espectro.

Neckland se acercó un poco más a Gregory.

—Si tiene tanto miedo, quizá no vuelva usted por la granja en el futuro.

—Todo lo contrario.

Gregory echó a andar hacia la luz, pero el hombre le cerró el camino.

—Si yo fuera usted, no vendría —dijo y apoyó la frase hundiendo un codo en la chaqueta de Gregory—. Y recuerde que Nancy tenía interés en mí mucho antes que usted llegara, señorito.

—Oh, era eso. Me parece que Nancy puede decidir ella misma quien le interesa, ¿no le parece?

—Yo le estoy diciendo en quién está interesada, ¿entiende? Y será mejor que no lo olvide, ¿entiende?

—Subrayó el discurso con otro codazo. Gregory lo apartó colérico. Neckland se encogió de hombros y se alejó diciendo:— Las pasará peor que con un fantasma si sigue viniendo.

Gregory se quedó allí, inmóvil. El hombre había hablado con una violencia contenida, y eso quería decir que había estado alimentando odio durante un largo tiempo. No sospechando nada, Gregory se había mostrado siempre cordial y había atribuido la hosquedad de Neckland a torpeza mental, recurriendo a toda su vocación socialista para salvar esa barrera. Pensó un momento en seguir a Neckland y tratar de resolver el conflicto, pero eso parecería sin duda un signo de debilidad. Siguió en cambio el camino que había tomado el granjero con el cadáver de la perra y fue hacia la casa.

Aquella noche, Gregory Rolles llegó de vuelta a Cottersall demasiado tarde para encontrarse con su amigo Fox. A la noche siguiente hacía tanto frío que Gabriel Woodcock, el habitante más viejo del pueblo, profetizó que nevaría antes que el invierno terminara (una profecía no aventurada que se cumpliría antes de las cuarenta y ocho horas, impresionando así sobremanera a todos los aldeanos, a quienes les gustaba impresionarse y exclamar y decir: “Bueno, nunca lo hubiera creído”). Los dos amigos prefirieron encontrarse en *El caminante*, donde el fuego ardía más vivamente, aunque la cerveza era más débil, que en *Los tres cazadores furtivos* del otro extremo del pueblo.

Sin omitir ninguna circunstancia dramática, Gregory relató los acontecimientos del día anterior, aunque se saltó la belicosidad de Neckland. Fox escuchó fascinado, descuidando la cerveza y la pipa.

—Así son las cosas, Bruce —concluyó Gregory—. En ese estanque profundo acecha un vehículo de algún tipo, el mismo que vimos en el cielo. Y en él vive una criatura invisible de torcidas intenciones. Temo por la suerte de mis amigos, como puedes imaginar. ¿Te parece que debiéramos contárselo a la policía?

—Estoy seguro de que no sería ninguna ayuda para los Grendon que el viejo Farrish anduviese por allí tambaleándose de un lado a otro —dijo Fox refiriéndose al representante local de la ley. Chupó un rato la pipa y luego bebió un largo trago del vaso—. Pero no estoy seguro, en cambio, de que hayas sacado las conclusiones exactas, Greg. Entiende que no pongo en duda los hechos, por más asombrosos que parezcan. Quiero decir que de algún modo todos estamos esperando visitas celestiales. Las luces de gas y electricidad que están iluminando las ciudades del mundo tienen que haber sido una señal para muchas naciones del espacio. Ahora saben allá arriba que nosotros también somos civilizados. Pero quisiera saber si nuestros visitantes le han hecho daño a alguien, deliberadamente.

—Casi me ahogan y mataron a la pobre Cuff. No veo adónde vas. No se presentaron de un modo amistoso, ¿no es cierto?

—Piensa en qué situación se encuentran. Si vienen de Marte o de la Luna, sabemos que esos mundos son totalmente distintos al nuestro. Deben de estar aterrizados. Y no creo que puedas llamar acto inamistoso al hecho de que hayan querido entrar en tu bote. El primer acto inamistoso fue tuyo, cuando golpeaste con el remo.

Gregory se mordió los labios. Tenía que darle la razón a Bruce.

—Estaba asustado.

—Y quizá mataron a Cuff porque ellos también estaban asustados. Al fin y al cabo, la perra los atacó, ¿no es así? Me dan pena esas criaturas, solas en un mundo hostil.

—¿Pero por qué dices “esas criaturas”? Hasta ahora sólo apareció una sola, me parece.

—Atiende un momento, Greg. Has abandonado por completo tu actitud inteligente de antes. Preconizas ahora la muerte de todas las cosas, en vez de tratar de hablar con ellas. ¿Recuerdas cuando hablabas de mundos habitados por socialistas? Trata de imaginar que estos seres son socialistas invisibles y verás cómo te parecerá más fácil tratar con ellos.

Gregory se acarició la barbilla. Reconocía en su interior que las palabras de Bruce Fox lo habían impresionado mucho. Había permitido que el pánico lo dominara, y como resultado se había comportado tan inmoderadamente como un salvaje de algún rincón perdido del Imperio frente a la primera locomotora de vapor.

—Será mejor que vuelva a la granja y ponga todo en orden —dijo—. Si esas cosas necesitan ayuda, la tendrán.

—Eso es. Pero trata de no pensar en ellas como “cosas”. Piensa en ellas como si fuesen... ya sé, aurigas.

—Aurigas. Pero no te creas tan superior, Bruce. Si tú hubieses estado en ese bote...

—Ya lo sé, querido Greg. Me hubiera muerto de miedo. —Luego de este monumento de tacto, Fox continuó:— Haz como dices. Vuelve allá, y pon todo en orden, tan pronto como puedas. Estoy impaciente por conocer la nueva entrega de este misterio. No hubo nunca nada parecido, desde Sherlock Holmes.

Gregory Rolles regresó a la granja. Pero los arreglos de que había hablado con Bruce se retrasaron más de lo esperado. Esto se debió, principalmente, a que

los aurigas parecían haberse instalado en paz en el nuevo hogar, luego de los problemas del primer día.

No habían vuelto a salir del estanque, o así le parecía a Gregory, o por lo menos no habían provocado nuevas dificultades. El joven graduado lo lamentaba de veras, pues se había tomado muy en serio las palabras de su amigo, y estaba dispuesto a probar que benevolente y comprensivo era con estas extrañas formas de vida. Al cabo de algunos días empezó a pensar que los aurigas debían de haberse ido, tan inesperadamente como habían llegado. Luego un incidente menor le probó que no era así, y aquella misma noche, en su cuarto bien abrigado, sobre la panadería, le escribió a su corresponsal de Worcester Park, Surrey.

Querido señor Wells:

Debo disculparme por no haberle escrito antes, pero no había nuevas noticias acerca del asunto de la granja Grendon.

Hoy, sin embargo, ¡los aurigas se mostraron otra vez! Aunque esto de "se mostraron" quizá no sea un término apropiado para criaturas invisibles.

Nancy Grendon y yo estábamos en la huerta dando de comer a las gallinas. Hay todavía mucha nieve, y todo es muy blanco. Cuando las aves se acercaban corriendo a la batea de Nancy, noté que algo se movía en el otro extremo de la huerta. No era más que un poco de nieve, que caía de la rama de un manzano, pero el movimiento atrajo mi atención y entonces vi una procesión de nieve que caía y venía hacia nosotros de árbol en árbol. Las hierbas son altas allí, y pronto advertí que un agente desconocido apartaba los tallos. Le hice notar a Nancy el fenómeno. El movimiento en las hierbas se detuvo a unos pocos metros.

Nancy parecía realmente asustada, pero yo estaba decidido a mostrarme como un verdadero británico, y me adelanté y dije: "¿Quién es usted? ¿Qué quiere? Somos sus amigos, si viene usted amistosamente."

No hubo respuesta. Di otro paso adelante, y las plantas se abrieron de nuevo a los lados y me pareció que los pies de la criatura debían de ser grandes. Entonces, y por el movimiento de las hierbas, descubrí que la criatura había echado a correr. Le grité y corrí detrás. Las pisadas desaparecieron del otro lado de la casa, y no pude ver ninguna huella en el barro helado del patio. Pero el instinto me empujó hacia adelante, y dejando atrás el granero me acerqué a la laguna.

Entonces vi allí, sin ninguna duda, cómo el agua barroza se levantaba recibiendo un cuerpo que se deslizaba lentamente. Unas astillas de hielo se apartaron cerca de la orilla, e inclinándome hacia adelante pude ver dónde desaparecía aquel ser extraño. Hubo una agitación en el agua, y nada más. La criatura, era indudable, había bajado, zambulléndose, al misterioso vehículo de las estrellas.

Estas cosas o gentes —no sé cómo llamarlas— deben de ser acuáticas. Quizá vivan en los canales del planeta rojo. Pero imagínese, señor, ¡una humanidad invisible! La idea es tan maravillosa y fantástica que parece arrancada de algún capítulo de su libro La máquina del tiempo.

Envieme por favor sus comentarios, y crea usted en mi cordura y en la precisión de mis informes.

Amistosamente suyo

Gregory Rolles

Gregory no contó sin embargo que Nancy se había abrazado a él más tarde, en el calor de la sala, y le había confesado que tenía miedo. Y Gregory había rechazado la idea de que estos seres fueran hostiles y había visto admiración en los ojos de la muchacha. Al fin y al cabo, pensó entonces, Nancy era una joven realmente bonita, y quizá valía la pena desafiar las iras de aquellos dos hombres tan diferentes: Edward Rolles, su padre, y Bert Neckland, el campesino.

El tema del rocío maloliente se discutió una se-

mana más tarde, a la hora del almuerzo. Gregory había ido otra vez a la granja pretextando que quería mostrarle al señor Grendon un artículo sobre electricidad.

Grubby fue el primero en mencionar el tema delante de Gregory. Grubby y Bert Neckland eran toda la fuerza laboral con que contaba Joseph Grendon, pero mientras que a Neckland (suficientemente civilizado según el consenso general) se le permitía alojarse en la casa y tenía un cuarto en el altillo, Grubby, en cambio, dormía en un cuartito de adobe muy alejado del edificio principal de la granja. La miserable choza, que Grubby dignificaba llamándola "mi casa", se alzaba del otro lado de la huerta de modo que los ocupantes de los establos arrullaban con sus gruñidos el sueño del rústico.

—Nunca tuvimos un rocío así, señor Grendon —dijo Grubby, con tono firme, y Gregory pensó que el hombre ya debía de haber dicho algo parecido, en las horas de la mañana; Grubby nunca se aventuraba a decir nada original.

—Pesado como un rocío del otoño —replicó el granjero, como si continuara una discusión.

Siguió un silencio, interrumpido sólo por una masticación general y los largos sorbos de Grubby, mientras todos se abrían paso entre vastos platos de conejo cocido y cereales.

—No es un rocío común —dijo Grubby al cabo de un rato.

—Huele a renacuajos —dijo Neckland—. O a agua estancada y podrida.

Más masticación.

—Debe de tener relación con el estanque —dijo Gregory—. Algún fenómeno raro de evaporación.

Neckland resopló. Desde la cabecera de la mesa el granjero interrumpió sus operaciones de carga y descarga para apuntar con un tenedor a Gregory.

—En eso quizá tenga usted razón. Y le diré por

qué. Ese rocío ha caído sólo en nuestra propiedad. A un metro del otro lado de la cerca el camino está seco. Seco como un hueso.

—Así es, señor —convino Neckland—. Yo mismo vi que el campo del este estaba todo mojado y que en el helecho del prado no había caído una gota. Es raro de veras.

—Digan ustedes lo que quieran, yo nunca vi un rocío así —dijo Grubby, y pareció que había resumido los sentimientos de todos.

El extraño rocío no cayó otra vez. Era un tópico de conversación limitado, y aun en la granja donde no había mucho de que hablar, se lo olvidó en unos pocos días. Pasó el mes de febrero, ni mejor ni peor que otros febreros, y concluyó con pesadas tormentas de lluvia. Llegó marzo, dejando entrar en los campos una helada primavera. Los animales de la granja comenzaron a parir sus crías.

Los nuevos animales llegaban en cantidades asombrosas, como para destruir las ideas del granjero sobre la esterilidad de su tierra.

—¡Nunca vi nada parecido! —le dijo Grendon a Gregory.

Gregory no había visto nunca tampoco al taciturno granjero tan excitado. Grendon tomó al joven por el brazo y lo llevó al granero.

Allí Trix, la cabra, estaba tendida en el suelo con un grupo de tres cabritos de color castaño y blanco amontonados en el flanco, mientras que un cuarto se alzaba temblando sobre las patas ahusadas.

—¡Cuatro! ¿Ha oído hablar alguna vez de una cabra que tuviera cuatro crías? Será bueno que escriba usted a los periódicos de Londres, Gregory. Pero espere a que vayamos a la porqueriza.

Los chillidos que venían de las porquerizas eran más fuertes que de costumbre. Mientras descendían por el sendero, Gregory alzó los ojos hacia los olmos, de contornos verdes, y creyó descubrir una nota si-

niestra en los chillidos, algo histérico que estaba relacionado de algún modo con el ánimo de Grendon.

Los cerdos de Grendon eran de todo color, con preponderancia de animales negros. Comúnmente tenían camadas de unos diez lechones. Ahora no había ningún animal que no hubiese tenido por lo menos catorce crías. Alrededor de una cerda enorme y negra correteaban dieciocho cerdos pequeños. El ruido era tremendo, y mirando este enjambre de vida Gregory se dijo que era un disparate imaginar ahí algo sobrenatural. Sabía tan poco de la vida en las granjas. Luego de haber almorzado con Grendon y los hombres —la señora Grendon y Nancy habían ido al pueblo en el carro— Gregory fue a dar una vuelta sintiendo aún una honda y (se dijo) insensata inquietud.

El sol de la tarde era pálido y no penetraba muy profundamente en las aguas del estanque. Sin embargo, mientras Gregory, de pie junto a la artesa del caballo, miraba pensativamente el agua, vio de pronto que el estanque era un hervidero de renacuajos y ranas. Se acercó un poco más. Innumerables criaturas minúsculas nadaban animando el agua estancada. Un coleóptero salió de pronto de las profundidades y se apoderó de un renacuajo. Los renacuajos proporcionaban también alimento a los dos patos que nadaban con sus crías en los juncales del otro extremo del estanque. ¿Y cuántas crías tenían los patos? Una armada de patitos desfilaba entre las cañas.

Durante un minuto Gregory se quedó allí, titubeando, y al fin volvió lentamente sobre sus pasos. Cruzó el patio hacia el cobertizo y ensilló a Daisy. Montó y se alejó sin despedirse de nadie.

Cuando llegó a Cottersall fue directamente a la plaza del mercado. Vio allí el carro de los Grendon, con el pony de Nancy, Hetty, entre las varas, frente a una tienda de víveres. La señora Grendon y Nancy salían en ese momento. Echando pie a tierra, Gregory llevó a Daisy por la brida y saludó a las mujeres.

—Íbamos a visitar a mi amiga la señora Edwards y a sus hijas —dijo la señora Grendon.

—Si usted fuera tan amable, señora Grendon, yo le agradecería que me dejase hablar en privado con Nancy. Mi casera, la señora Fenn, tiene una salita en la trastienda y sé que ella nos dejaría hablar allí. Sería completamente respetable.

—Me importa poco lo respetable. Que la gente piense lo que quiera, como digo siempre. —Sin embargo, la señora Grendon se quedó meditando un rato. Nancy, junto a su madre, bajaba los ojos. Gregory la miró y le pareció que la veía por primera vez. Bajo el abrigo azul, de forro de piel, Nancy llevaba su vestido ajedrezado, naranja y castaño, y se había puesto un bonete en la cabeza. La piel de la cara era rosada y delicada como piel de durazno, y las largas pestañas le ocultaban los ojos oscuros. Los labios eran firmes, pálidos, bien dibujados, y se le plegaban delicadamente en las comisuras. Gregory se sentía como un ladrón, contemplando a hurtadillas la belleza de Nancy mientras ella no lo miraba.

—Iré a visitar a la señora Edwards —dijo al fin Marjorie Grendon—. No me importa lo que hagan ustedes dos siempre que se comporten decentemente... Pero me importará, recuérdelo, si no llegan a casa de la señora Edwards dentro de media hora. Nancy, ¿me has oído?

—Sí, mamá.

La panadería estaba en la calle próxima. Gregory metió a Daisy en el establo y entró con Nancy en la sala por la puerta de atrás. En esta hora del día, el señor Fenn descansaba en el primer piso y su mujer cuidaba la tienda, de modo que la salita estaba vacía.

Nancy se sentó muy derecha en una silla y dijo:

—Bueno, Gregory, ¿de qué se trata? Qué ocurrencia arrancarme así de mi madre en medio del pueblo.

—Nancy, por favor, tenía que verte.

Nancy frunció los labios.

—Pues vas a la granja bastante a menudo y no he notado allí que tuvieras mucho interés en verme.

—Qué disparate. Siempre voy para verte, sobre todo en estos últimos tiempos. Además tú estás más interesada en Bert Neckland, ¿no es cierto?

—¡Bert Neckland! ¿Por qué he de estar interesada en ese hombre? Aunque no sería asunto tuyo si me interesara.

—Es asunto mío, Nancy. ¡Te quiero, Nancy!

Gregory no había pensado en declararse de este modo, pero ahora ya era tarde y atacó a fondo cruzando el cuarto y arrojándose a los pies de Nancy y tomándole las manos.

—Nancy, querida Nancy, dime que te gusto un poco. Aníname de algún modo.

—Eres un caballero muy fino, Gregory, y te tengo cariño, claro está, pero...

—¿Pero?

Nancy obsequió otra vez a Gregory bajando los ojos.

—Tu posición social es muy distinta de la mía, y además... bueno, tú no haces nada.

Gregory se quedó mudo de sorpresa. Con el egoísmo natural de la juventud, no había pensado que Nancy pudiera rechazarlo con ninguna objeción seria, pero ahora descubría la verdad de su propia posición, por lo menos tal como la muchacha la veía.

—Nancy... yo... bueno, es cierto que puede parecerme que ahora no trabajo. Pero leo y estudio mucho aquí, y me escribo con mucha gente famosa del mundo. Y estoy a punto de tomar una decisión muy importante acerca de mi carrera futura. Te aseguro que no soy un haragán, si eso es lo que piensas.

—No, no pienso eso. Pero Bert dice que pasas muchas noches bebiendo en *El caminante*.

—Ah, Bert lo dice, ¿eh? ¿Y qué puede interesarle a Bert que yo vaya a *El caminante*? ¿Qué puede interesarte a ti además? Condenado impertinente...

Nancy se puso de pie.

—Si no tienes otra cosa que decir además de un montón de juramentos iré a encontrarme con mi madre, si me lo permites.

—Oh, Dios. Estoy confundiéndolo todo. —Gregory tomó a Nancy por la muñeca.— Escúchame, querida. Sólo te pido una cosa: que trates de verme desde una perspectiva favorable. Y que me permitas decir algo de la granja. Están ocurriendo cosas raras y no me gusta saber que pasas allí la noche. Todas esas criaturas que nacen, todos esos cerditos... ¡es sobrenatural!

—Pues a mi padre no le parece sobrenatural, y a mí tampoco. Papá trabaja mucho, y ha criado muy bien a sus animales, y eso lo explica todo. No hay mejor granjero en muchos kilómetros a la redonda.

—Oh, por supuesto, es un hombre maravilloso. Pero no fue él quien puso siete u ocho huevos en un nido de gorrión, ¿no es cierto? No fue él quien echó tantos renacuajos y mosquitos en el estanque. Este año hay algo raro en la granja, Nancy, y quiero protegerte.

Gregory hablaba muy seriamente, advirtió Nancy, y además estaba muy cerca, y le apretaba ardientemente la mano.

—Querido Gregory —dijo la muchacha algo apaciguada—. No sabes nada de la vida en el campo, a pesar de todos tus libros. Pero me agrada que te preocupes.

—Siempre me preocuparás, Nancy, hermosa criatura.

—¡Me harás enrojecer!

—Sí, por favor, enrojece, pues así pareces más hermosa aún.

Gregory abrazó a la muchacha, y cuando ella alzó la cabeza, mirándolo, la acercó aun más y la besó fervientemente.

Nancy ahogó un grito y se apartó, pero sin mucha prisa.

—¡Oh, Gregory! ¡Oh, Gregory! ¡Mamá está esperándome!

—Otro beso. No te irás si no me das otro beso.

Gregory la besó y se quedó junto a la puerta temblando de excitación. Nancy salió, susurrando:

—Ven a vernos pronto.

—Con el mayor de los placeres —dijo Gregory.

Pero en la próxima visita hubo más miedo que placer.

Cuando Gregory llegó a la granja, el carro estaba en el patio cargado con cerdos que chillaban. El granjero y Neckland trabajaban alrededor.

—Tengo la oportunidad de obtener una ganancia rápida, Gregory —dijo el granjero animadamente—. Las marranas no alcanzan a alimentar a todos estos, pero los lechones son estimados en Norwich. Bert y yo los llevaremos al tren de Heigham.

—¡Han crecido mucho desde la última vez!

—Ah, sí. Un kilo por día. Bert, será mejor traer una red y echarla sobre el carro o se escaparán. ¡Cómo se mueven!

Los dos hombres fueron hacia el granero, chapoteando. Algo aplastó el barro detrás de Gregory. Se volvió.

En el estercolero, entre el establo y el carro, aparecieron las huellas de unas pisadas: dos huellas paralelas. Parecían imprimirse solas en el barro. Gregory sintió un escalofrío de terror sobrenatural y no se movió. Las huellas se acercaron y un color gris perlado se extendió de algún modo sobre la escena.

El caballo se agitó, intranquilo. Las huellas llegaron al carromato, que crujió levemente, como si alguien se hubiese trepado encima. Los cerdos chillaron, aterrorizados. Uno de ellos escapó saltando por arriba de las tablas. Siguió un terrible silencio.

Gregory seguía inmóvil, paralizado. Oyó un raro ruido de succión en el carro, pero no podía apartar los ojos de las huellas barroosas. No eran las huellas de un hombre sino de algo que arrastraba unos pies pa-

recidos a las aletas de una foca. De pronto recobró la voz:

—¡Señor Grendon! —gritó.

Sólo cuando el granjero y Bert llegaron corriendo desde el granero, se atrevió a mirar el carro.

Un último animal parecía estar desinflándose rápidamente como un globo de goma. Al fin el cuero flaccido cayó entre las pieles de los otros animales: un montón de sacos vacíos. El carro crujió. Algo chapoteó pesadamente cruzando el patio, hacia el estanque.

Grendon no vio nada. Había corrido al carro y miraba alelado los cueros de los cadáveres. Neckland miraba también y al fin dijo:

—¡Alguna enfermedad que los atacó de pronto! ¡Seguramente una de esas enfermedades nuevas que vienen del continente de Europa!

—No es una enfermedad —dijo Gregory. Apenas podía hablar. Acababa de descubrir que en los cadáveres no había huesos—. No es una enfermedad. Miren el cerdo que está todavía vivo.

Señaló el cerdo que había saltado del carro. Se había quebrado una pata y ahora yacía en la zanja, a unos pocos metros, jadeando. El granjero se acercó y lo levantó.

—Escapó a la enfermedad saltando —dijo Neckland—. Señor Grendon, será mejor que vayamos a la porqueriza a ver cómo están los otros.

—Ah, sí, quedan esos —dijo Grendon. Le alcanzó el animal a Gregory, muy serio—. No vale la pena llevar uno solo al mercado. Le diré a Grubby que desenganche el caballo. Mientras, podrías llevarle esta criatura a Marjorie. Por lo menos comeremos cerdo asado mañana a la noche.

—Señor Grendon, esto no es una enfermedad. Llame al veterinario de Heigham para que examine los cadáveres.

—No me digas cómo he de gobernar mi granja, muchacho. Ya tengo bastantes dificultades.

Gregory, sin embargo, no podía mantenerse apartado. Tenía que verla a Nancy y observar además lo que ocurría en la granja. Luego del horrible incidente de los cerdos, a la mañana siguiente, recibió una carta de su muy admirado corresponsal, el señor H. G. Wells, que decía en uno de sus párrafos: *Se me ocurre que en el fondo no soy optimista ni pesimista. Me inclino a creer que estamos en el umbral de una época de magnífico progreso —ya al alcance de la mano— y, a la vez, que quizá hayamos alcanzado el “fin du globe” anunciado por nuestros más turbados profetas del fin del siglo. No me sorprende oír que una granja remota de Cottersall sea el escenario de un episodio tan importante, ignorado por todos, excepto nosotros dos. Ni piense que esto no me aterroriza, aunque no puedo dejar de exclamar: ¡Qué maravilla!*

En otras circunstancias esta carta hubiera excitado sobremanera a Gregory. Demasiado preocupado, se la metió en un bolsillo de la chaqueta y salió a ensillar a Daisy.

Poco antes del almuerzo logró robarle un beso a Nancy y le plantó otro en la mejilla encendida mientras la muchacha estaba atareada en el horno de la cocina. Aparte de esto, no hubo ese día otras cosas agradables. Grendon había observado que la extraña enfermedad no había atacado a ningún otro cerdo y estaba ahora más tranquilo, aunque pensaba que la peste podía atacar de nuevo. Mientras, había ocurrido otro milagro. En los pastizales más bajos, en un cobertizo en ruinas, Grendon guardaba una vaca que esa noche había tenido cuatro terneros. No esperaba que el animal viviera, pero los terneros estaban bien, y Nancy los alimentaba con botellas de leche.

El granjero se había pasado en pie toda la noche, cuidando a la vaca, y se sentó cansadamente a la cabecera de la mesa en el momento en que la señora

Grendon traía de la cocina la fuente con el cerdo asado.

Pronto descubrieron que el animal era incomible. Todos dejaron caer los cubiertos. La carne tenía un sabor amargo y repugnante, y Neckland hizo el primer comentario.

—¡La enfermedad! —gruñó—. Este animal tenía también la enfermedad. Si lo comiéramos moriríamos todos en una semana.

Tuvieron que contentarse con un refrigerio de carne salada, queso y cebollas, alimentos todos poco adecuados para el estado de la señora Grendon. La mujer se retiró escaleras arriba, diciéndose que había fracasado como cocinera, lloriqueando. Nancy corrió tras ella para consolarla.

Luego de la desanimada comida, Gregory le habló a Grendon.

—He decidido ir mañana a Norwich, donde pasaré unos días. Usted tiene problemas aquí, me parece. ¿No quiere que le atienda algún asunto en la ciudad? ¿No quiere que le busque un veterinario?

Grendon le palmeó el hombro.

—Sé que tienes buenas intenciones y te lo agradezco. Pero no te das cuenta, parece, que los veterinarios cuestan dinero, y luego cuando están aquí no son una gran ayuda.

—Entonces permítame que haga algo por usted, Joseph, como retribución por sus atenciones. Permítame que traiga un veterinario de Norwich, a mi cargo, sólo para que eche una ojeada, nada más.

—Qué terco eres, muchacho. Te diré lo que decía mi padre: si tropiezo en mis tierras con alguien a quien no he llamado, sacaré la escopeta y le descargaré una andanada, como hice con aquel par de vagabundos el año pasado. ¿He sido claro?

—Creo que sí.

—Entonces me iré a ver la vaca. Y no te preocupes por lo que no entiendes.

La visita a Norwich —un tío de Gregory tenía una casa en la ciudad— le llevó la mayor parte de la semana. Mientras recorría el abrupto camino que unía Cotersall y la granja de los Grendon, Gregory observó con sorpresa y aprensión que el campo había cambiado mucho en los últimos días. Había hojas nuevas en todos los árboles, y aun el soto parecía un sitio más alegre. Pero cuando se acercó a la granja notó que la vegetación había crecido demasiado. Los saúcos y matorrales casi ocultaban los edificios. Gregory llegó a pensar que la granja se había desvanecido misteriosamente, y espoleando a Daisy vio que el molino negro emergía detrás de unos arbustos. Los pastos eran muy altos en los prados del sur. Aun los olmos parecían más densos que antes y se alzaban amenazadoramente por encima de la casa.

Los cascacos de Daisy resonaban en las maderas del puentecito y Gregory vio más allá del portón del patio unas ortigas enormes y velludas que se amontonaban junto a las zanjas. Los pájaros iban en bandadas de un lado a otro. Sin embargo, Gregory tenía una impresión de muerte más que de vida. Una pesada quietud dominaba el lugar, como si una maldición hubiese eliminado el ruido y la esperanza.

Gregory comprendió que esto se debía en parte a que Lardie, la perra ovejera que había reemplazado a Cuff, no corría ladrando por el patio como cada vez que llegaban visitas. El patio estaba desierto. Aun las gallinas habían desaparecido. Cuando Gregory llevó a Daisy a los establos vio allí un caballo manchado y reconoció el animal del doctor Crouchron.

La ansiedad de Gregory cobró caracteres más definidos. Como no había sitio en el establo llevó a Daisy hasta el pilar, a orillas del estanque, y la ató allí antes de ir a la casa. La puerta principal estaba abierta. Unos deformes dientes de león crecían invadiendo el porche. La madreSelva, bastante rala hasta hacía poco tiempo, se apretaba ahora contra las

ventanas más bajas. Gregory advirtió un movimiento en las hierbas y miró hacia abajo apartando la bota de montar. Un sapo enorme asomó bajo la maleza con una víbora en la boca, y miró a Gregory como preguntándose si el hombre le envidiaba o no el botín. Estremeciéndose, Gregory entró rápidamente en la casa.

Unos sonidos apagados llegaban desde el primer piso. La escalera rodeaba la chimenea maciza, y una puerta con aldabón la separaba de los cuartos bajos. Gregory no había estado nunca arriba, pero no titubeó. Abrió la puerta y subió por los escalones oscuros y casi en seguida tropezó con un cuerpo.

Era un cuerpo suave, y reconoció en seguida a Nancy: la muchacha lloraba de pie en la oscuridad. Cuando Gregory la abrazó llamándola en voz baja, la muchacha se libró de él y corrió escaleras arriba. Gregory podía oír ahora más claramente los ruidos que venían del primer piso, aunque no escuchaba. Nancy alcanzó la puerta que se abría en el descanso, se precipitó en el cuarto y se encerró. Cuando Gregory probó el pestillo, oyó que Nancy echaba el cerrojo.

—¡Nancy! —llamó—. ¡No te ocultes de mí! ¿Qué ha ocurrido?

La muchacha no respondió. Gregory se quedó apoyado en el marco, esperando, y al rato se abrió la puerta de la habitación de al lado y el doctor Crouchron salió apretando una valijita negra. Era un hombre alto y sombrío, de cara arrugada, y asustaba de tal modo a los pacientes que muchos de ellos seguían estrictamente las prescripciones y se curaban en seguida. Aun aquí llevaba el infaltable sombrero de copa, que tanto había contribuido a su fama en la vecindad.

—¿Qué ha pasado, doctor Crouchron? —preguntó Gregory cuando el médico cerró la puerta y comenzó a bajar las escaleras—. ¿Qué ha atacado a esta casa? ¿La plaga o alguna otra cosa terrible?

—¿La plaga, joven, la plaga? No, es algo mucho menos natural.

El médico miró a Gregory con la cara muy tiesa, como prometiéndose no mover otra vez un músculo hasta que le preguntaran lo obvio.

—¿Por qué lo llamaron, doctor?

—La hora de la señora Grendon llegó esta noche —dijo el médico.

Gregory se sintió inundado por una marea de alivio. ¡Había olvidado a la madre de Nancy!

—¿Tuvo su bebé? ¿Fue un niño?

El médico asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Dio a luz a dos niños, joven. —Titubeó, torció la cara, y dijo:— Dio a luz también a siete niñas. ¡Nueve criaturas! Y todos... todos viven.

Gregory encontró a Grendon afuera, del otro lado de la casa. El granjero llevaba al hombro una hoznaga de heno y caminaba hacia el establo. Gregory le salió al paso, pero el hombre no se detuvo.

—Quiero hablarle, Joseph.

—Tengo mucho trabajo. Lástima que no te des cuenta.

—Quiero hablarle de su mujer.

Grendon no replicó. Dejó caer el heno, bruscamente, y se volvió a buscar más. Era difícil hablar en esas condiciones. Las vacas y los terneros, apretados en el establo, parecían emitir un mugido perpetuo y grave, y unos gruñidos nada propios de la especie. Gregory siguió al granjero hasta el campo, pero el hombre caminaba como un poseso. Tenía los ojos hundidos, y la boca tan apretada que casi no se le veían los labios. Gregory le puso una mano en el brazo y el granjero se soltó con un movimiento. Recogiendo otra hoznaga de heno se volvió hacia los cobertizos tan violentamente que Gregory tuvo que saltar a un costado.

Gregory perdió la cabeza. Siguió a Grendon hasta el establo, cerró los batientes bajos de las puertas, y echó el cerrojo exterior. Cuando Grendon volvió, Gregory se le puso delante.

—Joseph, ¿qué le ha pasado? Parece que ya no tuviera usted corazón. ¿No se le ocurre pensar que su mujer lo necesita en la casa?

El granjero volvió hacia Gregory unos ojos curiosamente inexpresivos. Al fin habló, sosteniendo la horquilla con ambas manos, como un arma.

—He estado con ella toda la noche mientras traía al mundo esos niños...

—Pero ahora...

—Una enfermera de Dereham Cottages está con ella. Me pasé la noche a su lado. Ahora he de cuidar la granja... Todo sigue creciendo.

—Todo crece demasiado. Deténgase y piense...

—No tengo tiempo para charlas.

Grendon dejó caer la horquilla, hizo a un lado a Gregory, alzó el cerrojo, y abrió la puerta. Tomando fuertemente a Gregory por el antebrazo empezó a empujarlo por los macizos de vegetación hacia los prados del sur.

Las lechugas tempranas habían alcanzado allí un tamaño gigantesco. Todo brotaba impetuosamente. Grendon corrió entre las líneas de plantas, arrancando puñados de rábanos, zanahorias, cebollas de primavera, y arrojándolos por encima del hombro.

—Mira, Gregory... nunca has visto nada de este tamaño, ¡y todo antes de tiempo! La cosecha será extraordinaria. ¡Mira los campos! ¡Mira la huerta! —señaló con un amplio ademán las líneas de árboles, cargados de capullos blancos y rosados—. No sé qué ocurre, pero vamos a sacarle provecho. Quizá no se repita otro año... ¡Parece un cuento de hadas!

El granjero no dijo más. Dio media vuelta, como si se hubiera olvidado ya de Gregory, y con los ojos fijos en el suelo, que de pronto parecía tan fértil, caminó de vuelta hacia los cobertizos.

Nancy estaba en la cocina. Neckland le había traído un balde de leche fresca, y la muchacha estaba tomando unos sorbos de un cucharón.

—Oh, Greg, perdona que me haya escapado. Estaba tan trastornada —Nancy se acercó a Gregory, y sin soltar el cucharón le pasó los brazos por encima de los hombros, con una familiaridad que no había mostrado antes.— Pobre mamá, creo que la ha trastornado eso de... eso de tener tantos chicos. Dice unas cosas muy raras que nunca oí, y me parece que se imagina que es de nuevo una niña.

—No me asombra —dijo Gregory, acariciándole el pelo—. Se sentirá mejor una vez que se recobre del *shock*.

Se besaron, y al cabo de un momento la muchacha le ofreció a Gregory un cucharón de leche. Gregory bebió y escupió en seguida, con repugnancia.

—¡Aj! ¿Qué le han puesto a esta leche? ¿Neckland querrá envenenarte? ¿La has probado? ¡Es amarga como hiel!

Nancy lo miró sorprendida.

—Tiene un sabor un poco raro, pero no es desagradable. Déjame probar otra vez.

—No, es demasiado horrible. Parece que le hubieran echado linimento del doctor Sloan.

Nancy no prestó atención a las advertencias de Gregory, se llevó a los labios el cucharón de metal, sorbió, y meneó la cabeza.

—Estás imaginándote cosas, Greg. Sabe un poco distinto, es cierto, pero nada más. ¿Te quedarás a comer con nosotros?

—No, Nancy, tengo que irme. Me espera una carta que he de contestar hoy mismo. Llegó mientras yo estaba en Norwich. Escucha, mi encantadora Nancy, es una carta del doctor Hudson-Ward, un viejo conocido de mi padre. Es director en una escuela de Gloucester, y me ofrece un puesto de maestro, en las mejores condiciones. ¡Ya ves que no estaré ocioso mucho tiempo!

Riendo, Nancy se abrazó a Gregory.

—¡Es maravilloso, querido! ¡Qué maestro tan atrac-

tivo serás! Pero Gloucester... queda en el otro extremo del país. Ya no vendrás nunca aquí.

—No hay nada definitivo todavía, Nancy.

—Estarás allí dentro de una semana, y no te volveremos a ver. Una vez que llegues a esa vieja escuela, ya no te acordarás de tu Nancy.

Gregory tomó la cara de Nancy entre las manos.

—¿Eres realmente mía? ¿Te importo realmente?

Nancy entornó los ojos oscuros.

—Greg, todo está tan confuso aquí... Quiero decir... sí, me importas, me asusta pensar que quizá no te vea más.

Un cuarto de hora más tarde, Gregory se alejaba montado en Daisy, muy contento, recordando las palabras que le había dicho Nancy... y sin pensar para nada en los peligros a que la había dejado expuesta.

Lloviznaba ligeramente esa noche, mientras Gregory Rolles iba hacia *El caminante*. Su amigo Bruce Fox ya estaba en la taberna, sentado cómodamente en un abrigado rincón.

Esta vez, Fox tenía más interés en proporcionar detalles acerca de la próxima boda de su hermana que en escuchar lo que Gregory quería decirle, y como al cabo de un rato llegaron algunos amigos del futuro cuñado, y se sucedieron las rondas de libaciones, la noche fue pronto despreocupada y alegre. Poco después, el aguardiente había animado también a Gregory, y se unió cordialmente a los otros.

A la mañana siguiente despertó con la cabeza pesada y un humor lúgubre. El día era demasiado húmedo para salir y hacer un poco de ejercicio. Se sentó en un sillón junto a la ventana, sin decidirse a responder al doctor Hudson-Ward, el director de la escuela. Somnoliento, volvió a un pequeño volumen encuadernado en cuero que había comprado en Norwich unos días antes y que trataba de serpientes. Al cabo de un rato, un pasaje le llamó particularmente la atención.

“La mayoría de las serpientes venenosas, con ex-

cepción de los opistoglifos, sueltan a sus víctimas luego de haberles clavado los colmillos. En algunos casos las víctimas mueren a los pocos segundos, y en otros la agonía se prolonga durante horas o días. La saliva de ciertas serpientes además de ser venenosa posee virtudes digestivas especiales. En la serpiente coral del Brasil, aunque no mide más de treinta centímetros de largo, estas virtudes son sobreabundantes. Cuando muerden a un animal o a un ser humano, la víctima muere en cuestión de pocos segundos, pero la saliva le disuelve además las partes interiores, de modo que hasta los mismos huesos se transforman en una jalea. De este modo la pequeña serpiente puede succionar a la víctima como si ésta fuese una sopa o caldo por las incisiones que le ha practicado en la piel, que permanecerá intacta.”

Pasó un largo rato, y Gregory se quedó sentado junto a la ventana, con el libro abierto sobre las rodillas, pensando en la granja de Grendon, y en Nancy. Se reprochó a sí mismo haber hecho tan poco por sus amigos y elaboró lentamente un plan de acción para la próxima visita. Pero tendría que esperar unos días. La humedad parecía haberse instalado en la región, con una firmeza desacostumbrada en esa época: últimos días de abril y primeros de mayo.

Gregory trató de pensar en la carta que le escribiría al doctor Hudson-Ward, en el condado de Gloucester. Sabía que debía aceptar el empleo, que en verdad no le desagradaba, pero no podría hacerlo hasta que viese a Nancy sana y salva. Al fin decidió postergar la respuesta hasta el día siguiente, y escribió entonces que le agradecería aceptar el puesto y con el sueldo convenido, pero suplicaba a la vez que le dieran una semana para pensarlo. Cuando llevó la carta a la estafeta de *Los tres cazadores furtivos*, aún seguía lloviendo.

Una mañana la lluvia cesó de pronto, y los cielos azules y amplios de la Anglia Occidental brillaron otra vez, y Gregory ensilló a Daisy y cabalgó a lo lar-

go del camino fangoso que había recorrido tantas veces. Cuando llegaba ya a la huerta, vio que Grubby y Neckland trabajaban en la zanja destapándola con unas palas. Los saludó y siguió adelante.

Grendon y Nancy estaban en el terreno que se extendía al este de la casa. Gregory llevó la yegua al establo y fue lentamente hacia ellos, notando mientras caminaba qué seco estaba allí el terreno, como si no hubiese llovido en los últimos quince días. Pero olvidó en seguida el problema, sobresaltándose, horrorizado. Grendon estaba poniendo nueve crucecitas en nueve montones recientes de tierra.

Nancy sollozaba. La muchacha y Grendon alzaron los ojos mientras Gregory se acercaba a las tumbas, pero el granjero volvió en seguida a sus tareas.

—Oh, Nancy, Joseph. Lo siento tanto —exclamó Gregory—. Pensar que todos... ¿Pero dónde está el párroco? ¿Dónde está el párroco, Joseph? ¿Por qué está usted enterrándolos, sin servicio religioso ni nada?

—¡Se lo dije, pero no me hizo caso! —exclamó Nancy.

Grendon había llegado a la última tumba. Tomó la tosca cruz de madera, la alzó por encima de su cabeza, y la clavó en el suelo como si quisiera traspasar el corazón de lo que había abajo. Sólo entonces se enderezó y habló.

—No necesitamos aquí ningún párroco. No hay por qué perder tiempo. Tengo mucho trabajo.

—¡Pero son sus hijos, Joseph! ¿Qué le ha pasado?

—Son parte de la granja ahora, como lo fueron siempre. —Grendon se volvió recogiendo aún más las mangas de la camisa en los brazos musculosos y partió rumbo a la zanja donde trabajaban los hombres.

Gregory abrazó a Nancy y le miró la cara bañada por las lágrimas.

—¡Qué días habrás pasado!

—Yo... yo pensé que te habías ido a Gloucester.

¡Greg! ¿Por qué no viniste? ¡Te esperé todos los días!

—Llovía tanto y estaba todo inundado.

—El tiempo ha sido hermoso desde que estuviste aquí. ¡Mira cómo ha crecido todo!

—En Cottersall llovió a mares.

—¡Qué raro! Eso explica que el Oats traiga tanta agua y anegue la zanja. Aquí ha llovido apenas.

—Nancy, ¿cómo murieron estos pobrecitos?

—Preferiría no hablar de eso, si no te importa.

—¿Por qué tu padre no ha llamado al párraco Landon? ¿Cómo puede ser tan duro?

—No quiere que nadie de afuera se entere. Pues... oh, tengo que decírtelo, querido... Mamá... perdió la cabeza, ¡completamente! Anteayer a la noche cuando...

—No me estarás diciendo que ella...

—Ay, Greg, ¡me lastimas los brazos! Mamá... mamá fue escaleras arriba sin que nos diéramos cuenta y... sofocó a todos los bebés uno por uno, Greg, con la mejor almohada de plumas.

Gregory advirtió que Nancy perdía el color. Solícitamente, la llevó de vuelta a los fondos de la casa. Se sentaron allí, juntos, en el muro bajo de la huerta, y Gregory rumió en silencio las palabras de la muchacha.

—¿Cómo está tu madre ahora, Nancy?

—No habla. Papá tuvo que encerrarla en el cuarto. Anoche gritó mucho, pero esta mañana estaba tranquila.

Gregory miró aturdidamente alrededor. Le pareció que una luz moteada cubría todas las cosas, como si la sangre que le había vuelto a la cabeza le hubiera infectado la vista con un sarpullido. En los frutales los capullos habían desaparecido casi del todo, y en las ramas colgaban ya unas manzanas embrionarias. Las leguminosas se inclinaban bajo el peso de unas vainas enormes. Nancy siguió la dirección de la mirada de Gregory, y metiendo una mano en el bolsillo del delantal sacó unos rábanos brillantes y rojos, grandes como naranjas.

—Prueba uno. Quebradizos, húmedos y tibios, como los mejores.

Gregory aceptó distraídamente, mordió el globo tentador, y escupió en seguida. ¡Otra vez aquel sabor envilecido y amargo!

—¡Oh, pero son magníficos! —protestó Nancy.

—¿Ya no te basta decir “algo raros” y los llamas “magníficos”? Nancy, ¿no te das cuenta? Algo sobrenatural y terrible está ocurriendo aquí. Lo siento, pero no veo otra salida. Tú y tu padre deben irse inmediatamente.

—¿Irnos, Greg? ¿Sólo porque no te gusta el sabor de estos rabanitos magníficos? ¿Cómo podríamos irnos? ¿A dónde? ¿Ves esta casa? Mi abuelo murió aquí, y el padre de mi abuelo. Es nuestro sitio. No podemos dejarlo todo así porque sí, ni siquiera luego de estas desgracias. Prueba otro rabanito.

—Por amor de Dios, Nancy, ese sabor sólo podría satisfacer a un paladar completamente distinto del nuestro... Oh... —Gregory miró fijamente a la muchacha.— Y quizá así es, Nancy. Te explicaré...

Se interrumpió, separándose del muro. Neckland había aparecido en uno de los extremos de la casa y venía hacia ellos sucio todavía del barro de la zanja, con la camisa abierta y suelta. Traía en la mano una vieja pistola del ejército.

—Dispararé si se acerca —dijo Neckland—. Esta pistola nunca falla, y está cargada, señorito Gregory. ¡Y ahora me escuchará!

—¡Bert, aparte eso! —gritó Nancy.

Se movió hacia Neckland, pero Gregory la retuvo y se puso delante.

—¡No sea idiota, Neckland! ¡Aparte esa pistola!

—Dispararé, lo juro, dispararé si usted se mueve. —Neckland miraba a Gregory con ojos centelleantes y una expresión de resolución en la cara oscura.— Me jurará usted que se irá en seguida de esta granja en esa yegua suya y que no vendrá más por aquí.

—Iré a decírselo a mi padre, Bert —advirtió Nancy.

—Si usted se mueve, Nancy, le aviso que le meteré una bala en la pierna a ese elegante amigo suyo. Además, poco le interesa ahora al padre de usted el señorito Gregory... Tiene otras preocupaciones.

—¿Como descubrir qué ocurre aquí? —dijo Gregory—. Escuche, Neckland. Todos estamos en dificultades. Unos monstruitos horribles dominan la granja. Usted no los ve porque son invisibles, pero...

La pistola atronó el aire. Mientras Gregory hablaba, Nancy había echado a correr. Gregory sintió que la bala le traspasaba la tela del pantalón, sin tocarle la pierna. Furioso, se arrojó contra Neckland y lo golpeó duramente en el pecho, por encima del corazón. Cayendo hacia atrás, Neckland soltó la pistola y lanzó un puñetazo que no dio en el blanco. Gregory lo alcanzó otra vez. El otro se le echó encima y los dos empezaron a golpearse furiosamente. Gregory consiguió librarse al fin, pero Neckland insistió. Los hombres siguieron martilleándose las costillas.

—¡Suéltame, cerdo! —gritó Gregory. Metió un pie detrás del tobillo de Neckland y los dos cayeron sobre la hierba. Hacía tiempo Grendon había levantado en este sitio un muro de tierra, que corría entre la casa y los terrenos bajos de la huerta. Los hombres rodaron cuesta abajo, y al fin chocaron con la pared de piedra de la cocina. Neckland llevó la peor parte, pues se golpeó la cabeza contra la arista de la pared y quedó tendido en el suelo, aturdido. Gregory se encontró mirando un par de pies cubiertos con medias de colores. Se incorporó lentamente, y se enfrentó con la señora Grendon a menos de un metro de distancia. La mujer sonreía.

Gregory se quedó mirándola un rato, ansiosamente, y se enderezó.

—De modo que estabas aquí, Jackie, mi querido —dijo la mujer. La sonrisa era más amplia ahora, y menos parecida a una sonrisa—. Quiero hablar con-

tigo. Tú eres quien sabe de esas cosas que caminan por los muros, ¿no es cierto?

—No entiendo, señora Grendon.

—No me llames con ese nombre tonto de antes, hijito. Tú sabes de esas cosas grises y pequeñas que no debieran estar aquí, ¿no es cierto?

—Oh, eso... ¿Y si digo que sí?

—Los otros niños malos dicen que no saben, pero tú sabes, ¿no es cierto? Tú sabes de esas cosas grises.

Gregory sintió que la transpiración le corría por la frente. La mujer se le había acercado todavía más, y lo miraba fijamente a los ojos, sin tocarlo. Pero Gregory sabía muy bien que la mujer lo tocaría en cualquier momento. Vio de reojo que Neckland se movía y se alejaba de la casa arrastrándose.

—¿Y usted salvó a los bebés de esas cosas pequeñas y grises? —le preguntó a la señora Grendon.

—Las cosas grises querían besarlos, pero yo no las dejé. Fui más lista que ellas. Escondí a los bebés bajo la almohada de plumas, ¡y ahora ni siquiera yo puedo encontrarlos!

La mujer se echó a reír emitiendo un chirrido horrible y bajo.

—¿Son pequeñas y grises y húmedas, eh? —preguntó Gregory bruscamente—. Tienen pies grandes, membranosos como patas de rana, pero son pesadas y de baja estatura, y tienen colmillos de serpiente, ¿eh?

La señora Grendon no parecía muy segura. De pronto volvió los ojos a un lado, como si hubiese advertido un movimiento.

—Ahí viene una —dijo—. La hembra.

Gregory miró también, pero no vio nada. Tenía la boca seca.

—¿Cuántas criaturas de esas hay, señora Grendon?

Notó entonces que las hierbas cortas se movían, se aplastaban y se alzaban, casi a sus pies, y gritó, alarmado. Alzando el pie derecho, calzado con pesada bota de montar, describió un arco en el aire, casi a la

altura del suelo. La bota golpeó algo invisible. Casi en seguida recibió un terrible puntapié en el muslo, y cayó hacia atrás. Estaba tan asustado que se incorporó en seguida, a pesar del dolor.

La señora Grendon estaba cambiando. La boca se le hundió como si hubiera perdido un lado de la cara. La cabeza le cayó a un costado. Los hombros se le inclinaron hacia adelante. Un arrebató de color le animó un momento las facciones, pero casi en seguida empalideció y se achicó como un globo que se desinfla. Gregory cayó de rodillas, gimiendo, hundió la cara entre las manos, y apoyó la frente en el suelo. Sintió que se hundía en la oscuridad.

Debió de haber perdido el conocimiento sólo un instante. Cuando se recuperó, el saco de ropas de mujer estaba posándose aún lentamente en el suelo.

—¡Joseph! ¡Joseph! —aulló.

Nancy había huido. Aterrorizado y furioso al mismo tiempo, Gregory lanzó otro puntapié y corrió alrededor de la casa hacia los establos.

Neckland estaba a medio camino entre el cobertizo y el molino, frotándose el cráneo. Descubrió a Gregory, que aparentemente lo perseguía, y echó a correr.

—¡Neckland! —gritó Gregory.

Corrió desesperadamente detrás del otro. Neckland llegó al molino, entró de un salto, trató de cerrar la puerta, se aturdió, y trepó rápidamente por las escaleras de madera. Gregory lo siguió gritando.

La persecución los llevó a lo alto del molino. Neckland estaba tan asustado que no echó el cerrojo de la puerta trampera. Gregory la abrió con un solo movimiento del brazo y subió jadeando. Acobardado, Neckland retrocedió hasta que casi estuvo afuera apoyado en la estrecha plataforma, sobre las aspas.

—Se caerá usted, idiota —advirtió Gregory—. Escuche, Neckland, no tiene por qué temerme. No quiero que haya enemistad entre los dos. Hay un enemigo mayor que hemos de enfrentar. ¡Mire!

Se acercó a la puerta baja y miró la superficie oscura del estanque. Neckland se sostuvo tomándose de la polea que colgaba sobre su cabeza y no dijo nada.

—Mire el estanque —dijo Gregory—. Allí viven los aurigas. Dios mío... Bert, mire, ¡allí va uno!

Había tanta ansiedad en la voz de Gregory que Neckland miró hacia el estanque. Los dos hombres observaron juntos una depresión que se formaba en el agua oscura, y unos círculos de ondas alrededor. Aproximadamente en medio del estanque, la depresión se transformó en un chapoteo. Hubo un breve torbellino, y las ondas se borraron poco a poco.

—Ahí tiene usted a su fantasma, Bert —susurró Gregory—. Debe de ser el que atacó a la pobre señora Grendon. ¿Me cree usted ahora?

—Nunca supe de un fantasma que viviera bajo el agua —dijo Neckland boquiabierto.

—Los fantasmas no hacen daño a nadie... Tenemos en cambio muchos ejemplos de lo que estos monstruos son capaces de hacer. Vamos, Bert, démonos las manos, créame que no le guardo rencor. Oh, ¡vamos, hombre! Ya sé qué siente usted por Nancy, pero entienda que sólo ella puede decidir su propia vida.

Los dos hombres se estrecharon las manos sonriéndose débilmente.

—Será mejor que bajemos y le contemos al señor Grendon lo que hemos visto —dijo Neckland—. Ahora entiendo qué le ocurrió a Lardie anoche.

—¿Lardie? ¿Qué le pasó? No la vi en todo el día.

—Lo mismo que a los lechones. La encontré dentro del granero. Sólo quedaba de ella la piel. ¡No había nada adentro! Como si le hubieran chupado las entrañas.

Gregory tardó veinte minutos en reunir el consejo de guerra. Todos estaban ahora en la sala de la casa. Nancy no se había sobrepuesto del todo a la noticia de la muerte de su madre y estaba sentada en un sillón

con un chal sobre los hombros. Al lado de ella, de pie, el señor Grendon esperaba impacientemente, con los brazos cruzados, y Bert Neckland se apoyaba en el marco de la puerta. Sólo Grubby no estaba presente. Le habían dicho que siguiera trabajando en la zanja.

—Trataré una vez más de convencerlos de que todos ustedes están en grave peligro —dijo Gregory—. No se dan cuenta realmente. En verdad todos nosotros somos como animales ahora. ¿Recuerda usted aquel raro meteoro que cayó el invierno último, Joseph? ¿Y recuerda aquel rocío hediondo a principios de la primavera? Las dos cosas están relacionadas entre sí, y ambas tienen que ver con todo lo que ocurre ahora. Aquel meteoro era de algún modo una máquina del espacio, lo creo firmemente, y adentro venía una forma de vida que... no se puede decir que sea hostil a la vida terrestre, pero sí que no tiene en cuenta la cualidad de esa vida. Las criaturas de esa máquina, a quienes llamo aurigas, esparcieron el rocío sobre la granja. Ese rocío era un acelerador del crecimiento, un abono o fertilizante, que hace crecer a animales y plantas.

—¡Tanto mejor para nosotros! —dijo Grendon.

—No, no es nada mejor. Todo creció de un modo extraordinario, es cierto, pero con un gusto distinto, un gusto apropiado para otros paladares, los de esas criaturas. Han visto ustedes qué ha ocurrido. No pueden vender nada. La gente no querrá los huevos o la leche o la carne de esta granja... tienen un sabor muy desagradable.

—Qué tontería. Los venderemos en Norwich. Nuestros productos son mejores que nunca. Nosotros los comemos, ¿no es así acaso?

—Sí, Joseph, ustedes los comen. Pero todos los que comen a esta mesa están condenados. ¿No entiende usted? Todos ustedes están "fertilizados", lo mismo que los cerdos y las gallinas. Este sitio ha sido transformado en una supergranja, y para los aurigas todos ustedes son ahora carne comestible.

Hubo un silencio en el cuarto, hasta que al fin Nancy dijo con una vocecita:

—No creerás realmente algo tan horrible.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Te lo han dicho esas criaturas invisibles? —preguntó Grendon con tono truluciento.

—Ahí están las pruebas, no puede negarlas. Perdone mi brutalidad, Joseph, pero a la mujer de usted se la comieron, lo mismo que a la perra y a los cerdos. Y lo mismo le ocurrirá a los demás, tarde o temprano. Los aurigas ni siquiera son caníbales. No son como nosotros. No les importa que tengamos alma ni inteligencia, así como a nosotros no nos importa la posible inteligencia de las vacas.

—A mí no me comerá nadie —dijo Neckland, decididamente pálido.

—¿Cómo podrá impedirlo? Son invisibles, y pienso que atacan como las serpientes. Son criaturas anfibias, y quizá de no más de medio metro de altura. ¿Cómo se protegerá usted? —Gregory se volvió hacia el granjero.— Joseph, el peligro es muy grande, y no sólo para los que estamos aquí. Al principio mientras nos estudiaban no intentaron hacernos daño... si no yo hubiera muerto aquella vez que eché el bote al agua. Ahora sin embargo son resueltamente hostiles. Le ruego que me deje ir a Heigham y telefonar al jefe de policía de Norwich, o por lo menos al destacamento local, para que vengan a ayudarnos.

El granjero meneó lentamente la cabeza y apuntó con un dedo a Gregory.

—Pronto has olvidado nuestras charlas, Gregory. No recuerdas ya lo que decíamos del socialismo y de cómo los poderes oficiales se irían debilitando. Tan pronto como te encuentras en una situación un poco difícil, ya quieres llamar a las autoridades. No hay nada aquí que unos pocos perros bravos como mi vieja Cuff no puedan enfrentar. No me opongo a comprar un par de perros, pero me conoces poco si

crees que llamaré a las autoridades. ¡Buen socialista has resultado!

—¡No tiene derecho a hablarme así! —exclamó Gregory—. ¿Por qué no dejó venir a Grubby? Si usted fuera socialista, trataría a sus hombres como se trata a usted mismo. En cambio lo dejó trabajando en la zanja. Yo quería que Grubby asistiera a esta discusión.

El granjero se inclinó amenazadoramente por encima de la mesa.

—Ah, sí, ¿eh? ¿Y desde cuándo mandas en esta granja? Grubby puede ir y venir a su antojo. Fúmate ésta, amigo —el granjero se acercó aun más a Gregory, como si sintiese que la cólera podía ayudarle a olvidar el miedo—. Tratas de asustarnos, ¿no es cierto? Pues bien, los Grendon no son gente miedosa. Te diré algo. ¿Ves ese rifle en la pared? Está cargado. Y si no desapareces de la granja antes de mediodía, ese rifle no seguirá en la pared. Estará aquí, en mis dos manos, y te lo haré sentir donde te duela más.

—No puedes hacer eso, papá —dijo Nancy—. Sabes que Gregory es amigo nuestro.

—Por amor de Dios, Joseph —dijo Gregory—, ¿no ve dónde están sus enemigos? Bert, cuénteles al señor Grendon qué vimos en el estanque. Vamos, ¡cuénteles!

Neckland no tenía muchas ganas de ser arrastrado a la discusión. Se rascó la cabeza, se sacó del cuello un pañuelo de cuadros rojos y blancos, se enjugó la cara, y murmuró:

—Vimos algo así como unas ondas en el agua, pero no fue nada realmente, señorito Gregory. Quiero decir que pudo haber sido el viento, ¿no es cierto?

—Quedas advertido, Gregory —dijo el granjero—. Saldrás de la granja antes del mediodía en esa yegua tuya, o no respondo de mí.

Salió a la luz pálida del sol, seguido por Neckland.

Nancy y Gregory se quedaron mirándose. Gregory tomó las manos de la muchacha, que estaban frías.

—¿Tú creíste lo que dije, Nancy?

—¿Es por eso que la comida nos sabía mal al principio y luego nos supo bien otra vez?

—Hay una única explicación. En ese entonces los sistemas de ustedes no se habían adaptado aún al veneno. Ahora sí. Los están criando a ustedes, Nancy, así como nosotros criamos ganado. ¡Estoy completamente seguro! Y tengo miedo por ti, mi querida, tengo tanto miedo. ¿Qué haremos? ¡Ven a Cottersall conmigo! La señora Fenn tiene una hermosa salita arriba, y pienso que querría alquilarla.

—Estás diciendo disparates, Greg. ¿Cómo podría hacer eso? ¿Qué diría la gente? No, te irás ahora y esperearemos a que a papá se le pase el enojo. Si puedes venir mañana, verás que está mucho más tranquilo, pues lo esperaré esta noche y le hablaré de ti. Entiende que está trastornado por la pena y no sabe bien lo que dice.

—Bueno, querida. Pero quédate dentro de la casa todo el tiempo que puedas. Los aurigas no han entrado aquí hasta ahora, y estarás más segura. Y antes de irte a la cama cierra todas las puertas y persianas. Y trata de que tu padre se lleve ese rifle arriba.

Los días eran más largos ahora en su marcha confiable hacia el verano, y Bruce Fox llegó a su casa antes que se pusiera el sol. Bajó de un salto de la bicicleta y se encontró con su amigo Gregory, que lo esperaba impacientemente.

Entraron juntos, y mientras Fox bebía un tazón de té, Gregory le contó lo que había pasado ese día en la granja.

—Estás en dificultades —dijo Fox—. Mira, mañana es domingo. No iré a la iglesia y te acompañaré a la granja. Necesitas ayuda.

—Joseph es capaz de dispararme con ese rifle. Lo hará con toda seguridad si me ve con un extraño. Puedes ayudarme ahora mismo diciéndome dónde encontraré un perro joven para proteger a Nancy.

—Tonterías. Iré contigo. De todos modos, ya no

aguanto oír todo esto de segunda mano. Pero conseguiremos también un cachorro. El herrero dispone de una camada de la que quiere librarse. ¿Tienes algún plan de acción?

—¿Plan de acción? No, no realmente.

—Necesitas tener un plan. Grendon no se asusta fácilmente, ¿no es cierto?

—Me parece que está bastante asustado. Nancy dice que está asustado. Pero no tiene mucha imaginación y no se le ocurre otra cosa que seguir trabajando todo lo posible.

—Mira, conozco a estos granjeros. No creen nada hasta que se lo frotas por la nariz. Lo que debemos hacer es *mostrarle* un auriga.

—Oh, espléndido, Bruce. ¿Y cómo?

—Cazaremos uno.

—No olvides que son invisibles... ¡eh, Bruce, sí, por Júpiter, tienes razón! ¡Se me ha ocurrido una idea magnífica! Escucha, no habrá más preocupaciones si atrapamos a uno. Luego cazaremos a todos los demás, no importa cuántos sean, y podremos matarlos.

Fox sonrió por encima del pedazo de torta de cerezas.

—Estamos de acuerdo, entonces, en que esos aurigas no son partidarios del socialismo utópico.

Era una gran ayuda, pensó Gregory, saber aproximadamente qué aspecto tenían aquellas formas de vida extrañas. El libro sobre las serpientes había sido un hallazgo afortunado, pues no sólo le había dado una idea de cómo los aurigas eran capaces de digerir tan rápidamente sus presas —“una especie de sopa o caldo”— y ahora alcanzaba a imaginar también el aspecto que podían tener. Para vivir en una máquina del espacio debían de ser bastante pequeños, y seguramente de naturaleza anfibia. La imagen que resultaba de todo esto era suficientemente extraña: una piel esca-

mosa quizá, como la de los peces; pies membranosos de rana; estatura pequeña y forma de barril, y una cabeza diminuta con dos largos colmillos en la mandíbula. ¡Parecía indudable que esa invisibilidad ocultaba a un enano de aspecto realmente feo!

La macabra imagen se desvaneció en el aire, y Gregory siguió trabajando con Bruce Fox en la preparación de la trampa. Grendon, afortunadamente, no había tratado de impedir que entraran en la granja. Nancy había logrado calmarlo. Y Grendon, por otra parte, había tenido una terrible experiencia esa mañana. Cinco gallinas habían quedado reducidas a poco más que piel y plumas, casi delante de sus ojos, y como resultado andaba alicaído y sin mirar mucho alrededor. Ahora estaba en un campo lejano, trabajando, y los dos jóvenes podían llevar adelante sus planes sin ser molestados, aunque de cuando en cuando miraban ansiosamente hacia el estanque. Mientras, Nancy, preocupada, los observaba desde una ventana.

Nancy tenía a su lado un perro robusto, de ocho meses de edad, llamado Gyp, y que Gregory y Bruce le habían traído del pueblo. Grendon, por su parte, había conseguido que un vecino lejano le prestara dos mastines feroces. Estas bestias de anchas mandíbulas estaban atadas a unas cadenas largas que les permitían patrullar las orillas del estanque desde el poste de los caballos en el lado occidental de la casa, hasta los olmos y el puente que llevaba a los campos del oeste. Ladraban estridentemente la mayor parte del tiempo y parecían inquietar a los otros animales, que este mediodía emitían continuamente sus voces.

Los perros serían un problema, había dicho Nancy, pues rechazaban la comida de la granja. Quizá se decidieran a probarla cuando empezaran a tener hambre.

Grendon había puesto un tablón a la entrada de la granja, y había pintado allí un letrero de advertencia para que nadie se acercase.

Armados con horquillas, los dos jóvenes llevaron cuatro sacos de harina del molino y los pusieron en sitios estratégicos a lo largo del patio hasta el portón. Gregory fue a los establos y sacó a uno de los terneros, atado a una cuerda, casi bajo los dientes de los mastines. Sólo cabía esperar que se mostraran tan hostiles con los aurigas como con los seres humanos.

Llevaba el ternero por el patio, cuando apareció Grubby.

—Será mejor que no se quede por aquí, Grubby. Queremos atrapar a uno de los fantasmas.

—Si yo cazo uno, señorito, lo estrangularé con mis mismas manos.

—Una horquilla es un arma mejor. Estos fantasmas son bestias peligrosas de cerca.

—Soy fuerte, créame. Estrangularé uno.

Para probar su afirmación, Grubby se arremangó la vieja camisa rayada y les mostró a Gregory y Bruce el enorme biceps. Al mismo tiempo sacudió la cabezota, sacando la lengua, quizá para demostrar los efectos de la estrangulación.

—Magnífico brazo —convino Gregory—. Pero escuche, Grubby, tenemos una idea mejor. Mataremos a este fantasma atravesándolo con las horquillas. Si quiere unirse a nosotros, tráigase una del establo.

Grubby lo miró con una expresión socarrona y tímida y se golpeó la garganta con la palma de la mano.

—Prefiero el estrangulamiento, señorito. Siempre quise estrangular a alguien.

—¿Y por qué, Grubby?

El hombre bajó la voz.

—Siempre quise saber si era muy difícil. Soy fuerte, y desarrollé los músculos estrangulando. Pero nunca a hombres, claro está, sólo a ganado.

Dando un paso atrás, Gregory dijo:

—Esta vez, Grubby, emplearemos horquillas.

Fue hasta los establos, tomó una horquilla, volvió y la puso en manos de Grubby.

—Adelante con el plan —dijo Bruce.

Fox y Grubby se tendieron en la zanja, a los dos lados del portón, con las armas preparadas. Gregory vació uno de los sacos de harina en el patio, junto al umbral, de modo que cualquiera que dejara la granja tuviera que pisar la harina. Luego llevó al ternero hasta el estanque.

El animal mugía continuamente, intranquilo, y las voces de las bestias cercanas parecían responderle. Los pollos y gallinas que andaban por el patio a la luz pálida del sol corrieron de un lado a otro, como locos. Gregory sintió que la transpiración le bajaba por la espalda, aunque la química de la expectación le había enfriado la piel. Dio una palmada en el cuarto trasero del animal y lo obligó a entrar en el estanque. El ternero se quedó allí estremeciéndose, hasta que Gregory lo llevó otra vez lentamente al patio, pasando junto al molino y el granero a la derecha, el abandonado macizo de flores de la señora Grendon a la izquierda, hasta el portón donde esperaban los otros dos. Y aunque se había prometido no volver la cabeza, no pudo dejar de mirar atrás para ver si alguien lo seguía, examinando al mismo tiempo la superficie plomiza del estanque. Cruzó la entrada con el ternero y se detuvo. No había otras huellas en la harina que las de sus zapatos y las pezuñas del animal.

—Prueba otra vez —aconsejó Fox—. Quizá están durmiendo la siesta allá abajo.

Gregory repitió toda la pantomima, y luego una tercera y una cuarta vez, alisando en cada ocasión la harina derramada. Nancy lo miraba nerviosamente desde la ventana. Gregory sentía que ya no podía soportar la tensión.

Sin embargo, la aparición del auriga lo tomó de sorpresa. Había llevado al ternero hasta el portón por quinta vez cuando el grito de Fox se unió al coro de voces animales. En el estanque no había aparecido ninguna onda, de modo que el auriga debía de haber

venido de algún sitio oscuro de la granja. De pronto, unas huellas de palmípedo se movieron en la harina.

Gritando, excitado, Gregory soltó la cuerda que retenía al ternero y se hizo a un lado. Tomando el saco de harina abierto que había dejado junto al portón lo arrojó contra la figura invisible.

La bomba de harina estalló sobre todo el auriga, que apareció en el aire como dibujado con tiza. A pesar de sí mismo, Gregory se descubrió gritando aterrificado ante aquel torbellino blanco de palidez cadavérica. Lo más monstruoso era el tamaño: la criatura, ajena a toda forma humana, era demasiado grande para el mundo terrestre... tenía tres metros de altura, ¡tres metros y medio quizá! Resueltamente, y con una horrible rapidez, se precipitó hacia Gregory agitando unos brazos innumerables.

A la mañana siguiente, el doctor Crouchron y su sombrero de seda aparecieron junto a la cabecera de Gregory. El médico le agradeció a la señora Fenn el agua caliente que le había traído, y le vendó la pierna a Gregory.

—No es nada grave, por suerte —dijo el viejo—. Pero si me permite usted un consejo, señor Rolles, sería mejor que no volviera a la granja de Grendon. Es un lugar maldito, y no encontrará allí nada bueno.

Gregory asintió con un movimiento de cabeza. No le había dicho nada al doctor, excepto que Grendon lo había perseguido y le había disparado un tiro, lo que se acercaba bastante a la verdad, pero no era más que una parte de la historia.

—¿Cuándo podré levantarme, doctor?

—Oh, la carne joven cura pronto. Si no fuese así los empresarios de pompas fúnebres serían ricos y los médicos muy pobres. Unos pocos días más y andarás usted derecho como la lluvia. Pero vendré a verlo mañana. Hasta entonces quédese acostado de espaldas y no mueva esa pierna.

—¿Puedo escribir una carta, doctor?

—Puede escribirla, joven.

Tan pronto como el doctor Crouchron hubo desaparecido, Gregory tomó pluma y papel y le escribió unas líneas urgentes a Nancy. Las líneas decían que la quería mucho, y que no soportaba la idea de que ella siguiese en la granja, que no podría ir a verla a causa de la herida en la pierna, y que ella debía venir inmediatamente a Hetty con una valija y sus cosas y alojarse en *El caminante* donde había una alcoba que él pagaría. Que si él representaba algo para ella, debía llevar a cabo este plan simple ese mismo día y enviarle un mensaje tan pronto como se encontrara alojada en la taberna.

Gregory leyó esta carta dos veces, bastante satisfecho, la firmó, añadió besos, y llamó a la señora Fenn tocando una campanilla que la mujer le había dejado con este propósito.

Gregory le dijo a la señora Fenn que el envío de la carta era asunto de extrema urgencia, y que deseaba confiársela a Tommy, el muchacho de la panadería, para que la llevara luego de terminar la ronda de la mañana. Le daría un chelín por el trabajo. La señora Fenn no mostró mucho entusiasmo, pero Gregory la halagó un poco, y al cabo de un rato la mujer dijo que le hablaría a Tommy y salió del cuarto llevándose la carta y el chelín.

Gregory comenzó en seguida otra carta, esta para el señor H. G. Wells. Hacía un tiempo que no le escribía, de modo que tuvo que hacer un relato bastante largo, pero al fin llegó a los acontecimientos del día anterior.

Tan horrorizado quedé al ver al auriga (escribió) que no pude moverme, mientras la harina volaba a nuestro alrededor. ¿Y cómo podría describirle el aspecto del monstruo dibujado en blanco, a usted, quizá la persona de todas las islas británicas que más se

interesa en este vital asunto? Mis impresiones fueron, por supuesto, breves y oscuras, pero no es esta mi dificultad principal. ¡Nada hay en la Tierra que pueda compararse a esas extrañas criaturas!

Lo más parecido, supongo, sería un ganso horrendo, pero con un cuello tan grueso como el cuerpo. En verdad era casi todo cuerpo, o todo cuello, según el modo como se mire. Y encima de este cuello no había cabeza sino un terrible aparato de varias clases de brazos, un nido de apéndices que se retorcián de aquí para allá, y antenas, y látigos, como un pulpo abrazado a un buque de guerra del mismo tamaño, con unas pocas patas semejantes a muñones y a estrellas de mar. ¿Parece esto ridículo? Sólo puedo jurarle que cuando ese monstruo que me doblaba en altura se precipitó hacia mí, sentí que era un espectáculo demasiado horrible para unos ojos humanos, ¡aunque sólo vi la harina que se adhería al cuerpo!

Si Grubby, ese hombre de campo, simple, de quien ya le hablé, no hubiese intervenido entonces, yo me hubiera ido al otro mundo llevándome la visión repulsiva del monstruo.

Cuando la harina cayó sobre el auriga, Grubby dio un grito y corrió hacia adelante, soltando la horquilla. En el momento en que la criatura se volvía hacia mí, Grubby se le echó encima. Esto alteró nuestros planes, pues habíamos pensado que Fox y Grubby atacarían al monstruo con las horquillas tratando de darle muerte. Grubby lo tomó entre las manos, lo más arriba que pudo, y empezó a apretar con toda la fuerza de sus músculos poderosos. ¡Qué contienda terrible! ¡Qué combate espantoso!

Reaccionando, Bruce se adelantó blandiendo la horquilla. Fue su grito de guerra lo que me sacó de mi parálisis y me llevó a la acción. Corrí y tomé la horquilla de Grubby y cargué también. ¡El monstruo tenía brazos para todos! Nos golpeó una y otra vez y comprobé entonces que varios brazos tenían en ver-

dad colmillos venenosos, pues vi que uno de ellos venía hacia mí como una cabeza de serpiente, abriendo la boca. No necesito subrayar el peligro, sobre todo si se recuerda que el efecto de la nube de harina era sólo parcial, ¡y que a nuestro alrededor se agitaban muchos brazos aún invisibles!

Nos salvamos sólo porque el auriga era un cobarde. Vi que Bruce lo golpeaba duramente, y un segundo más tarde le atravesé la pata con la horquilla. Eso bastó. El monstruo emprendió la retirada soltando a Grubby. Se movía con asombrosa rapidez, retrocediendo hacia la laguna. ¡Y nosotros lo perseguíamos ahora! Y todas las bestias de la granja gritaban a la vez.

Cuando la forma blanquecina se arrojó al agua, Bruce y yo le arrojamos las horquillas. Pero la criatura se alejó nadando vigorosamente y al fin se sumergió dejando sólo una estela de harina espumosa.

Nos quedamos mirando el agua un rato, y luego corrimos juntos hacia Grubby. Había muerto. Yacía cara arriba, y estaba irreconocible. Parecía que los colmillos del auriga lo habían alcanzado en seguida. Grubby tenía la piel de la cara muy tirante, y de un color rojizo apagado. No era más que la caricatura de una forma humana. Los venenos muy activos del auriga le habían disuelto toda la sustancia interior, y Grubby parecía un hongo gigantesco y podrido de forma de hombre.

Tenía unas manchas en el cuello y en lo que había sido una cara, y la sustancia interior se le escurría por estas heridas, de modo que se iba desinflando lentamente en aquel lecho de harina y polvo. Quizá la mirada de la mítica Medusa, que transformaba a los hombres en piedra, no era peor que esto, pues nos quedamos paralizados mirando a Grubby. Una andanada del rifle del granjero Grendon nos devolvió rápidamente a la vida.

Grendon había amenazado matarme. Ahora, viendo

que le habíamos vaciado cuatro sacos de harina, y aparentemente a punto de irnos con un ternero, disparó contra nosotros. No teníamos otra alternativa y echamos a correr. Grendon no estaba con ánimos de recibir explicaciones. Nancy salió corriendo a detenerlo, pero Neckland había empezado a perseguirnos también con los dos mastines, que ladraban y tironeaban de las cadenas.

Bruce y yo habíamos llegado montados en Daisy, que nos esperaba ensillada. La saqué del establo al trote, ayudé a subir a Bruce e iba a montar yo mismo cuando el arma disparó otra vez y sentí un dolor quemante en la pierna. Bruce me izó hasta la silla y partimos, yo apenas consciente.

Aquí me tiene guardando cama, y así deberé permanecer un par de días. Afortunadamente, la bala no me tocó el hueso.

En verdad, y tal como usted puede comprobarlo, ¡la granja es un sitio maldito! En un tiempo se me ocurrió que podía llegar a ser un nuevo jardín del Edén, donde fructificarían los alimentos de los dioses para hombres como dioses. En cambio, ay, el primer encuentro entre la humanidad y unos seres de otros mundos ha sido realmente desastroso, y el Edén se ha convertido en un campo de batalla para una guerra de los mundos. Nuestras anticipaciones del futuro han de ser necesariamente lúgubres.

Antes de cerrar este largo relato, quiero responder a una pregunta que me hace usted en su carta, y hacerle yo otra, más personal que la de usted.

Me pregunta usted ante todo si los aurigas son totalmente invisibles, y dice —si me permite usted citar su carta—: “Cualquier alteración en el índice de refracción de los lentes del ojo haría la visión imposible, y por otra parte sin esa alteración los ojos serían visibles como glóbulos vitreos. Y la visión necesita además de una mancha purpúrea detrás de la retina y de una córnea opaca. ¿Cómo ven entonces los aurigas?”

La respuesta es que carecen de órganos visuales, tal como nosotros los conocemos, pues pienso que mantienen naturalmente ese carácter de invisibilidad. No sé pues cómo “ven”, pero el órgano correspondiente es sin duda eficaz. No sé tampoco cómo se comunican —¡nuestro contendiente no hizo el menor ruido cuando le atravesé el pie!—, pero es evidente sin embargo que se comunican bien. Quizá, en un principio, trataron de comunicarse con nosotros por medio de un sentido misterioso que nosotros no tenemos, y no recibiendo respuesta presumieron que éramos tan poco inteligentes como nuestros propios animales. Si es así, ¡qué tragedia!

Ahora mi pregunta personal. Sé, señor, que está usted cada vez más ocupado a medida que se hace más famoso, pero esto que pasa ahora en un remoto rincón de la Anglia Occidental es de importancia tremenda, me parece, para el mundo y el futuro. ¿No se decide usted a hacernos una visita? Encontraría usted albergue cómodo en cualquiera de las dos tabernas del pueblo, y el viaje hasta aquí por ferrocarril es seguro, aunque tedioso. Un coche de punto podría traerlo rápidamente desde la estación de Heigham, a doce kilómetros del pueblo. De este modo usted podría ver la granja de Grendon con sus propios ojos, y hasta quizá uno de esos seres interestelares. Siento que los informes que le envía el abajo firmante no sólo lo divierten a usted. También le preocupan. Pues bien, le juro que no exagero en lo más mínimo. ¡Dígame usted que viene!

Si necesita otro argumento, piense en la alegría que dará usted a

su sincero admirador

Gregory Rolles

Leyendo esta larga carta de cabo a rabo, y luego de tachar dos adjetivos superfluos, Gregory se recostó en la cama con cierta satisfacción. Tenía la impresión

de no haber dejado la lucha, aunque estaba ahora, momentáneamente, fuera de combate.

Pero las noticias que le llegaron en las primeras horas de la tarde fueron inquietantes. Tommy, el chico del panadero, había llegado hasta los mismos límites de la granja de Grendon. Luego las leyendas horribles que se habían tejido en torno al sitio lo paralizaron de pronto, impidiéndole entrar. Las voces animales que llegaban de la granja sonaban de un modo raro, y se confundían a veces con el ruido de unos martillazos. Cuando Tommy se adelantó arrastrándose y vio al granjero —negro como un pozo de alquitrán— que levantaba algo parecido a una horca, perdió el poco coraje que le quedaba y volvió rápidamente atrás sin haber entregado la carta a Nancy.

Gregory se quedó en la cama pensando en Nancy muy preocupado, hasta que la señora Fenn le llevó la cena. Se sabía ahora, al menos, por qué los aurigas no habían entrado en la casa: eran demasiado grandes. Nancy estaba a salvo mientras no saliera, aunque nadie podía sentirse a salvo en aquel condenado lugar.

Se durmió temprano esa noche. En las primeras horas de la mañana, tuvo una pesadilla. Se encontraba en una ciudad extraña donde todos los edificios eran nuevos y la gente vestía ropas brillantes. En una plaza crecía un árbol. En el sueño, Gregory tenía una relación especial con ese árbol: lo alimentaba. Empujaba a la gente que pasaba contra la corteza del tronco. El árbol era un árbol de saliva. Desde unos labios rojos y parecidos a hojas, que se entreabrían arriba en capullos, bajaban arroyos de saliva resbalando por la corteza suave. Cuando la gente tocaba esa saliva se convertía en sustancia del árbol. Parte de la saliva mojaba a Gregory. Pero en vez de disolverlo, le daba el poder de disolver a los demás. Abrazó a la muchacha a quien quería y acercó la boca para besarla. La piel de la cara de la muchacha se abrió y cayó como la cáscara de una fruta.

Gregory se despertó llorando desesperadamente y buscó a ciegas la llave del pico de gas.

El doctor Crouchron llegó a la mañana siguiente, ya cerca del mediodía, y le dijo a Gregory que el músculo de la pierna necesitaba descanso, y que debía guardar cama otros tres días por lo menos. Gregory no quedó nada satisfecho. No podía olvidar el sueño horrible y pensaba que había descuidado realmente a su querida Nancy. La carta que le había escrito estaba todavía allí sobre la mesa de luz. Luego que la señora Fenn le trajo el almuerzo, decidió que debía ir a ver a Nancy en seguida. Dejó la comida, salió de la cama, y se vistió lentamente.

No había esperado que la pierna le doliera tanto, pero consiguió bajar las escaleras y llegar al establo sin demasiadas dificultades. Daisy se alegró aparentemente al verlo. Gregory también se sentía contento y apoyó la frente en la mejilla del animal y le frotó la nariz.

—Quizá sea la última vez que tengamos que hacer este viaje, querida mía —dijo.

Ensillar la yegua fue una tarea comparativamente sencilla. Para montar, en cambio, tuvo que hacer esfuerzos angustiosos. Al fin se instaló cómodamente en la silla y tomó el camino familiar y desolado que llevaba al dominio de los aurigas. La herida le dolía mucho, y de cuando en cuando tenía que detenerse a esperar a que la pierna dejara de latirle. Notó también que ahora perdía sangre profusamente.

Llegó al fin a las puertas de la granja y descubrió lo que había querido decir el chico del panadero cuando contó que Grendon estaba levantando una horca. Habían clavado un poste en medio del patio. Un cable llegaba hasta la punta, de donde colgaba un farol que podía iluminar todo el patio, de noche.

Había ocurrido otro cambio. Detrás del apeadero habían puesto una nueva cerca de madera, separando

el estanque de la granja. Pero en un punto, ominosamente, las maderas estaban rotas, astilladas y aplastadas, como si algo monstruoso hubiera levantado la barrera, sin detenerse.

Un perro feroz, encadenado junto al portón, ladraba furiosamente espantando a las gallinas. Gregory no se atrevió a entrar. Mientras se preguntaba cuál sería el mejor modo de resolver este nuevo problema, la puerta de la granja se abrió unos centímetros y Nancy asomó la cabeza, espiando. Gregory la llamó agitando frenéticamente la mano.

Nancy salió tímidamente, corrió por el patio, y reteniendo al mastín permitió que Gregory entrara. Gregory la besó en la mejilla, aliviado, sintiendo en los brazos el cuerpo firme de la joven.

—¿Dónde está tu padre?

—Mi querido, tu pierna, ¡tu pobre pierna! ¡Todavía te sangra!

—No te preocupes por mi pierna. ¿Dónde está tu padre?

—En el prado del sur, me parece.

—Magnífico. Iré a hablarle, Nancy. Quiero que vayas a la casa y empaquetes tus cosas. Te llevo conmigo.

—¡No puedo dejar a papá!

—Tienes que hacerlo. Iré a decírselo.

Gregory se alejó por el patio, cojeando, y Nancy lo llamó temerosamente:

—No se desprende nunca de ese fusil. ¡Ten cuidado!

Los dos perros lo persiguieron todo a lo largo de la cadena corrediza, mostrando los dientes brillantes, tratando de alcanzarle los tobillos y ahorcándose casi. Gregory vio a Neckland que aserraba unas maderas cerca de la choza de Grubby. El granjero no estaba allí. Gregory fue impulsivamente hacia los establos.

Grendon estaba trabajando en la oscuridad. Cuando vio a Gregory dejó caer el balde y se adelantó, amenazante.

—¿Has vuelto? ¿No viste el letrero en el portón? No quiero verte por aquí, nunca más. Sé que tus intenciones son buenas, pero te he dicho que te mataré y cumpliré mi palabra. Entiéndeme, te mataré si vuelves de nuevo. Ya tengo bastantes dificultades para que tú añadas otras todavía. Bueno, véte, ¡en marcha!

Gregory no se movió.

—Señor Grendon, ¿está usted tan loco como su mujer antes de morir? ¿No entiende que en cualquier momento repetirá usted el destino de Grubby? ¿No sabe qué alberga usted en el estanque?

—No soy tonto. Bueno, convengamos que esos monstruos se comen todo, incluyendo a los seres humanos. Aceptemos que esta granja les pertenece ahora. Aun así necesitan que alguien la atienda. Por eso digo que no me harán daño. Mientras me vean trabajar duramente, no me harán daño.

—Lo están engordando, Grendon, ¿no se da cuenta? El trabajo que ha hecho usted este último mes debía de haberlo dejado en los huesos. ¿No lo asusta eso?

El granjero pareció perder la compostura un momento. Miró rápidamente alrededor.

—No digo que yo no esté asustado. Digo que haré lo que se debe hacer. No somos dueños de nuestras vidas. Hazme un favor ahora y véte de aquí.

Gregory había seguido instintivamente la mirada de Grendon. Advirtió en la oscuridad, por primera vez, el tamaño de los cerdos. Los lomos anchos y negros eran visibles por encima de los establos. Tenían el tamaño de terneros.

—Esta es la granja de la muerte —dijo.

—La muerte es el fin de todos, cerdos, vacas y hombres.

—Es cierto, señor Grendon, y puede seguir pensándolo así si usted quiere. No comparto ese punto de vista y no dejaré que las gentes que dependen de usted sufran las consecuencias de esas ideas. Señor Grendon, le pido en matrimonio la mano de su hija.

Nancy dejó la granja, y los tres primeros días se los pasó acostada en su cuarto de *El caminante* entre la vida y la muerte. La comida común parecía envenenarle la sangre. Pero gradualmente, y bajo los cuidados del doctor Crouchron, Nancy fue recobrando las fuerzas, temiendo quizá que si no se curaba atraería sobre su cabeza todas las furias del médico.

—Hoy tienes mucho mejor cara —dijo Gregory tomándole la mano—. Pronto podrás levantarte, cuando te libres de toda esa comida malsana de la granja.

—Greg, mi querido, prométeme que no irás otra vez a la granja. No tienes necesidad de ir ahora que no estoy allí.

Gregory bajó los ojos y dijo:

—No me pedirás que te lo prometa, ¿no es cierto?

—No quiero que ni tú ni yo vayamos allá alguna vez. Papá, estoy segura, vive en una suerte de encantamiento. Yo siento como si despertara ahora, como si estuviese recobrando mis sentidos, ¡y no me gusta pensar que tú estás perdiendo los tuyos! ¿Y si esos monstruos, esos aurigas, nos siguieran aquí, a Cottersall?

—Sabes, Nancy, me he preguntado muchas veces por qué no habrán salido de la granja. Una vez que descubrieron la debilidad de los seres humanos hubieran podido atacar a todos o llamar a otros de su especie para tratar de invadirnos. Sin embargo se contentaron con quedarse en ese sitio reducido.

Nancy sonrió.

—Yo no seré tan inteligente como tú, pero me parece que tengo una respuesta para eso. No les interesa ir a ninguna otra parte. Se me ocurre que son una pareja y que han venido en esa máquina del espacio a pasar unas vacaciones en nuestro viejo mundo, así como nosotros podríamos ir a Great Yarmouth a pasar un par de días en nuestra luna de miel. Quizá están pasando la luna de miel.

—¡La luna de miel! ¡Qué idea horrible!

—Bueno, unas vacaciones entonces. Esa era la idea

de papá... Papá dice que son sólo dos, y que pretenden pasar unos días tranquilos en la Tierra. A la gente le gusta comer bien cuando está de vacaciones, ¿no es así?

Gregory miró a la muchacha, boquiabierto.

—¡Pero eso es espantoso! ¡Hablas como si los aurigas fueran gente agradable!

—Pos supuesto que no, tontísimo. Pero supongo que entre ellos deben de encontrarse agradables.

—Bueno, prefiero imaginarlos como seres peligrosos.

—Más razón entonces para que no te acerques a ellos.

Pero no ver no impedía pensar. Gregory recibió otra carta del doctor Hudson-Ward, una carta bondadosa y animosa, y no trató de contestarla. Sentía que no podía comprometerse con ninguna tarea que lo alejara de allí, aunque la necesidad de trabajar, en vista de los planes matrimoniales, era ahora cosa urgente: la pensión modesta que le pasaba su padre no alcanzaba para dos. No obstante, no lograba concentrarse en esos problemas prácticos. Era otra carta la que esperaba, y los horrores de la granja continuaban obsesionándolo. Esa noche soñó otra vez con el árbol de saliva.

Al atardecer se animó a contarles el sueño a Fox y Nancy. Se encontraron en un sombrío compartimiento de la parte de atrás de *El caminante*, un sitio íntimo y discreto con asientos de felpa roja. Nancy se había recobrado ya del todo y esa tarde se había paseado un rato al sol.

—La gente quería ofrecerse al árbol de saliva. Y aunque yo no podía comprobarlo, me pareció que quizá no morían realmente sino que eran transformados en alguna otra cosa, algo menos humano quizá. Y esta vez vi que el árbol era de alguna clase de metal y que crecía y crecía bombeándose a sí mismo. Uno podía ver cómo la saliva movía los engranajes y los pistones, y cómo salía luego por las ramas.

Fox se rió un poco secamente.

—Parece que estuvieras describiendo un cuadro del futuro, con maquinarias en todas partes, hasta en las plantas. Te obsesiona el progreso, Greg. Escucha, mi hermana va a Norwich mañana, en el coche de mi tío. ¿Por qué no os vais los dos con ella? Quiere comprar algunos adornos para su vestido de novia, así que eso puede interesarte, Nancy. Luego podrías pasar un par de días con el tío de Greg. Os prometo que os escribiré en seguida si los aurigas invaden a Cotter-sall, para que no os perdáis nada.

Nancy tomó a Gregory por el brazo.

—¿No podemos ir, Gregory? Hace mucho tiempo que no voy a Norwich y es una ciudad hermosa.

—Sería una buena idea —dijo Gregory, titubeando.

Nancy y Fox insistieron hasta que Gregory tuvo que ceder. Dejó el grupo tan pronto como le fue posible, dio a Nancy un beso de buenas noches, y caminó rápidamente calle abajo hacia la panadería. De algo estaba seguro: si tenía que dejar el distrito, antes quería saber qué estaba ocurriendo en la granja.

A la luz del crepúsculo de estío, la granja tenía un aspecto insólito. Unas cercas de madera macizas, pintadas rápidamente con alquitrán y de tres metros de alto, se alzaban en todas partes, no sólo en el patio sino también a lo largo de los prados, entre los árboles frutales y las matas, en medio del pantano. Y Grendon estaba levantando otras cercas, pues se oía el ruido de un martilleo furioso, puntuado por las infatigables voces de los animales.

No obstante, era la luz lo que daba a la granja ese aspecto sobrenatural. El poste solitario que había sostenido la primera lámpara eléctrica en el patio tenía ahora cinco compañeros: junto al portón, detrás de la casa, a orillas del estanque, a las puertas del cobertizo, y al lado de los establos. La lívida luz amarilla daba a la escena esa atmósfera enigmática y extraña que puede

encontrarse en la medianoche eterna de un sepulcro egipcio.

Gregory no cometió el desatino de tratar de entrar por el portón. Ató a Daisy a las ramas bajas de un espinillo y atravesó unas tierras baldías hasta llegar a los prados del sur. Desde allí caminó en línea recta hacia las tierras de alrededor. El trigo se alzaba amenazadoramente en la oscuridad moviéndose y murmurando. Las frutas habían madurado con rapidez. En los macizos las frutillas crecían como peras. Las espigas de maíz relucían como almohadones de seda. En la huerta los árboles crujían bajo el peso de unos balones deformes que querían parecer manzanas: una de ellas, demasiado madura, cayó al suelo con un pesado golpe otoñal. Había movimientos y ruido en todas partes, tanto que Gregory se detuvo a escuchar.

Se levantaba un viento. Las aspas del viejo molino emitieron un quejido que parecía el grito de una gaviota y empezaron a girar. En el cobertizo de los motores la máquina de vapor daba una nota constante y doble generando energía. Los mastines ladraban, acompañados por el coro intranquilo de los otros animales. Gregory recordó el árbol de saliva. Aquí, como en el sueño, la agricultura se había convertido en algo que semejaba una industria y los impulsos de la naturaleza eran devorados por el nuevo dios de la ciencia. Bajo la corteza de los árboles subía el vapor oscuro de fuerzas nuevas y desconocidas.

Gregory se obligó a ponerse en marcha otra vez. Avanzó cuidadosamente entre las sombras de las cercas y las luces de los faroles y llegó a las proximidades de la puerta de atrás de la granja. Una lámpara ardía en la ventana de la cocina. Gregory titubeó, y en ese momento se oyó un ruido de vidrios rotos, dentro de la casa. Corrió entonces silenciosamente, junto al muro, y llegó a la puerta. La voz de Grendon llegaba allí con un tono curiosamente apagado, como si el hombre se hablara a sí mismo.

—¡Quédate ahí! No me sirves. Esto es una prueba de fuerza. Oh, Dios, presérvame, ¡permite que me pruebe a mí mismo! Tú que hiciste mi tierra estéril hasta ahora... ¡permite que recoja sus cosechas! No sé qué estás haciendo. No quiero resistirme a ti, pero esta granja es en verdad mi vida. ¡Malditos, malditos sean! Son todos enemigos.

El hombre siguió hablando así un rato, como un borracho. Gregory se sintió arrastrado por una espantosa fascinación, entró en la casa, cruzó la cocina y se detuvo en el umbral de la sala. Miró por la puerta entornada hasta que vio al granjero, una figura oscura y erguida en medio del cuarto.

Sobre la chimenea apagada llameaba una vela, y la luz se reflejaba en las cajas de animales embalsamados. Era evidente que habían cortado las luces de la casa para dar mayor energía a los nuevos faroles de afuera.

Grendon daba la espalda a Gregory. La vela le iluminaba una mejilla tensa y mal afeitada. Parecía un poco abrumado por el peso de esos deberes que se había echado encima, y sin embargo, mirando esa espalda vestida con una chaqueta de cuero, Gregory sintió una suerte de reverencia por la independencia de aquel hombre, y por el misterio que yacía bajo la aparente simpleza. Miró cómo Grendon iba a la puerta de enfrente, dejándola abierta, y pasaba al patio, murmurando siempre entre dientes. Luego el granjero se alejó por el otro lado de la casa y los perros renovaron sus ladridos.

El tumulto no llegó a apagar un gruñido cercano. Mirando en las sombras, Gregory descubrió un cuerpo bajo la mesa. El cuerpo se movió a un costado, aplastando unos vidrios, y emitiendo un gemido ahogado. Aunque no se veía mucho, Gregory supo que el hombre era Neckland. Se acercó y le levantó la cabeza, apartando con el pie un pescado embalsamado.

—¡No me mate! Sólo quiero irme de aquí.

—¿Bert? Soy Gregory. Bert, ¿está usted herido?

Gregory veía algunas heridas en la espalda de Neckland. El hombre tenía la camisa prácticamente destrozada, y los vidrios del piso le habían cortado la carne en el costado y en la espalda. Más grave parecía un moretón que tenía en el hombro y que se oscurecía cada vez más.

Enjugándose la cara y hablando con una voz más racional, Neckland dijo:

—¿Gregory? Yo creía que estaba usted en Cottersall. ¿Qué hace aquí? El señor Grendon lo matará si lo encuentra aquí.

—¿Qué le pasó a usted, Bert? ¿No puede levantarse?

El hombre había recobrado ya el uso de sus facultades. Tomó el brazo de Gregory e imploró:

—No levante la voz, por favor, o el señor Grendon nos oirá y vendrá otra vez y terminará conmigo de una vez por todas. Ha perdido la cabeza, y dice que esas cosas del estanque están aquí de vacaciones. Casi me arranca la cabeza con el bastón. Suerte que tengo la cabeza dura.

—¿Por qué fue la pelea?

—Se lo diré en seguida. Me di cuenta muy bien de lo que pasaba aquí en la granja. Si yo no me iba pronto las cosas del estanque me comerían y chuparían como a Grubby. De modo que me escapé mientras el señor Grendon no miraba y vine aquí a recoger mis trampas y mis otras cosas. Este lugar está maldito, realmente maldito, y habría que arrasarlo. ¡El infierno no puede ser peor que esta granja!

Neckland se incorporó del todo y se apoyó en Gregory para guardar el equilibrio. Fue hacia la escalera, gruñendo.

—Bert —dijo Gregory—, qué le parece si nos lanzamos contra Grendon y lo maniatamos. Podríamos llevarlo al carro y luego irnos todos juntos.

Neckland se volvió y miró a Gregory desde las sombras acariciándose el hombro con una mano.

—Inténtelo usted si quiere —dijo, y dando media vuelta subió decidido las escaleras.

Gregory se quedó donde estaba, mirando de reojo la ventana. Había venido a la granja sin un plan preconcebido, pero ahora que se lo había dicho a Bert le parecía que no podía hacer otra cosa que llevarse a Grendon de la granja. Se sentía obligado a hacerlo, pues aunque veía ahora a Grendon con otros ojos, el hombre lo retenía con una especie de fascinación, y era incapaz de dejar que un ser humano, por más perverso que pareciera, enfrentase solo los horrores extraños del granjero. Si conseguía que Grendon, pensó, no recibiera a tiros a los intrusos, quizá podría traerse ayuda de las granjas vecinas, Dereham Cottages, por ejemplo.

El cobertizo de las máquinas tenía una sola ventana, y con barrotes. Era de ladrillos, y la puerta, maciza, podía cerrarse desde el exterior. Quizá fuera posible atraerlo a Grendon, y luego obtener ayuda de afuera.

No sin aprensión, Gregory fue hasta la puerta y espió en la confusa oscuridad. Examinó ansiosamente el suelo, buscando alguna pisada más siniestra que la del granjero, pero no había indicación alguna de que los aurigas estuviesen inactivos. Salió al patio.

No había avanzado dos metros cuando se oyó un agudo grito de mujer. Gregory sintió como si unas manos heladas le apretaran las costillas y se acordó de la pobre señora Grendon, loca. En seguida reconoció la voz: era Nancy. Los gritos no se habían apagado del todo cuando Gregory corría ya hacia el lado oscuro de la casa.

Sólo más tarde comprendió que había corrido aparentemente hacia un ejército de gritos animales. Sobre todos ellos se oían los chillidos de los cerdos; cada una de estas bestias parecía tener que transmitir a un misterioso destinatario un mensaje agudo e indescifrable. Gregory corrió hacia los establos, esquivando las cercas gigantescas a la luz alta y enfermiza.

En los establos el ruido era ensordecedor. Los cascos de los animales pateaban las maderas. En medio del establo principal colgaba una luz y Gregory pudo ver de qué modo terrible había cambiado la granja desde su última visita. Las marranas se habían desarrollado enormemente y las grandes orejas les golpeaban las mejillas como tablas. Los lomos hirsutos se curvaban hasta tocar casi las barras del techo.

Grendon estaba en la entrada del otro lado, sosteniendo en los brazos el cuerpo inconsciente de Nancy. Un saco de alimento para cerdos yacía despararrado a sus pies. Había abierto a medias las puertas de un establo y trataba de abrirse paso contra el flanco de un cerdo casi de su misma altura. De pronto Grendon se volvió y miró a Gregory con una cara de indiferencia más terrible que cualquier expresión de furia.

Había alguien más allí. Las puertas de un establo, cerca de Gregory, se abrieron de par en par. Las dos cerdas apretadas entre las tablas lanzaron un terrible chillido en falsete, sintiendo claramente la presencia de un hambre insaciable. Patearon a los lados ciegamente, y todos los otros animales expresaron el mismo terror. La lucha era inútil. Un auriga estaba allí. La muerte misma, la figura de la guadaña infatigable y de la inmóvil sonrisa ósea, hubiese sido más fácil de evitar que esta presencia venenosa e invisible. Una mancha rosada se extendió rápidamente sobre el lomo de una de las bestias. Casi en seguida la enorme masa empezó a decrecer, perdiendo rápidamente toda su sustancia.

Gregory no se detuvo a mirar el repugnante proceso. Corrió hacia el granjero, que ya se movía otra vez. Y ahora era evidente qué se proponía. Abrió las puertas del último establo y dejó caer a Nancy en el comedero de metal. Casi en seguida las marranas se volvieron chasqueando las mandíbulas hacia este nuevo forraje. Grendon, con las manos libres, se acercó a un gancho de la pared, que sostenía el rifle.

El estrépito sacudía ahora los establos. La compa-

ñera de la marrana que había sido ingerida tan rápidamente se libró y salió al pasillo central. Durante un momento se quedó allí —por suerte, pues si no Gregory hubiera quedado atrapado—, inmóvil, como paralizada por la posibilidad de libertad. Los establos se estremecieron y los otros animales lucharon por salir también de los corrales, derribando ladrillos, echando abajo las puertas. Gregory saltó a un lado y unos cuerpos grotescos se apretaron en los pasillos luchando por ganar la libertad.

Gregory había llegado junto a Grendon, pero la estampida los alcanzó antes que se tocaran. Un casco se le cruzó a Grendon en el camino, y el granjero se dobló hacia adelante con un gruñido y cayó bajo las patas de las bestias. Gregory apenas tuvo tiempo de esquivar el tropel metiéndose en el corral más próximo. Nancy trataba en ese momento de salir de la artesa, y las dos bestias a las que había sido ofrecida se sacudían tratando de escapar. Animado por una energía feroz, sin razón, y casi sin conciencia, Gregory alzó a la muchacha, saltó hasta una de las vigas superiores, pasó por encima una pierna, se inclinó a recoger a Nancy, y la ayudó a subir.

Estaban a salvo, pero aún no del todo. Entre las nubes de polvo y las sombras del establo podían ver cómo las bestias enormes se apretaban en una y otra entrada. En medio se libraba una suerte de batalla entre los animales que se empujaban tratando de llegar al extremo opuesto del edificio. Estaban despedazándose, y la destrucción amenazaba al establo mismo.

—Tuve que seguirte —jadeó Nancy—. Pero papá... ¡creo que ni siquiera me reconoció!

Por lo menos, pensó Gregory, Nancy no había visto cómo Grendon caía bajo las patas de las bestias. Volviéndose involuntariamente, vio el fusil que Grendon no había llegado a tomar y que colgaba aún de un gancho en la pared. Arrastrándose por una viga transversal podía alcanzar fácilmente el arma. La ayu-

dó a Nancy a sentarse y se movió a lo largo de la viga, a sólo unos pocos centímetros por encima de los lomos de los cerdos. El fusil al menos les daría cierta protección: el auriga, a pesar de parecerse muy poco a los hombres, no sería inmune al plomo.

Cuando alcanzó el viejo fusil y lo descolgó del gancho, Gregory sintió de pronto el deseo de matar en seguida a uno de aquellos monstruos invisibles. Recordó entonces sus primeras esperanzas: la idea de que quizá fueran seres superiores, seres sabios y de ilustrado poder, que venían de una sociedad mejor donde unos códigos morales elevados guiaban las actividades ciudadanas. Había pensado entonces que sólo a una civilización semejante le sería concedido el don de los viajes interplanetarios. Pero lo opuesto era quizá la verdad: quizá un objetivo parecido sólo podía ser alcanzado por las especies indiferentes a fines más humanos. Tan pronto como se le presentó esta idea, se sintió abrumado por la visión de un universo enfermo, donde las razas que cultivaban el amor y la inteligencia habitaban unos mundos diminutos, de los que no salían nunca, mientras el cosmos era recorrido por especies asesinas, que descendían aquí y allí a satisfacer sus crueldades y sus voraces apetitos.

Regresó al sitio donde esperaba Nancy, sobre la sanguinaria lucha porcina.

La muchacha señaló con el dedo, muda. En el extremo más lejano los animales habían derribado las puertas y escapaban ahora hacia la noche. Pero uno de los cerdos cayó y se aplastó contra el suelo como un saco informe de color carmesí. Otro animal que pasó por ese sitio sufrió el mismo destino.

¿El auriga actuaba impulsado por la ira? ¿Lo habían lastimado los cerdos, al cargar ciegamente? Gregory alzó el fusil y apuntó. En ese momento vio una débil columna alucinatoria que se alzaba en el aire. Había caído tanto polvo y barro y sangre sobre el auriga que era ahora parcialmente visible. Gregory disparó.

El culatazo casi lo hizo caer de la viga. Cerró los ojos, aturdido por el ruido, y oyó apenas la voz de Nancy que lo abrazaba:

—Oh, eres maravilloso, ¡eres maravilloso! ¡Lo alcanzaste justo!

Gregory abrió los ojos y miró entre el humo y el polvo. La sombra que era el auriga se tambaleaba ahora. Al fin cayó. Cayó entre las formas distorsionadas de los cerdos que había matado, y unos fluidos corruptos se extendieron por el suelo. Luego el monstruo se alzó otra vez. Nancy y Gregory vieron que avanzaba hacia la puerta y desaparecía en el patio.

Durante un minuto los dos jóvenes se quedaron mirándose, con expresión de triunfo y de perplejidad a la vez. En los establos sólo quedaba un cerdo, malamente herido. Gregory saltó al suelo y ayudó a bajar a la muchacha. Esquivaron los espantosos restos como mejor pudieron y salieron al aire fresco de la noche.

Arriba, sobre la huerta, en las ventanas de la casa, oscilaban unas luces raras.

—¡Fuego! ¡Hay fuego en la casa! Oh, Greg, ¡tenemos que salvar lo que podamos! Las hermosas cajas de papá...

Gregory retuvo a Nancy y se inclinó hablándole directamente en la cara.

—¡Fue Bert Neckland! Me dijo que había que destruir todo esto, y eso es lo que hizo.

—Vamos, entonces...

—¡No, no, Nancy, tenemos que dejarla arder! ¡Escucha! El auriga herido no puede estar muy lejos. No llegamos a matarlo. Si estas criaturas sienten odio o furia, tratarán de matarnos... ¡No olvides que son más que uno! No tenemos que ir por ahí si queremos vivir. Daisy está de este lado del prado y nos llevará sin peligro a casa.

—¡Greg, querido, esta es mi casa! —gritó Nancy, desesperada.

Las llamas se elevaban más y más. Las ventanas de

la cocina se rompieron en una lluvia de vidrios. Gregory corrió con Nancy en dirección opuesta gritando:

—¡Yo soy tu casa ahora! ¡Yo soy tu casa ahora!

Nancy corría también, sin protestar, y juntos se internaron entre los pastos altos.

Cuando llegaron al camino y al sitio donde esperaba la yegua, se detuvieron a tomar aliento y miraron hacia atrás.

La casa ardía por los cuatro costados. Era imposible salvarla ahora. El viento alzaba remolinos de chispas y una de las aspas del molino había empezado a arder también. Las lámparas eléctricas de los postes emitían una luz espectral y pálida. De cuando en cuando la sombra de algún animal gigantesco atravesaba la escena. De pronto, las luces se estremecieron y luego se apagaron. Un animal había derribado un poste. La lámpara había caído al estanque y el corto circuito había interrumpido el sistema.

—Vámonos —dijo Gregory y ayudó a montar a Nancy. Cuando subía detrás, se oyó un rugido creciente, cada vez más agudo. De pronto, se apagó. Una nube espesa de vapor burbujeó sobre el estanque. Y de la nube salió la máquina del espacio, y subió, y subió, subió, y Nancy y Gregory la observaron boquiabiertos, angustiados. La máquina subió en el aire suave de la noche, se perdió de vista durante un momento, comenzó a emitir un brillo opaco, y reapareció tremendamente lejos.

Poco después, Gregory la buscaba desesperadamente en el cielo, pero la máquina ya había desaparecido, más allá de los límites de la atmósfera terrestre. Sintió una terrible desolación, más terrible aun porque era enteramente irracional, y entonces pensó, y gritó lo que pensaba:

—¡Quizá estaban pasando aquí sus vacaciones! ¡Quizá disfrutaban aquí, y les hablarán a sus amigos de este pequeño mundo! ¡Quizá el futuro de la Tierra sea sólo eso: un lugar de veraneo para millones de aurigas!

El reloj de la iglesia daba la medianoche cuando Nancy y Gregory llegaron a las primeras casas de Cottersall.

—Primero iremos a la taberna —dijo Gregory—. No puedo llamar a la señora Fenn a esta hora, pero tu patrona podrá servirnos comida y agua caliente y unas vendas para las heridas.

—Yo me encuentro bien, querido, pero me alegra que me acompañes.

—Te advierto que desde ahora te acompañaré demasiado.

La puerta de la taberna estaba cerrada, pero adentro había luz, y al cabo de un rato el posadero mismo vino a abrirles, ansioso por oír alguna noticia que pudiera transmitir luego a su clientela.

—En la habitación número tres hay un caballero que desea hablar con usted a la mañana —le dijo a Gregory—. Un caballero simpático que vino en el tren de la noche y que está aquí desde hace una hora.

Gregory hizo una mueca.

—Mi padre, sin duda.

—Oh, no, señor. Es un señor llamado Wills o Wells o Walls... La firma no es muy clara.

—¡Wells! ¡El señor Wells! ¡Ha venido! —Gregory tomó las manos de Nancy, sacudiéndoselas, excitado.— Nancy, ¡uno de los más grandes hombres de Inglaterra está aquí! ¡Nadie podría oír con mayor provecho una historia como la nuestra! Iré a hablarle ahora mismo.

Besando ligeramente a Nancy en la mejilla, Gregory corrió escaleras arriba y llamó a la puerta del cuarto número tres.

Título del original: *The saliva tree.*
Traducción de G. Lemos

Los sueños son la válvula de seguridad de la mente, sugirió el alemán W. Robert en 1886; tesis confirmada luego de algún modo por los trabajos de L. Kubie, M. Jouvet, W. Dement, Ch. Fisher. Si a un hombre le impiden soñar se vuelve loco; pero también puede salvarse, si encuentra a alguien que sueña por él.

LA ESTOFA DE LOS SUEÑOS

John Brunner

Los hilos del electroencefalógrafo le aureolaban la cabeza como una tela tejida por una araña ebria, y los blandos tapones adhesivos le cubrían los ojos como monedas. Starling parecía un cadáver que el tiempo había adornado con guirnaldas húmedas, pero un cadáver-vampiro, rosado y bien nutrido en su muerte incompleta. En el cuarto había un silencio de mausoleo, aunque olía a cera de piso y no a polvo. El ataúd de Starling era una cama de hospital y la mortaja una manta de algodón.

Las únicas luces del cuarto eran las lamparitas amarillas del equipo electrónico, instalado a la cabecera del lecho, y las bujías piloto que podían verse por los orificios de ventilación de la caja. Pero cuando Wills abrió la puerta el rayo de luz que entraba desde el corredor le permitió ver claramente a Starling.

Hubiera preferido no verlo, no así, extendido todo a lo largo. Sólo le faltaban unas velas. No estaba muerto aún, pero la situación podía corregirse fácilmente con los instrumentos apropiados: una estaca

© 1962, by Mercury Press.

puntiaguda, una bala de plata, el coche fúnebre que llega a un cruce de caminos...

Wills se dominó. Tenía la cara transpirada. ¡Otra vez lo mismo! La idea disparatada se repetía como un acto reflejo, como la dilatación de las pupilas bajo los efectos de la belladona, aunque tratara de evitarla. Starling yacía allí parecido a un cadáver sólo porque se había acostumbrado a no quitarse los hilos de la cabeza... *Nada más que por eso, nada más que por eso, ¡nada más que por eso!*

Wills sintió que las palabras le golpeaban la mente, como un garrote. Starling había dormido así durante meses. Estaba tendido de costado, en la actitud típica del hombre que duerme, pero a causa de los hilos no se movía casi en el curso de la noche, y no desarreglaba las sábanas. Respiraba naturalmente. Todo era normal.

Excepto que esto duraba así desde hacía meses, lo que era increíble, e imposible.

Sacudiéndose de pies a cabeza, Wills dio un paso atrás alejándose de la puerta. Y en ese momento, ocurrió otra vez... como ocurría diez o doce veces por noche. Empezó un sueño.

El electroencefalógrafo registró un cambio en la actividad cerebral. Los taponés adhesivos que le cubrían los ojos a Starling señalaron unos movimientos oculares. Un circuito se cerró. Un timbre débil pero agudo sonó en el cuarto.

Starling gruñó, se agitó, se movió económicamente como si quisiera espantar una mosca que se le había posado en la cara. El timbre calló. Starling había despertado: le habían cortado el hilo del sueño.

Y se durmió otra vez.

Wills lo imaginó despertándose del todo y advirtiendo que no estaba solo en el cuarto. Retrocedió de puntillas hasta el corredor y cerró la puerta. El corazón le golpeaba el pecho como si acabara de escapar a un desastre.

¿Por qué? Durante el día podía hablar normalmente

con Starling, someterlo a pruebas tan impersonalmente como a cualquier otro. Sin embargo, de noche...

Sacudió la cabeza alejando imágenes de Starling de día, de Starling yacente como un cadáver de noche, y se fue por el corredor apretando los dientes. Hizo una pausa ante otras puertas, acercándose y escuchando, o abriendo y echando una ojeada. Algunas de esas puertas llevaban a infiernos privados, capaces de poner en peligro la cordura de cualquiera. No obstante, nada lo afectaba tanto como la pasividad de Starling, ni siquiera las quejasas plegarias de la mujer del cuarto número once, que era perseguida día y noche por demonios imaginarios.

He perdido, concluyó Wills, mi propia cordura.

Este pensamiento lo obsesionaba, aunque trataba esforzadamente de librarse de él. Wills lo enfrentó en el largo pasillo que le corría alrededor de la mente como un tubo conductor de microondas. Y no encontró ninguna razón para rechazarlo. Los otros estaban en las celdas, él en el corredor. ¿Y qué? Starling estaba en una celda y no era un paciente. Era un hombre cuerdo, que podía irse cualquier día. Se quedaba sólo porque deseaba cooperar.

Y decirle que se fuera no resolvería nada.

La ronda había terminado. Regresó a la oficina como un hombre que marcha resueltamente hacia su fin inevitable. Lambert —el enfermero de guardia— roncaba en el sofá del rincón. Esto violaba los reglamentos, pero Wills había aguantado hasta hartarse unas largas historias de mujeres y de bebida, y los lamentos acerca de las series de televisión que se estaban perdiendo esta noche, y le había dicho al hombre que se fuera a dormir.

Sacudió a Lambert para que cerrara la boca y se sentó al escritorio acercando el registro de la noche. La mano se arrastró por las líneas impresas en el papel, seguida por una sombra coja, dejando detrás una

cinta de palabras contorsionadas, como la baba de un caracol enloquecido.

5 a. m. Todo tranquilo excepto en el cuarto 11. El paciente del 11 normal.

Se dio cuenta de lo que había escrito y tachó furiosamente la última palabra, una vez y otra más, hasta que quedó ilegible, y luego escribió al lado "como siempre". ¡Normal!

Estoy en el asilo de mí mismo.

Inclinó la lámpara sobre el escritorio, para que le iluminase la cara, y se miró en el espejo de pared de las enfermeras. Estaba bastante ojeroso, luego de toda una noche sin dormir, pero no tenía ningún otro síntoma alarmante. Como siempre, lo mismo que el paciente del cuarto número 11.

Y sin embargo Starling, cadáver viviente, dormía sin sueños.

Wills se sobresaltó, creyendo sentir que algo negro y filamentosos le había rozado el hombro. Se lo imaginó a Starling que extendía desde la cama los hilos tentaculares del electroencefalógrafo, como si él mismo fuese un órgano hilandero, y estuviese envolviendo todo el hospital en una red inmensa, y atrapando a Wills.

Wills se imaginó que le vaciaban las entrañas, como a una mosca.

De pronto Lambert se sentó en el sofá, abriendo y cerrando los ojos como persianas de una casa que se airea en la mañana.

—¿Qué pasa, doctor? —dijo—. Está usted blanco como una sábana.

Wills no tenía ningún hilo negro en el hombro.

—Nada —dijo con un esfuerzo—. Creo que estoy un poco cansado.

Pensó que era hora de que se fuera a dormir, y se preguntó qué soñaría.

El día era brillante y caluroso. Wills no dormía nunca bien de día, y cuando se despertó por cuarta o

quinta vez, cansado aún, decidió levantarse. Era el día de la visita de Daventry, recordó. Quizá convendría que fuese a hablarle.

Se vistió y salió, ojeroso. En el jardín algunos de los enfermos menos graves trabajaban distraídamente. Daventry y la enfermera principal caminaban entre ellos elogiándoles las flores y el cuidado con que habían sacado todas las malas hierbas. A Daventry no le interesaba la jardinería sino como herramienta terapéutica. Los enfermos, aun los más graves, se daban cuenta, pero Daventry, aparentemente, no sabía que ellos sabían. Wills se hubiera reído si no sintiera que estaba perdiendo la capacidad de reír. Las facultades que no se ejercitan a menudo se atrofian lo mismo que los miembros.

Daventry vio que Wills se acercaba y lo miró entornando los ojitos de pájaro detrás de los lentes, torció la boca de labios delgados y le dijo una palabra a la enfermera que inclinó la cabeza y se alejó. El rostro afilado se le aclaró con una sonrisa, y las piernas ágiles lo llevaron rápidamente por el césped que los pacientes no cortaban nunca, pues las cortadoras y las guadañas eran demasiado peligrosas.

—¡Ah, Harry! —dijo la voz optimista de Daventry—. Quiero decirle dos palabras. ¿Vamos a mi oficina?

Le tomó el brazo a Wills mientras se volvía. Wills, que no toleraba esta costumbre, se libró de la mano de Daventry antes que se cerrara.

—Como suele ocurrir —dijo—. Yo también quería hablar dos palabras con usted.

La voz seca golpeó la compostura de Daventry, que inclinó levemente la cabeza y examinó la cara de Wills. La lista de tics de Daventry era larga, pero el hombre conocía los motivos de todos y a veces se tomaba la molestia de explicarlos.

—Ajá —dijo—. Ya me imagino de qué se trata.

Entraron en el edificio y caminaron juntos. Los pies golpeaban irregularmente el suelo como dos corazo-

nes. Cuando cruzaban el corredor, Daventry habló otra vez.

—Se me ocurre que no ha habido cambios en Starling o me hubiese dejado una nota. Estaba usted de guardia anoche, ¿no es cierto? Hoy no lo he visto, lamentablemente. Fui a una conferencia y no pude venir antes del almuerzo.

Wills miró adelante clavando los ojos en la puerta de la oficina de Daventry.

—No, ningún cambio. Pero de eso quería hablarle. No me parece que debamos continuar.

—Ah —dijo Daventry. Era una exclamación automática. Significaba algo muy distinto, como “estoy asombrado”, pero Daventry desaprobaba profesionalmente el asombro.

Los dos hombres entraron en la oficina y se sentaron. Una mosca idiota zumbaba golpeándose la cabeza contra el vidrio.

—¿Por qué no? —dijo Daventry bruscamente.

Wills no había preparado una respuesta. Le hubiese costado trabajo hablar de Starling, el muerto-vivo, con tapones que parecían monedas adheridos a los ojos, y de los tentáculos negros que se extendían por la noche del hospital, de la idea —formulada y censurada— de que a Starling había que tratarlo con estacas afiladas y balas de plata, pronto. Tuvo que improvisar rápidamente, como si levantara un dique de urgencia, sabiendo que cedería pronto en una docena de puntos.

—Bueno, todos nuestros casos sugieren que si interferimos en los procesos del sueño hay perturbaciones mentales serias. Aun los más resistentes de nuestros otros voluntarios se derrumbaron antes de dos semanas. Estamos impidiendo que Starling sueñe de noche desde hace cinco meses, y aunque no hay síntomas alarmantes es probable que estemos haciéndole daño.

Mientras Wills hablaba, Daventry había encendido un cigarrillo. Ahora lo sacudía como si quisiese le-

vantar una barrera adecuada contra los argumentos de Wills: una cortina de humo.

—¡Por favor, Harry! —dijo afablemente—. ¿Qué daño podemos hacerle? ¿Notó usted algún signo en la última entrevista con Starling?

—No... La entrevista ocurrió la semana anterior y la próxima ocurrirá mañana. No, pero todo parece señalar la importancia esencial de los sueños. Ningún test nos muestra el efecto que ha causado en Starling la privación de los sueños, pero tiene que haber un efecto.

Daventry inclinó la cabeza, con aire neutral.

—¿Y qué dice el propio Starling?

Wills admitió honestamente su derrota.

—No se opone a que continuemos. Dice que se siente muy bien.

—¿Dónde está ahora?

—Hoy es miércoles. Ha ido al pueblo a ver a su hermana, como todas las tardes de los miércoles. Podría investigar si usted quiere, aunque...

Daventry se encogió de hombros.

—No importa. Pero tengo buenas noticias para usted. De acuerdo con mi punto de vista seis meses bastan y sobran para saber cómo tolera Starling las noches sin sueños. El próximo paso será saber qué sueña, cuando se lo permitamos otra vez. De modo que le propongo terminar el experimento dentro de tres semanas e investigar ese otro problema.

—Es probable que siga despertándose automáticamente —dijo Wills.

Daventry estaba resuelto a tomarse todo en serio.

—¿Por qué lo dice?

Wills sólo había querido hacer un chiste, un poco amargo, pero ahora, pensándolo, le pareció que no estaba tan lejos de la verdad.

—Porque sólo él resistió el tratamiento —dijo—. Como en todos los demás, la frecuencia de los sueños subió en los primeros días. Luego de alcanzar una

cima de treinta y cuatro veces por noche, bajó a un nivel de alrededor de veintiséis, que ha permanecido constante desde hace cuatro meses. ¿Por qué? La mente de Starling parecía maleable, y me cuesta creerlo. La gente necesita tener sueños. Los sueños son necesarios a la vida, como la comida o el agua.

—Eso es lo que creemos —dijo Daventry con animación, y pareció que hojeaba mentalmente, se le ocurrió a Wills, resúmenes de conferencias, informes para el *Journal of Psychology* y cuatro páginas ilustradas del *Scientific American*. Y así sucesivamente—. Eso es lo que creemos. Hasta que nos encontramos con Starling, y nos demostró que estábamos equivocados.

—Yo... —comenzó a decir Wills.

Daventry continuó sin prestarle atención:

—Los trabajos de Dement en Mount Sinai no eran absolutamente definitivos, como usted sabe. Aferrarse a los primeros descubrimientos es siempre una actitud errónea. Así nos vemos obligados ahora a renunciar a la idea de que los sueños son indispensables, pues Starling ha vivido sin sueños durante meses y hasta hoy, aunque quizá se nos escape algo, lo reconozco, hasta hoy no ha sufrido a causa de esta experiencia. —Daventry golpeó el cigarrillo, haciendo caer la ceniza en un tazón del escritorio.— Bueno, estas son las buenas noticias, Harry: daremos fin a la serie Starling al cumplirse los seis meses. Veremos luego si vuelve a tener sueños normales. No eran nada insólitos antes de la experiencia. Será realmente interesante...

Era un pobre consuelo, pero sin embargo tenía el mérito de limitar de algún modo las torturas de Wills. Lo libraba también en parte de la imagen horrorosa que tanto lo había obsesionado: Starling, un cadáver vampiro que parecía habersele instalado para siempre en la mente, como una amenaza definitiva. Ahora le era más fácil aguardar la próxima entrevista con Starling.

Media hora después se sentó a esperar en la oficina.

Todo estaba en calma, y antes de subir para el examen psicológico Starling había de someterse a una revisión física. Aunque los médicos nunca habían encontrado nada, lo mismo que los psicólogos. Quizá todo ocurría en la mente de Wills, o en la de Starling. Pero esto Starling no podía saberlo.

Wills conocía la historia documentada de Starling casi de memoria. Era una carpeta gruesa, manoseada, con notas de él mismo y de Daventry. Volvió atrás las hojas, hasta la época —hacia ya cinco meses y una semana— en que Starling era sólo un voluntario entre seis hombres y seis mujeres, destinados todos a verificar con el auxilio de aparatos perfeccionados los descubrimientos que había hecho Dement en 1960.

Había allí transcripciones de sueños acompañadas por comentarios freudianos, limitados, pero extraordinariamente reveladores, aunque nada insinuaban del enigma más asombroso: que Starling pudiera vivir sin esos sueños.

Estoy en una estación de ferrocarril. La gente va al trabajo y vuelve a sus casas casi al mismo tiempo. Un hombre alto se me acerca y me pide un billete. Trato de explicarle que todavía no lo he comprado. El hombre se enoja y llama a un policía, pero el policía es mi abuelo. No puedo entender lo que dice.

Estoy hablando con uno de mis maestros de escuela, el señor Bullen. Soy muy rico y he venido a visitar la vieja escuela. Me siento muy feliz. Invito al señor Bullen a dar un paseo en mi coche que es grande y nuevo. Cuando Bullen se sube al coche el pestillo de la portezuela se desprende y se le queda en la mano. La portezuela no se cierra. No puedo encender el motor. El coche es viejo y está todo oxidado. El señor Bullen se enoja mucho, pero a mí no me importa.

Estoy en un restaurante. El menú está escrito en francés y yo pido algo que no conozco. Cuando me lo traen no puedo comerlo. Llamo al dueño para quejarme y el hombre llega vestido con uniforme de ma-

rinero. El restaurante está en un barco en alta mar y yo me siento mareado. El dueño me dice que me pondrá entre rejas. La gente del restaurante se ríe de mí. Rompo los platos de la mesa pero no hacen ruido y nadie se da cuenta. De modo que al fin me pongo a comer.

Este último sueño es lo que uno puede esperar de Starling, pensó Wills. Al fin se pone a comer, y le gusta.

Los documentos eran del periodo de control, la semana en que habían anotado los sueños de Starling y los demás voluntarios para compararlos con otros posteriores al experimento. Es decir, en once de los sujetos, los sueños que habían sobrevenido luego del tercer día y las trece jornadas siguientes. En cambio, en Starling...

Los sueños correspondían admirablemente a Starling. Miserable, mezquino, se había sentido frustrado toda la vida, lo mismo que en los sueños donde intervenían a veces figuras autoritarias de la infancia: el abuelo odiado, el maestro de escuela. Aparentemente Starling no se rebelaba nunca. Al fin comía lo que le daban.

No era sorprendente, pues, que Starling se mostrara dispuesto a cooperar en el experimento, pensó Wills débilmente. Alojado, alimentado, liberado de problemas, debía de sentirse en el paraíso. O en una especie de infierno gratificador.

Wills estudió los sueños de los otros voluntarios, los que habían abandonado al cabo de unas pocas noches. Los informes de la semana de control mostraban sin excepciones indicios de tensión sexual, y eran resoluciones dramáticas de diversos problemas y ataques a dificultades personales. Sólo Starling renunciaba constantemente a la lucha.

Exteriormente, no era un hombre realmente incapacitado. Teniendo en cuenta las frustraciones que le habían impuesto, primero sus padres, luego el abuelo tiránico y los maestros, Starling se había adaptado bien. Tranquilo y algo tímido vivía con una hermana

casada, pero tenía un empleo bastante bueno y unos pocos amigos que había conocido por intermedio de su cuñado y a quienes les caía simpático aunque no los impresionara mucho.

Esta actitud resumía de algún modo la existencia entera de Starling. Apenas conocía los absolutos. Sin embargo —a pesar de sus sueños—, nunca se había rendido del todo, y al mal tiempo le ponía buena cara.

Los voluntarios eran de muy distinto origen: siete estudiantes, un profesor en vacaciones, un actor sin contrato, un escritor con la bolsa vacía, un vagabundo que se burlaba de todo, y Starling. Se les había aplicado el método ideado por Dement en el hospital Mount Sinai de Nueva York, y luego mejorado y automatizado por Daventry: un timbre que despertaba al durmiente cada vez que aparecían los signos indicadores del sueño. En los otros once casos se confirmaron los descubrimientos de Dement: la interrupción de los sueños ponía nervioso al sujeto que se mostraba cada vez más irritable hasta que caía en la depresión mental. El más resistente de los sujetos había aguantado trece días.

Pero todo esto no se aplicaba a Starling.

No era la falta de sueño lo que perturbaba a los hombres. Esto podía comprobarse fácilmente si se los despertaba entre un sueño y otro y no cuando empezaban a soñar. Las reacciones se debían a que se les impedían los sueños.

En general todos parecían soñar una hora por noche, en cuatro o cinco "episodios". Eso indicaba que el sueño cumplía una función. ¿Cuál? ¿La de aliviar las tensiones antisociales? ¿La de purgar el ego satisfaciendo deseos reprimidos? Las respuestas eran demasiado fáciles. No obstante, si Starling no estuviese allí burlándose de ellos, los investigadores hubieran aceptado una generalización similar y se hubieran quedado tranquilos, esperando la época distante en que la ciencia del espíritu dispondría de equipos mejores

capaces de pesar y medir la implacable estofa de los sueños.

Pero Starling no había cedido. Al principio reaccionó de modo normal. La frecuencia de sus sueños subió de cinco veces por noche a veinte, treinta y más, mientras el timbre abortaba todos esos sueños embrionarios, proyectando a la nada al abuelo abominable, a los maestros tiránicos.

¿Tenía esto algún significado? Wills ya se lo había preguntado otras veces. ¿Era posible que así como la gente necesitaba los sueños, Starling los odiara? ¿Sentiría Starling la falta de sueños como una liberación?

La idea era simple y por eso mismo atractiva, pero no se sostenía en pie. De acuerdo con los experimentos previos equivalía a decir que para librar a un hombre de la necesidad de excretar bastaba privarlo de agua y comida.

Pero la experiencia no había alterado físicamente a Starling. El hombre no había perdido peso, ni se había puesto irritable. Respondía normalmente a las pruebas de inteligencia y al test de Rorschach y a cualquier otro test.

No era natural.

Wills se dominó. Pensó un instante en sus propias reacciones y reconoció que sentía miedo: el miedo instintivo e irracional a un extraño que se aparece de pronto y habla de un modo distinto y tiene otras maneras. Starling era un ser humano; ergo, reaccionaba de un modo natural; ergo, las otras experiencias habían coincidido por casualidad y los sueños no eran indispensables, o las reacciones de Starling no se distinguían de las otras, y un día se manifestarían, cuando la presión hiciese estallar la caldera.

De cualquier modo, sólo faltaban tres semanas.

El golpe tímido de costumbre en la puerta. Wills respondió con un gruñido, y mirando entrar a Starling se preguntó cómo era posible que la vista de este hombre tranquilamente extendido en la cama pudiera evo-

car visiones de ristras de ajos, estacas puntiagudas y enterramientos en encrucijadas.

El error debía de estar en su propia mente, no en la de Starling.

Las pruebas tuvieron los mismos resultados que las anteriores. La hipótesis de Wills no era válida, por lo tanto. Si Starling sintiera que lo habían librado de una carga, mostraría ahora signos de una personalidad más firme y segura. El mejoramiento microscópico se debía sin duda a que Starling estaba viviendo desde hacía meses en un ambiente tranquilo donde no se le exigía ningún esfuerzo.

El camino estaba cerrado por ese lado.

Wills apartó la pila de papeles.

—Señor Starling —dijo—, ¿por qué se ofreció usted como voluntario? Seguramente ya se lo he preguntado antes, pero no recuerdo.

Todo estaba en los archivos, pero era posible que Starling intentara ahora otra explicación.

—Bueno, no sé realmente, doctor —dijo la voz suave de Starling—. Creo que mi hermana conocía a otro voluntario y mi cuñado es un dador de sangre y siempre dice que todos le debemos algo a la sociedad, y aunque no me gusta la idea de que me saquen sangre, porque nunca soporté las inyecciones y esas cosas, esta idea me pareció bien y dije que sí. Luego, claro, el doctor Daventry dijo que yo era una excepción, y si yo seguiría en el experimento, y yo le dije entonces que a mí no me hacía daño, y no me pareció que pudiese negarme, sobre todo porque era en beneficio de la ciencia...

La voz siguió así sin añadir nada nuevo. Starling no se interesaba mucho en las cosas nuevas. Nunca le había preguntado a Wills el propósito de las pruebas, y probablemente nunca le había pedido a su propio médico que le explicara una receta, contentándose con pensar que las abreviaturas del médico eran una especie de talismán. Quizá estaba tan acostumbrado

a que le taparan la boca si mostraba demasiado interés que no se sentía capaz de investigar el sistema del que formaban parte Wills y el hospital.

Starling era un hombre maleable. La voz exasperante del cuñado, que lo acusaba de inútil, lo había llevado a esto. Observándolo, Wills comprendió que la decisión de ofrecerse como voluntario era probablemente la mayor que había tomado Starling en su vida, comparable, en algún otro, a la decisión de casarse o de entrar en un monasterio. Y sin embargo eso era falso también. Starling no tomaba decisiones en ese nivel. Las cosas le pasaban, y eso era todo.

Impulsivamente, Wills dijo:

—¿Y cuando la experiencia termine, señor Starling? Supongo que no durará indefinidamente.

Plácida, la voz articuló las palabras inevitables:

—Bueno, usted sabe, doctor, no lo he pensado.

No, la falta de sueños no era una liberación para Starling. No significaba nada. Nada le parecía importante. Starling era un muerto-vivo. En la escala de los valores humanos, Starling era neutro. La cosa maleable que llena el agujero, la cosa sin voluntad propia que saca el mejor partido posible de lo que encuentra, y no va más allá.

Wills deseó poder castigar la mente que engendraba esos pensamientos, y despidió a Starling. Pero el alejamiento de aquella presencia física no borraba la existencia inexistente que ardía, amenazaba, acechaba y zigzagueaba en todos los rincones del cerebro caótico de Wills.

Aquellas últimas tres semanas fueron peores. La bala de plata y la estaca puntiaguda, la encrucijada para el enterramiento. Las imágenes se encadenaban en la mente de Wills, que se agotaba aferrándose a esas cadenas. *Horror, horror, horror* cantaba una voz terrible en algún rincón profundo y oscuro. *No es natural*, decía otra voz en un tono profesionalmente juicioso.

Wills luchaba contra esas voces y trataba de pensar en otra cosa.

Daventry dijo —lo que estaba de acuerdo con la naturaleza del experimento— que como elemento indispensable de control habría que desconectar el timbre unido al electroencefalógrafo, cuando llegara el momento. No le dirían nada a Starling y verían qué ocurría. Starling podría tener sus sueños otra vez. Quizá serían más vívidos, y él los recordaría más claramente luego de una interrupción tan prolongada. Starling...

Pero Wills lo escuchó a medias. No habían previsto la reacción de Starling cuando le impidieron soñar. ¿Cómo iban a saber qué pasaría cuando soñara de nuevo? Wills tuvo un presentimiento helado pero no se lo mencionó a Daventry. Podía resumirse así: cualquiera que fuese la respuesta de Starling, sería siempre inesperada.

Le contó a Daventry que Starling estaba ya enterado de que el experimento terminaría pronto. El jefe frunció el ceño.

—Qué lástima, Harry —dijo—. Aun el mismo Starling es capaz de sacar sus propias conclusiones cuando compruebe que han pasado seis meses. No importa. Bastará con que prolonguemos la experiencia unos pocos días. Hagámosle pensar que se ha equivocado. —Miró el almanaque—. Démosle tres días extras. Interrumpamos en el cuarto. ¿Qué le parece?

Casualmente —o no— estaría de guardia la noche de ese cuarto día. Ocurría una vez por semana, y las últimas veces apenas había podido aguantarlo. Se preguntó si Daventry habría elegido deliberadamente la fecha. Quizá. No importaba mucho.

—¿Estará usted aquí para ver lo que pasa?

La cara de Daventry se inmovilizó en una máscara de desconsuelo.

—Lamentablemente no. En esos días asistiré a un congreso en Italia. Pero tengo una confianza absoluta en usted, Harry, lo sabe bien. A propósito, enviaré

una comunicación sobre Starling al *Journal of Psychology*. He pensado que usted podría aparecer como coautor.

Aquella noche el enfermero de guardia era Green, un hombrecito astuto que conocía yudo. En cierto modo esto era un alivio. Wills apreciaba bastante la compañía de Green, y hasta había aprendido algunas tomas de yudo, útiles para contener a los pacientes violentos, sin hacerles daño. Esta noche, sin embargo...

Charlaron abundantemente la primera media hora, pero Wills perdía a menudo el hilo de la conversación, tratando de imaginar qué pasaría en aquel cuarto, en el extremo del corredor, donde Starling yacía embalsamado entre las sombras y las luces piloto. Nadie lo molestaba ahora cuando se acostaba. Todo lo hacía él mismo: conectaba los cables, se ponía los tapones adhesivos en los ojos, encendía el equipo. Se corría el riesgo de que descubriera el cambio, pero el timbre estaba preparado de tal modo que nunca sonaba antes de la primera media hora de sueño normal.

Starling, aunque jamás hacía nada que pudiera cansarlo, se dormía en seguida. Otra prueba de que tenía una mente maleable, pensó Wills ácidamente. Meterse en cama era una invitación a dormir, y se dormía.

Comúnmente pasaban tres cuartos de hora antes que el primer embrión de sueño empezara a moverse en el cráneo redondo de Starling. Durante seis meses y un par de días el timbre había anulado ese primer sueño y todos los siguientes; el durmiente cambiaba de posición desarreglando apenas las sábanas, y...

Pero no esta noche.

Al cabo de cuarenta minutos Wills se incorporó con los labios resecos.

—Estaré en el cuarto de Starling, si me necesita —dijo—. Hemos desconectado el timbre y hoy empezará a soñar otra vez... de modo normal.

La palabra no pareció convincente.

Green asintió con un movimiento de cabeza y tomó una revista de la mesa.

—Puede ocurrir algo raro ahí, ¿no, doctor?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Wills, y salió.

El corazón le golpeaba con tanta fuerza que Wills temió despertar a las gentes que dormían alrededor. Se adelantó sintiendo que las pisadas martilleaban el piso. La sangre le rugía en la cabeza. Tuvo una sensación de vértigo, de caída, de modo que las líneas inmóviles del pasillo —las del piso con las paredes, un par de líneas; las de las paredes con el techo, otro par— se torcían como las vueltas de una trenza o la punta de un barreno o una barra de caramelo vuelta misteriosa y topológicamente del revés. Tambaleándose como si estuviese borracho, Wills llegó a la puerta de Starling y se miró la mano, que tomaba el pestillo.

Rehuso la responsabilidad. Rehuso aparecer como coautor de esa comunicación. La culpa es de Daventry.

No obstante, aceptó abrir la puerta, como lo había aceptado todo, desde el comienzo de la experiencia.

Aunque no dejaba de darse cuenta de que había entrado sin hacer ruido, se sintió como un elefante que avanza rompiendo cristales. Todo estaba como siempre, excepto, por supuesto, el timbre.

Acercó una silla de pies forrados en caucho hasta un sitio desde donde podía ver las cintas de papel que brotaban del encefalógrafo, y se sentó. Hasta ese momento sólo habían aparecido los ritmos propios de un hombre que acaba de dormirse. Starling todavía no había empezado a tener el primer sueño. Si esperaba hasta que llegara ese sueño, y comprobaba que todo iba bien, bueno, quizá se le disiparían esos fantasmas que tenía en la cabeza.

Se puso la mano en el bolsillo de la chaqueta y la cerró sobre un diente de ajo.

Sorprendido, sacó el ajo y se quedó mirándolo. No recordaba habérselo guardado en el bolsillo. Pero la última noche que había estado de guardia, obsesionado

por la apariencia mortuoria de Starling dormido, se había pasado la mayor parte de las horas silenciosas dibujando figuras de murciélago, atravesándoles los corazones con la punta del lápiz, dibujando encrucijadas alrededor de los animales, arrojando lejos la hoja de papel con el agujero en el centro.

¡Oh, Dios! Se sentiría aliviado realmente cuando se librara de esta obsesión.

Por otra parte, haberse procurado un diente de ajo era un síntoma inofensivo. Lo guardó otra vez en el bolsillo. Inmediatamente notó dos cosas. Primero la alteración de las líneas del encefalograma, lo que indicaba el principio de un sueño. Luego que no sólo tenía en el bolsillo el diente de ajo sino también un lápiz de punta muy afilada.

No, no un lápiz. Lo sacó y vio que era un trozo de madera de unos quince centímetros de largo, afilado en una punta. No necesitaba más. Eso y algo para golpearlo. Buscó en todos los bolsillos. Encontró el martillo de goma con que examinaba los reflejos. Por supuesto, no era el martillo adecuado, pero sin embargo...

El azar había entreabierto el pijama de Starling. Wills puso cuidadosamente la estaca sobre el corazón y alzó el martillo.

La estaca se hundió en la carne, blanda como queso. La sangre brotó semejante a un manantial que asoma en el barro, corrió sobre el pecho de Starling, empezó a manchar la cama. Starling no llegó a despertar. Pareció sólo que el cuerpo se le aflojaba todavía más... naturalmente, pues era un muerto-vivo y no un hombre que duerme. Sudando, Wills dejó caer el martillo de goma y se preguntó qué había hecho. El alivio lo inundó así como la corriente incesante de sangre inundaba la cama.

Detrás, las puertas estaban abiertas de par en par. Oyó unos pasos gatunos en el pasillo y la voz de Green que decía, anhelante:

—¡El cuarto once, doctor! Me parece que el enfermo... ¡Rápido!

Y entonces Green vio lo que le habían hecho a Starling.

Estupefacto, Green se volvió y clavó en Wills unos ojos muy abiertos. Abrió y cerró la boca, pero durante un rato fue incapaz de articular una palabra.

—¡Doctor! —dijo finalmente, y eso fue todo.

Wills lo ignoró. Miró el cadáver viviente y le pareció que la sangre era una pintura fosforescente en la penumbra del cuarto, y que le iluminaba las manos y la chaqueta, corriendo por la cama y por el piso, manando ahora como un río, saliendo a borbotones de los lápices que dibujaban las huellas de un sueño en las cintas de papel, pegoteándole los pies que se le movían con un ruido de succión en los zapatos húmedos.

—Ha estropeado la experiencia —dijo Daventry fríamente, entrando en el cuarto—. Luego que yo me mostrara tan generoso y le ofreciera firmar conmigo el artículo para el *Journal of Psychology*. ¿Cómo se atrevió?

Rojo de vergüenza, las mejillas ardientes, Wills sintió que ya nunca sería capaz de mirar otra vez a Daventry a la cara.

—Hay que llamar a la policía —dijo Daventry, autoritario—. Por suerte Starling siempre dijo que quería ser un dador de sangre.

Daventry levantó del piso una jeringa gigantesca, como una aguja hipodérmica destinada a un titán, y luego de hundirla en el río de sangre alzó la aguja. El nivel rojo subió en el vidrio.

Y clic.

En la mente delirante de Wills se abrió una brecha. Daventry estaba en Italia. Por lo tanto no podía estar allí. Por lo tanto no estaba. Por lo tanto...

Wills sintió que los ojos se le abrían como pesados portones de goznes oxidados y se descubrió mirando la figura dormida de Starling. Las puntas que señala-

ban en el papel la actividad del cerebro habían vuelto a dibujar el ritmo típico. No había estaca. No había sangre.

Aliviado, debilitado, Wills se estremeció recordando el horror. Se reclinó en la silla y trató de entender.

Se había dicho a sí mismo que cualquiera que fuese la reacción de Starling cuando le devolvieran sus sueños, siempre sería inesperada. Bueno, esta era la prueba. Nadie podía haber predicho esto. Pero era posible encontrar una explicación, hasta cierto punto. Aun había mucho que investigar en la mecánica del proceso.

Si no se equivocaba a propósito de Starling, toda una vida de frustraciones, tratando siempre de sacar el mejor partido posible de las cosas, le habían debilitado la voluntad hasta el extremo de que nunca trataba de enfrentar un obstáculo. Si descubría que algo le cerraba el camino, daba un rodeo. Si no era posible dar un rodeo, dejaba las cosas como estaban.

Cuando le interrumpieron los sueños se encontró con un obstáculo. Los otros once voluntarios, más agresivos, habían desarrollado síntomas de resentimiento: irritabilidad, furia, conducta insultante. Pero no Starling. El resentimiento era para Starling inconcebible.

Pacientemente, acostumbrado a las decepciones, que habían sido siempre la nota característica de su vida, había tratado de dar un rodeo. Y lo había encontrado. Había aprendido a soñar con la mente de otro.

Por supuesto, hasta esta noche el timbre había interrumpido todas las tentativas de sueño, pero ahora no había timbre y había soñado en Wills y con Wills. La estaca, la sangre, la intrusión de Green, la aparición de Daventry eran partes de un sueño al que Wills había contribuido con algunas imágenes, y Starling con otras, como el policía que no había llegado y la jeringa enorme (Starling temía las inyecciones).

Wills se decidió. Daventry no lo creería, no hasta

que él mismo experimentara el fenómeno, pero este era un problema que podía esperar. Mientras, Wills había soportado bastante, y más que bastante. Conectaría de nuevo el timbre, y al diablo con el resto.

Trató de alzar el brazo hacia las cajas del equipo en la mesa de noche y se asombró al comprobar que el brazo, pesado y torpe, no le obedecía. Unos pesos invisibles parecían colgarle de las muñecas. Cuando, bañado en sudor, alcanzó al fin el timbre, advirtió que los dedos hinchados no eran capaces de conectar el alambre.

Pasó una eternidad, y, al fin, llorando de frustración, Wills comprendió.

El tema principal de los sueños de Starling era el fracaso. Starling pensaba que todos sus esfuerzos serían siempre inútiles. Por eso Wills, unido de algún modo a la mente de Starling, y cuya conciencia era para Starling un sueño, nunca podría conectar el alambre.

Wills dejó caer flojamente los brazos. Miró a Starling sintiendo que el miedo le apretaba la garganta. ¿Cuánto puede soñar un hombre en una noche cuando ha sido privado de sueños durante seis largos meses?

Wills tenía en el bolsillo una estaca afilada y un martillo. Terminaría con los sueños de Starling de una vez por todas.

Wills estaba todavía en la silla, llorando sin lágrimas, atado por cadenas invisibles, cuando Starling despertó, y lo descubrió allí, a la mañana.

Título del original: *Such stuff*.
Traducción de G. Lemos.

Kathleen James es el seudónimo de una mujer joven que nació en Escocia, se educó en Inglaterra, se graduó en la Universidad de Sheffield y enseña hoy literatura en un instituto para maestros. En El ojo ciego de Dios cuenta la trágica relación de una muchacha lavaplatos con un asesino quizá demasiado eficiente.

EL OJO CIEGO DE DIOS

Kathleen James

Si en un principio yo hubiera prestado atención a mi madre, me hubiese evitado algunos disgustos. Pero nadie le enseña nada a otro realmente, y sólo se escarmienta en carne propia. Mi error fue haber pensado que la gente sabe lo que dice. De modo que le creí a Grane, pues pensé que sabía más de sí mismo que mi madre, y cuando comprobé que ella tenía razón y que yo estaba equivocada no encontré otro remedio que irme de casa. Quizá esto también fue un error, pero me cuesta aprender. De cualquier modo, así lo hice, y entré en el Ejército de Salvación y lavé platos y ellos le buscaron un hogar al bebé.

Y ahora ustedes creen conocerme. Pero, por supuesto, están equivocados. No atraigo tanto a los hombres como para ser una profesional —no quiero decir que soy fea, hablo de esa “atracción” de los imanes— y durante un año, luego que Grane desapareció, me pasé mirando los pantalones de los hombres en los sitios públicos y repitiéndome a mí misma: “Los caballos no son desagradables. Los perros no son de-

sagradables. De modo que la culpa no es de ellos, sino tuya.”

Cuando conseguí un empleo en *El ciervo blanco* me instalaron, pues, en la cocina y no en el bar. No me gusta lavar platos. Al cabo de unos días uno empieza a reconocerlos y la soda estropea la piel. Aunque cuando se los ha apilado en las bandejas y parecen tortas de boda de cristal se siente cierta satisfacción. Hasta que se los llevan y vuelven sucios de nuevo. Esta rutina es soportable cuando el bar no está demasiado lleno, por supuesto. De noche y en los fines de semana cuando han llegado los muchachos, y los mozos piden a gritos los vasos que una no ha alcanzado a lavar, y en el agua grasienta, negra de cenizas y borra, flotan colillas y fósforos y no hay tiempo de desagotar la pileta y todos los repasadores están empapados, entonces el sitio es un infierno.

La mayoría de esas noches yo tenía la cabeza tan metida en el vertedero que no veía nada hasta que la mesa de la izquierda empezaba a llenarse y yo buscaba un lugar para poner un vaso y no lo encontraba, y descubría de pronto que yo estaba lavando y secando como una maniática y el bar ya había cerrado las puertas y los últimos clientes se iban a sus casas, y a mi alrededor se alzaba una barricada de loza limpia como en una fábrica de cristales. Pero a veces cuando había un poco de tranquilidad, yo tenía tiempo de preparar toda una bandeja de vasos antes que los hombres me la pidieran aullando y entonces yo misma la llevaba a la ventana y miraba el bar. Fue una de esas veces cuando vi al pelirrojo.

Había una reunión veronista en ese momento en la calle, tan ruidosa que yo no podía oír ni mis propios pensamientos. Por eso era que el bar estaba tranquilo. La mayoría de los muchachos había salido afuera a escuchar, y algunos de ellos a burlarse y arrojar botellas. La voz del orador tronaba en los altoparlantes, justo en ese nivel irritante en que apenas se entienden

las palabras, pero las interrupciones burlonas y los abucheos se sucedían continuamente, interrumpidos por los vítores de los partidarios del orador. De cuando en cuando se oía una voz que sobresalía de las otras y que aullaba un insulto o un slogan, seguida por un confuso ruido cuando otra gente la hacía callar. No era realmente un tumulto, pero estaba acercándose a serlo, y yo esperaba que los policías llegaran antes que nos destrozaran otra vez los vidrios de las ventanas.

El pelirrojo estaba sentado a solas en un rincón frente al bar, y me llamó la atención en seguida porque parecía ser el único que no prestaba atención al tumulto. Era un hombre corpulento y tosco, vestido con una camisa sucia, y delante, sobre la mesa, había media docena de vasos vacíos, dispuestos en dos filas. Tenía un vaso lleno en la mano, y lo miraba muy atentamente como si no hubiera nada más importante en el mundo, y luego, de pronto, se lo echó de un trago a la garganta, se enjugó la boca, y puso el vaso cuidadosamente en el extremo de una de las filas. Simultáneamente extendió la izquierda hasta el timbre para pedir otro vaso. En ese momento debió de haber notado que yo lo observaba, pues se volvió hacia mí y me miró. Era una de esas miradas de hombre que mira el corral de ganado, un último examen antes de decidir si va a comprarte o no. Sentí que la sangre me subía a la cara y me retiré rápidamente.

Martin, el muchacho del mostrador, entró con una bandeja de copas y tazas usadas mientras yo me volvía a la piletta.

—¿Vio a ese cliente pelirrojo del rincón? —me dijo volcando la bandeja y llenándome el agua de colillas—. Es un tipo raro. Lo he estado observando desde hace una hora y siempre hace lo mismo. Se pasa cinco o diez minutos mirando el vaso, se lo bebe de un solo trago, y luego lo pone en fila, como un sargento. Y créame, está sobrio. Le diré algo más: se bebió siete seguidos y no se movió del asiento.

—Quizá se levanta cuando usted está aquí.
Martin sacudió la cabeza.

—Juro que no se movió en toda la noche.

En ese momento se oyó un ruido de vidrios rotos —una primera botella que atravesaba el escaparate— y los sonidos de la multitud se alzaron como las voces de los animales del zoológico a la hora de la cena. Martin corrió en una dirección para echar el cerrojo y yo en la otra para llamar a la patrulla, y cuando al fin todo se calmó, alrededor de medianoche, y los camiones de la policía se alejaron y los bomberos recogieron las mangueras, nuestro cliente había desaparecido.

Hay mujeres que no pueden vivir sin un hombre, y no me refiero al sexo. Mientras tienen cerca alguna especie de hombre pueden llevar las cosas adelante, pero si no, se sienten perdidas. Yo soy así, a pesar de la falta de magnetismo y los pantalones y todo lo demás. Tengo que estar enamorada de alguien. Y si no hay nadie a mano, bueno, busco al desconocido más próximo y lo adoro desde lejos hasta que casi siento que me muero. Ni siquiera Grane me había curado de eso, y yo ya estaba dispuesta para otro episodio.

Salí tarde del café, luego del tumulto, y me fui directamente a la cama, y tuve un sueño raro. Soñé que estaba otra vez en el hospital de paredes brillantes entre las hileras de camas, y la enfermera apareció en la sala trayendo un bulto arropado.

—Es su niñito —me dijo— y tiene que darle de comer.

—No —dije—. No es mío. Yo no lo tuve. No es mi bebé, lléveselo.

Pero la enfermera me echó el bulto en los brazos y se puso a sacarle las mantas, y el niño se apretó contra mi pecho como una sanguijuela, llorando lastimosamente, y cuanto más yo trataba de apartarlo, más se apretaba. Parecía estar envuelto en una mantilla de cien metros de largo, que la enfermera desenvolvía y desenvolvía hasta que estuvimos rodeadas

por una materia blanca parecida a las capas de un huevo de crisálida. Y cuando la enfermera concluyó y desdobló el último pliego, no era un bebé lo que yo tenía, sino una muñeca de plástico, como esas que sirven para practicar en la clínica, y el pelo de la muñeca era rojo.

Me desperté en ese momento, temblando, y recordó un viejo cuento que yo había oído en mi infancia: soñar con un bebé significa desastre.

Había habido muchos desastres ese año. El asesinato del Presidente había sido el mayor de todos, quizá, pero habíamos tenido también nuestra cuota de plagas, inundaciones y terremotos. Supongo que los veronistas eran una de las más importantes; me refiero a las plagas. Algunos decían que habían sido ellos quienes pusieron la bomba que hizo volar el coche del presidente Anu por encima de los techos de la capital junto con la esposa, dos ayudantes, el secretario de Estado y alrededor de un centenar de ciudadanos vestidos con traje de algodón que saludaban con banderas. Pero fueron los mismos veronistas quienes más protestaron contra la policía por no prender al asesino, y cuando John Repata fue arrestado como sospechoso, un agitador veronista provocó a la multitud y así lincharon a Repata antes que lo juzgasen. Lo bañaron en kerosene y le prendieron fuego con un lanzallamas y parte del kerosene corrió por el camino donde estaban apilados los tanques y hubo una explosión y se incendiaron dos manzanas de casas y una fábrica y murieron otras setenta y tres personas. Luego de esto, sin embargo, pareció que había más veronistas que antes, y los tumultos se sucedieron, uno tras otro, y como nosotros estábamos en una calle principal nos rompieron dos veces el escaparate.

La gente había empezado a decir que Hugh Veron sería el próximo presidente, lo que era difícil de creer. Bastaba mirarlo, para que a uno no le gustase.

Por supuesto, era un excelente orador, y cuando se ponía a hablar de la Joya del Sistema Solar y la herencia de la humanidad, y las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas y se detenía para tomar aliento de aquel modo y se apoyaba en el micrófono, era difícil no simpatizar con él y gritar unos vítores, pero nunca pensé que los colonizadores fueran tan malos como se decía. En primer lugar todos venían de la Tierra como nosotros, y era evidente que no todos podían ser mercaderes de guerra, no por lo menos desde hacía varias generaciones, de modo que no era posible considerarlos culpables. Pero como dije, el número de veronistas parecía crecer todos los días, y algunos de ellos habían empezado a usar camisas blancas y a hacerse notar en las calles.

Bueno, al día siguiente fui temprano al trabajo para ayudar a limpiar. Ray y Martin habían puesto unas tablas en las ventanas y el señor Grey discutía en el teléfono con un vidriero y Vera estaba en el mostrador del bar como siempre, tratando de decorar el sitio. Yo sabía que si la señora Grey llegaba de pronto y veía todos aquellos vidrios desparramados por el piso le llamaría en seguida la atención, pero Vera le hubiera contestado con esa mirada orgullosa que significaba "eso es trabajo de la chica". La chica era yo. De modo que saqué una escoba del cuarto del fondo y me puse a barrer.

Había sólo un cliente a esa hora temprana, y durante un minuto o dos no lo vi. Estaba bastante oscuro adentro, a causa de las maderas en las ventanas y las luces indirectas del cielo raso. La luz del sol derramada en el umbral era casi ennegecedora y yo barría inclinándome bajo los bancos en busca de astillas de vidrio. Cuando lo vi al hombre sentí algo raro, pues yo tenía aún el sueño en la cabeza. Y naturalmente, el hombre era el vagabundo pelirrojo de la camisa sucia.

Debía de ser temprano para él también, pues no

había más que un vaso vacío en la mesa, delante, y todavía tenía el segundo vaso en la mano. Sentado, absolutamente inmóvil, como una estatua, me pareció al principio que no se daba cuenta de que yo estaba allí. Casi me lo llevé por delante con la escoba y el hombre no se movió, y cuando le pedí disculpas se volvió sólo un instante hacia mí y luego miró otra vez el vaso, fijamente. Barrí todo alrededor de los pies del hombre y debajo del banco, y él no se movió ni me miró. Nuestros clientes eran distintos: gente amable en su mayoría, sobre todo los que venían regularmente, siempre dispuestos a bromear. Demasiado dispuestos algunos de ellos, pero nada parecidos a estatuas.

Llevé a la calle los vidrios rotos y volví a limpiar las mesas. Todo estaba más tranquilo ahora: los dos hombres habían desaparecido en el sótano, y Vera les sacaba el polvo lánguidamente a los adornos del otro lado del mostrador. Vi que la señora Grey había venido también, con un delantal de seda verde sobre la bata matinal. La bata matinal era negra con mangas largas, y la de la tarde era dorada y escotada, pero el delantal verde sólo se lo ponía cuando llevaba la bata negra. Los dos eran muy ajustados, pero a pesar de eso trabajaba bastante más rápidamente que Vera.

El pelirrojo había acabado de beber el segundo vaso y ahora parecía haber vuelto a la tierra.

—¿No hay algo que comer, señorita? —le preguntó a Vera.

Esto fue una equivocación. El hombre no era bastante limpio o elegante, de modo que Vera no lo oyó.

—¿Jamón con huevos? ¿Pastel, sándwiches? —la señora Grey estaba aún guardando el delantal y ya lo tenía todo organizado—. Tenemos jamón fresco del campo.

—Sí, está bien.

Parecía que al hombre no le importaba mucho, y que habría sido lo mismo si la señora Grey le hubiese

preguntado si prefería la tierra a la arcilla. Pero ella no se sorprendió. Estaba acostumbrada a toda clase de clientes. Se metió en la cocina, dejando al hombre en manos de Vera.

—Ah... y este... otra cerveza, señorita.

Vera llenó el vaso como si tuviese una cuestión personal con la máquina, y lo dejó en el mostrador.

—Llévaselo, Alice. Estoy ocupada.

Continuó limpiando los animalitos de porcelana, como si toda su vida dependiera de eso.

Yo sabía que estaba enojada sobre todo con la señora Grey, que le había hablado directamente al hombre mostrando así que Vera era demasiado lenta, pero pensé que el pelirrojo no se había dado cuenta quizá y se sentía herido, de modo que le llevé el vaso con una sonrisa. No sirvió mucho sin embargo, pues el hombre me contestó con otra de esas miradas de soslayo, y en seguida se volvió de nuevo hacia sus vasos, ignorándome. Me sentí furiosa un rato, y anduve golpeando las cosas aquí y allá hasta que al fin se me ocurrió que el hombre estaba preocupado por algo. Y además tenía hermosos ojos: verdes y brillantes.

El sitio comenzó a animarse a medida que llegaban los parroquianos de costumbre, y me puse a ayudar a la señora Grey en la cocina y a lavar los platos, y no vi mucho de lo que ocurría en el bar. Todo el mundo hablaba de los tumultos del día anterior, y de que pronto habría una gran concentración veronista —la mayor hasta entonces, decía la gente— y se mencionó el rumor de que el orador principal sería una persona realmente importante. Alguien sugirió que podía ser Hugh Veron en persona. Esto me interesó, pues yo nunca había visto a Hugh Veron, excepto en las pantallas de televisión, pero todo el mundo sabía también que esto era tonto, pues Hugh Veron sólo visitaba los sitios verdaderamente importantes, y en ese momento andaba por algún lugar de Asia, y de cualquier modo la guardia protectora nun-

ca permitía que uno se acercara mucho. Y aunque viniese y hablara en la plaza frente al bar yo no podría verlo, pues me pasaba las horas con la nariz metida en el vertedero, lavando platos. Pero no dejaba de ser interesante, ya que se tenía la impresión de que algo iba a ocurrir realmente.

Cerca de la hora del almuerzo llegaron unos hombres en un camión cargado de escaleras y se pusieron a pegar unos cartelones en el otro extremo de la calle. Fui a echar una mirada para ver si se trataba de algo nuevo —me gustan esos anuncios coloreados, que son siempre divertidos— pero estos se referían todos a la elección presidencial y pedían que uno votara por distintas gentes. Tengo los años suficientes para votar. Yo hubiera podido votar por el presidente Anu la última vez, y probablemente lo hubiese hecho ya que me gustaba y todo el mundo decía que era un buen hombre. Pero al fin no me tomé la molestia, pues era evidente que iba a ganar, y además yo no había votado nunca y no sabía muy bien cómo hacerlo y tenía miedo de equivocarme.

No me parecía que yo llegara a votar esta vez tampoco. Todos decían que el señor Marchbanks era el indicado, pero yo no sabía nada de él, y con un nombre semejante parecía un poco afeminado. Era uno de los que aparecían en los anuncios, y tenía buen aspecto, una cara común y amable, nariz larga y anteojos, pero yo no estaba muy segura. El señor Grey era muy aficionado a la política, y no sería raro que nos diera todo un día de asueto para que fuésemos a votar. Pensé que yo podía emplear esas horas en ir de compras. No disponía de mucho tiempo libre cuando las tiendas estaban abiertas.

No se mencionaba a Hugh Veron en ninguno de los anuncios y eso era bastante divertido, pues la gente hablaba de él continuamente. El otro hombre que aparecía allí a menudo era un señor llamado Albertini, también de cara común, un poco más moreno, y

de anteojos sin armazón. De acuerdo con lo que yo sabía era casi indiferente votar por uno o por otro; los dos parecían decir las mismas cosas: más dinero para viudas y huérfanos, un tratado marciano, esas cosas. Y ninguno de ellos lo haría volver a Grane, de modo que yo y mi bebé seríamos en verdad como esas viudas y huérfanos, pero nadie había dicho que me darían dinero alguna vez.

No hubo tumultos aquella noche, pero sí la multitud acostumbrada de los fines de semana. Yo ya estaba cansada al comienzo, y cuando todos los vasos estuvieron limpios, y en los estantes, y las luces del salón se apagaron, tenía un dolor que me bajaba de la nuca a las piernas y todos los huesos entumecidos. Me froté los dedos con *Velogel*, la crema que transforma la piel en terciopelo, pero sospecho que los fabricantes nunca pensaron en los efectos de la soda. Yo estaba usando esa crema desde hacía seis meses, y cualquiera que vendiese mis manos como terciopelo sería perseguido por la justicia.

—La una, Alice —dijo la señora Grey—. Y no te retrases. Mañana tendremos también mucho trabajo. La ciudad está colmada de extraños: nunca he visto tantas caras nuevas. Ha de ser ese barrio que están construyendo junto al río. Aunque me gustan menos que los clientes habituales. Dos de ellos por lo menos son bastante horrorosos.

La señora Grey, por supuesto, no hablaba de las caras. Algunos de nuestros clientes asustarían al canario, siuviésemos uno. Pero yo había oído también algunas voces que no eran muy tranquilizadoras.

—Bueno, espero que se hayan ido —dije—. Tengo que volver sola.

—Eso es, querida, ten cuidado. Ve por las calles principales, y si alguien se te acerca llama a gritos a un policía.

—Oh, Alice sabe lo que hace, ¿no es cierto, querida?

Esta era Vera, la mujer de uñas de gata. No había problemas para ella. Vivía a cuatro cuadras, y un joven patrullero la esperaba en la calle para acompañarla y el tiempo que tardarían en hacer el trayecto sería increíble. Me despedía del matrimonio Grey, fingí no haber oído a Vera, y armándome de coraje, me puse en marcha.

Había muchas luces afuera, pero la plaza parecía oscura, como todos los sitios de noche, cuando no hay gente. Es peor en cierto modo entonces; si hay ahí dos o tres personas se siente cierta seguridad, porque si una de ellas se nos echa encima se puede gritar pidiendo auxilio a las otras. En cambio cuando no hay nadie cualquier rumor parece terrible, y nunca se sabe qué puede esperarnos detrás de la esquina. Un largo monotrén pasó silbando a mi lado una vez, con las luces encendidas en todos los vagones, y alcancé a ver a dos o tres pasajeros sentados junto a las ventanillas, y sentí que me acompañaban un instante. Pero cuando el tren desapareció, y en la vía murió el último zumbido, la calle me pareció más oscura y solitaria que nunca y sentí la sangre que se me agolpaba en la garganta, como queriendo salir.

Es gracioso también. Cuando yo era una muchacha y no sabía nada, antes de conocer a Grane, me gustaba andar por las calles a cualquier hora de la noche, sin pensar en otra cosa que mirar las estrellas y las luces y contarme a mí misma historias disparatadas donde yo me transformaba al fin en princesa. Y nunca me ocurría nada, quizá porque todo eso pasa cuando una sabe que puede pasar. Esta noche yo sentía un miedo espantoso, y cuando doblé la última esquina, en mi calle, y ya casi veía los arbustos frente a los escalones, y empecé a apresurarme sólo porque estaba acercándome a la puerta, una sombra salió de un terreno baldío y se movió hacia mí y se convirtió en un hombre de blusa blanca y sonrisa torcida, que me tomó del brazo.

—Hermosa noche, señorita. ¿Por qué tanta prisa? Venga un momento. Tengo algo que enseñarle.

Yo no necesitaba que me enseñaran. Podía ver dónde tenía el individuo la otra mano, y los pantalones de los hombres ya no encerraban para mí ningún secreto. Sacudí el brazo con todas mis fuerzas y traté de patearle los tobillos, pero para sentirse desesperada se necesitan unos pocos segundos, y mientras tanto hay que acostumbrarse a la idea de tener que lastimar a alguien, de modo que cuando llegué a patearlo realmente el hombre ya me había tomado los dos brazos y me baboseaba la mandíbula y la nariz y forcejeábamos en medio de la calle y yo no alcanzaba a golpearlo. La gente pregunta por qué las mujeres no gritan, y los hombres se sonríen y dicen que porque les gusta. Bueno, yo estaba sin aliento, con aquella boca húmeda en la nariz, y además toda la gente de mi barrio vive en casas retiradas y se acuesta temprano. No se veía una sola luz en las casas de la calle.

Y mientras seguíamos forcejeando, alguien miraba desde el fondo de mi cabeza, pensando: "No soy yo." Lo mismo que cuando conocí a Grane y tuve el bebé y lo demás. Pero por supuesto era yo. Como antes.

No llegué a gritar... él gritó. Todo ocurrió rápidamente. De pronto recobré el aliento y sentí el aire frío en la cara, y ya no aquella boca húmeda. Se oyó un ruido horrible, como si un carnicero abriera en dos una res, y el hombre se dobló soltándose, y gritó. Yo nunca había oído un grito semejante. Me asusté más que durante todo el forcejeo y dejé caer mis cosas y corrí. No alcancé a ver bien al otro hombre: sólo el pelo a la luz del farol. Quizá debiera haberme quedado a ayudar, pero ni siquiera lo pensé. Corrí como un animal y no me detuve hasta que subí los escalones y crucé la puerta y llegué a mi cuarto del tercer piso. Allí caí al suelo sintiendo un calambre en el vientre y la sangre que me corría

por los muslos y pasaron diez minutos antes que pudiera levantarme y sacar las toallas del ropero. Por supuesto, no era más que miedo, pues el hombre no había tenido tiempo de hacerme daño, aunque al día siguiente amanecí con el labio hinchado y moretones en los brazos.

Y no piensen que pasó algo en la casa luego de mis corridas y portazos en medio de la noche. Mis vecinos dormían como troncos. En cambio, cuando una sube las escaleras con los zapatos en la mano y cruje un escalón todos se despiertan y se quejan del ruido.

Me quedé en mi cuarto a la mañana siguiente en vez de salir de compras como había planeado. A la una de la tarde, tuve la idea de no ir a trabajar. Me horrorizaba imaginarme otra vez junto a la gente, aun en medio de una multitud, y no tenía ganas ni de bajar las escaleras y llegar a la puerta de calle. Pero si no iba tendría que telefonar por lo menos a *El ciervo blanco*. El señor Grey no se molestaba si alguien faltaba por estar enfermo, pero exigía que le avisaran. La casilla telefónica estaba del otro lado de la calle y si yo iba hasta allí también podía ir a trabajar. De modo que al fin me decidí, pero pasé muy rápidamente junto al terreno baldío. Aunque allí no había nada que ver.

Cuando llegué estaban en los apurones del almuerzo, y la pila de platos llegaba al cielo raso. Entré directamente y nadie notó mis moretones. A las tres, aproximadamente, el movimiento se calmó un poco y la señora Grey me envió al salón con una bandeja a recoger las tazas y vasos. Casi en seguida vi a mi pelirrojo, sentado en el rincón de costumbre. Debía de estar allí esperándome, hasta que me acerqué y me puse a limpiar frente a él. Yo había empezado a imaginarme una historia acerca de un héroe del espacio que me había seguido en una calle oscura, con el propósito de salvarme de las garras de un

villano de blusa blanca. Y me estaba preguntando también lo que el héroe me diría en nuestro encuentro siguiente y si me revelaría su amor como en las películas. Mientras yo apartaba los platos pensé si se arrojaría a mis pies con besos ardientes, o me sonreiría simplemente desde el otro extremo del salón con una mirada que toda la gente del bar reconocería en seguida, especialmente Vera. Pero lo pensé un rato, y la idea de los besos ardientes no me pareció tan buena, y decidí que el héroe me tomaría tímidamente la mano y emitiría unas frases entrecortadas acerca de mi belleza, y luego iríamos directamente a una oficina de registro civil y Vera reventaría de celos.

Lo que el hombre dijo de veras fue:

—Bueno, ¿a cuántos se lo ha dicho?

Así, sin rodeos, como si estuviésemos en medio de una conversación. Me sentí terriblemente sorprendida, pues yo no había visto realmente al segundo hombre, sólo el pelo, un instante, y me había parecido oscuro, como otros colores a la luz eléctrica, de modo que podía haber sido tanto rojo como negro o cualquier cosa, y, por supuesto, ni yo misma había creído que la historia fuese cierta. Tenía siempre la impresión de que mis historias se veían desde fuera, como si yo anduviese con una pantalla de televisión en la frente, y en seguida me sentía culpable, pues no quería que las gentes de mi historia se vieran allí, y durante un minuto me parecía que era posible. No ocurría exactamente así, claro está, pero si se piensa algo intensamente llegamos a imaginarnos que el otro lo piensa también. El hombre me había reconocido, y pensaba que yo también lo había reconocido a él. De cualquier modo sentí que me ponía colorada y busqué tanteando el otro vaso y casi dejo caer la bandeja.

—A... a nadie —dije.

El hombre alcanzó la bandeja justo cuando iba a irse al suelo, y puso la mano encima de la mía, quizá accidentalmente, pero no fue nada parecido a

una caricia, casi me destroza los dedos. Tenía las manos sucias, como la camisa, con aceite bajo las uñas, aunque eran bastante suaves para un hombre del espacio. Claro que no trabajaba desde hacía tiempo.

—Entonces no lo diga.

El hombre me miró con la misma expresión con que había mirado la cerveza, frunciendo el ceño, como si buscara algo en el vaso, pero yo me sentí rara entonces, casi asustada.

—¿Por qué no?

Siguió mirándome durante un segundo o dos, y luego, de pronto, sonrió. Fue casi como si me hubiesen pateado las costillas. Pareció que se le iluminaban los ojos, como el agua de mar atravesada por el sol, y sentí un temblor en las rodillas y en las muñecas. Tuve que apretar la bandeja con las dos manos.

—¿Qué haces esta noche, muchacha? —me dijo, y la voz era suave ahora, y la mano ya no me apretaba los dedos, y sólo estaba ahí, sobre la mía. Sentí que me zumbaban los oídos.

—Bueno, trabajo hasta las once y media.

—Conozco un sitio donde sirven carne asada hasta la una, ¿de acuerdo?

—Bueno —dije, casi sin voz, pero tratando de hablar como si los hombres me invitaran a salir todas las noches.

—Y dime, ¿cómo te llamas?

—Alice.

—Alice, no hace falta que se lo digas a nadie, lo que pasó anoche, ¿eh?

—Bueno... sí. ¿Pero qué digo de mi boca?

El hombre me sonrió y me tocó el labio con la punta de un dedo y torció la cara.

—El mundo está lleno de puertas, querida.

De modo que cuando el señor Grey notó que la forma de mi cara no era la de siempre, y me preguntó qué había ocurrido, no le dije lo que yo había pen-

sado decirle a la policía. Inventé otra historia acerca de mi guardarropa. El señor Grey se mostró tan cariñoso y preocupado, y lo mismo la señora Grey, que sentí vergüenza y tuve ganas de decirles la verdad. Pero callé.

Ni siquiera hablé de mi cita de esa noche, aunque había pensado hacerlo, pero esto fue sobre todo culpa de Vera. Cuando la oí detrás del mostrador del bar, tan astuta y amable, refiriéndose de cuando en cuando a su novio, como de paso, y haciéndoles caídas de ojos a los clientes, me acordé de las frases ingeniosas que ella decía y supe que me estropearía la noche. Así que cuando llegó la hora de cerrar me escurri en silencio y ni siquiera me despedí. Red estaba esperándome junto a un farol de la plaza —así se llamaba, Red Middleton— y cuando le vi el pelo a la luz del farol supe definitivamente que había sido él. Red no dijo nada, me tomó la mano y echó a caminar. No era como Grane, no trataba de frotar la palma de la mano contra la mía ni jugaba con mis dedos, ni nada de eso. Me tomaba la mano como si fuera sólo eso, una mano, y caminaba. Demasiada técnica puede ser algo aburrido también.

El restaurante era pequeño y sencillo, y estaba casi colmado de transportistas y hombres del espacio, pero asaban bien la carne. Lo que era raro. Esto es un chiste. Por lo menos así lo dijo Red, y se rió. Yo no entendí entonces, ni lo entiendo aún ahora, pero creo que a Red le había parecido un rasgo de ingenio y no se lo dije. Hablamos de muchas cosas, como habla la gente en circunstancias parecidas, y yo le conté de Grane y el bebé y todo, y del Ejército de Salvación y de mi trabajo de lavacopas. Después de esto Red me miró largo rato, como si yo hubiese dicho algo curioso, y cuando quise saber qué pasaba me dijo que nada y me preguntó si yo se lo decía a todos los hombres.

De modo que dije, probablemente, que yo no salía

con hombres y Red me miró más aún. No me sorprendió hasta más tarde que habláramos sólo de mí y apenas de Red. Todo lo que yo sabía de él era cómo se llamaba y que salía al espacio y ahora estaba esperando una nave. O por lo menos le pregunté si hacía eso, y él me dijo: —Sí.

Y cuando lo recordé más tarde me sentí avergonzada, pues mi madre me había enseñado que hablar de sí mismo es mala educación, de modo que decidí preguntarle sobre él la próxima vez. Pero Red no parecía molesto, y al contrario, siguió haciéndome preguntas hasta que casi no supe dónde meterme. Y si una lo piensa, si todos decidieran no hablar de sí mismos y sólo hacer preguntas acerca de la otra persona todo el tiempo, muchas conversaciones serían realmente divertidas.

Al cabo de un rato llegamos a la política, no sé cómo, pues el tema me interesaba un rábano. Red me preguntó acerca de Hugh Veron y si yo no creía que era un hombre extraordinario. De modo que le dije que no, no lo creía, aunque Veron no era culpable, claro, de tener esa cara de hurón. Pero yo no pensaba de ese modo acerca de los colonos y del hecho de que fueran extranjeros. Además yo conocía a varios extranjeros que vivían cerca de mi casa y eran gente simpática, especialmente los hijos. Y entonces Red se rió y le asomó otra vez a los ojos aquella agua de mar, y dijo que yo le gustaba también, lo que parecía fuera de lugar, aunque me sentí complacida.

Al principio no quise preguntarle por el hombre de la blusa, sobre todo porque Red me había pedido que no se lo contara a nadie, pero cuando me dijo que yo le gustaba me animé y le pregunté:

—¿Por qué estabas en mi calle anoche?

Y Red me sonrió y dijo:

—Es que eres irresistible sin saberlo, querida. Te estaba siguiendo.

Pero, claro, esto no era cierto, que yo fuese irre-

sistible, pues Red podía haberme hablado en el trabajo en cualquier momento, si hubiese tenido ganas; y si me había seguido no había hecho ningún ruido realmente, pues yo estaba muy asustada y alerta, y no lo vi en ningún momento. De modo que le pedí una explicación.

Entonces Red se puso serio y dijo:

—No sé de veras por qué te interesas tanto en mí.

Me sentí terriblemente avergonzada y entendí por qué Red había estado echándome esas miradas raras, y quise levantarme y salir, pero no me dejó. Le hablé entonces de Martin y de todas aquellas bebidas, y como nunca habíamos visto que se levantara para ir al baño, y Red lanzó una maldición entre dientes, pero no era para mí, se maldecía a sí mismo como si estuviese enojado por algo que había hecho. Y luego se rió y dijo: —Tengo una constitución muy peculiar.

Le pregunté qué le había pasado al hombre de la blusa blanca cuando yo me escapé, pero Red no me lo dijo. Imaginé, pues, que había sido algo desagradable y no quise decir más. Y Red me dijo que si yo le contaba a la policía me harían muchas preguntas y nada saldría claro al fin. Además, yo no tenía por qué asustarme, pues él me acompañaría a casa. Así lo hizo, y caminando junto a Red en la oscuridad me sentí realmente bien. Y de cualquier modo lo que Red decía de la policía era probablemente cierto. Le prometí al fin que no diría nada.

Cuando llegamos a mi casa, Red me tomó por los brazos como si fuera a besarme, y luego se quedó así un minuto o dos teniéndome y mirándome a la cara con una expresión difícil de entender. Luego de pronto me apretó brevemente los brazos y dijo: —Buenas noches, Alice —y dio media vuelta y se alejó dejándome allí, de pie en el umbral.

Me quedé sorprendida y un poco decepcionada también, pues Red había estado muy amable conmigo

toda la noche y hacía mucho tiempo que yo no besaba a nadie, pero algunos hombres piensan que son respetuosos actuando así. Red no me había parecido de esa clase, pero una nunca está segura. Y de cualquier manera, siempre hay un mañana. Subí las escaleras crujientes, con los zapatos en la mano, y soñé con hombres pelirrojos toda la noche, y, por supuesto, a la mañana siguiente uno de los vecinos me preguntó a qué hora había vuelto, muy enojado, pues yo había hecho ruido.

Al día siguiente era domingo, uno de nuestros días de más trabajo, pero distinto de los otros, pues los muchachos traen a sus chicas y nos pasamos la mayor parte del tiempo preparando tostadas y sándwiches y servimos muchas bebidas en esos vasitos adornados tan difíciles de secar, y Vera está siempre de mal humor a causa de la competencia. Yo había esperado ver a Red, pero no estuvo a la mañana ni en todo el día. No hubiese tenido tiempo de hablar con él de todos modos, pero había llegado con esa esperanza y sentí cierta desilusión. En verdad ningún otro día estuve tan cerca de pelearme con Vera, y la señora Grey se mostró bastante enojada con las dos.

Unos hombres habían estado trabajando en la plaza, instalando una suerte de plataforma con escalones y una baranda enfrente. Ray, el lavacopas, me dijo que era un escenario para la reunión política del lunes. Había hombres con escaleras que movían cables de un lado a otro también, y gente que colgaba cosas de los faroles y toda una cuadrilla que trataba de poner un letrero donde se leía PUREZA, frente al hotel del otro extremo de la plaza. El letrero se caía una y otra vez. PUREZA es el lema veronista, aunque yo no imaginaba qué clase de pureza había en ellos, especialmente luego de la otra noche.

Nadie parecía de buen humor. El señor Grey estaba enojado, pues muchos de los parroquianos de costumbre recorrían la ciudad trabajando en los preparativos

y otros entraban a tomar un solo trago y se iban en seguida a la calle con el vaso en la mano y teníamos que salir a buscarlos de modo que había más roturas que de costumbre y las ganancias del día disminuían cada vez más. La gente que entró en las últimas horas de la noche estaba ya bastante achispada. Un hombre discutió con Martin a propósito del cambio y tomándolo por el chaleco lo empujó contra el mostrador, gritándole toda clase de amenazas, y casi tuvimos que llamar a la policía. Y luego, por supuesto, Martin quiso irse y al señor Grey le costó un trabajo enorme retenerlo. Martin se quedó al fin, pero se pasó el resto de la noche mascullando y rompió más vasos al echarlos en el vertedero y yo me corté un dedo pescando los pedazos y tuve que seguir lavando con una cinta emplástica que se me salía en el agua. Fue un día terrible. Cuando terminé, tenía ganas de llorar.

Dejé el bar y afuera era noche cerrada, pero los hombres de la plaza seguían trabajando a la luz de unas lámparas de arco. Todo estaba cubierto de banderas y letreros en blanco y negro y era difícil caminar a causa de los cables eléctricos de los altoparlantes. Habían puesto ya el letrero frente al hotel y muchas de las tiendas que rodeaban la plaza estaban adornadas con letras blancas y negras y había micrófonos en la plataforma y encima una gran fotografía de Hugh Veron, tomada un poco de costado, de modo que no tenía tanto aspecto de hurón. Los anuncios con las caras del señor Marchbanks y el señor Albertini parecían un poco fuera de lugar y algo apagadas entre los estandartes. Los letreros veronistas son buenos, hay que admitirlo, en blanco y negro con letras sencillas: VERON Y PUREZA, nada más. Alguien había pegado PUREZA en las narices del señor Albertini.

Yo estaba tan entretenida mirando a los trabajadores que no vi a Red hasta que se me acercó y me tomó por el brazo, sobresaltándome. Me sonrió y dijo: —¿Te asusté?

—Tú asustarías a cualquiera.

Por supuesto, era sólo un chiste, pero durante un rato me pareció que Red no lo tomaba como un chiste, de ningún modo. Al fin se rió.

—Vamos a mi hotel.

Yo ya conocía bastante bien las fórmulas.

—¿Crees que estarás seguro conmigo?

Red me miró un rato, muy serio.

—Me arriesgaré.

—Bueno, yo no estoy tan tranquila. ¿No preferirías que cenásemos algo?

La cara de Red fue totalmente inexpresiva durante todo un minuto. Al fin dijo:

—No me conoces tan poco, Alice. Tengo comida en el hotel. Subamos y miremos el circo.

Era raro, pero yo no lo conocía tan poco de veras. Cruzamos la plaza.

La habitación de Red me sorprendió. Como estaba sin trabajo y todo lo demás yo había pensado que Red no tenía mucho dinero. El dinero de la cerveza, claro está, venía de alguna parte, aunque los hombres del espacio gastan lo que no tienen. Sin embargo, Red tenía un cuarto en el tercer piso del hotel, frente a *El ciervo blanco*, justo sobre la R del letrero y esto era demasiado caro para un navegante sin recursos. El aspecto del cuarto me sorprendió también. Las habitaciones del hotel tienen generalmente un aire impersonal de estabilidad, de modo que los pasajeros se sienten siempre como extraños, pero en este cuarto parecía que habían puesto todo patas para arriba, en algún momento, y que luego no lo habían enderezado bien. Red notó mi mirada y sonrió.

—La policía veronista. Han dado vuelta todas las cosas, dos veces hoy, incluyéndome a mí. Tendrías que ver mi valija.

—¿Pero por qué?

—Buscando armas, mi niña inocente. No sabes real-

mente qué suerte tengo. Se necesita una recomendación muy especial para conseguir un cuarto como este.

Red abrió la ventana y nos asomamos. El letrero ondeaba y se sacudía justo debajo de nosotros, y desde tan cerca no era blanco sino una especie de lona gris, y se podía ver la pintura descascarada de las letras negras. La plaza estaba directamente abajo con todas aquellas lámparas de arco y los hombres que corrían como coleópteros, y la plataforma en el medio.

—Tienes una vista formidable —dije—. Pero te dará la espalda.

—Sí, qué lástima, ¿no es cierto? —Red se volvió y me miró, pero las lámparas y el neón azul del letrero del hotel le iluminaban la cara de un modo raro y no pude verlo claramente.— Bueno, ¿comemos?

Red tenía comida en bolsas de papel, y algunas latas de cerveza, y botellas de jengibre para mí.

—Soy una niña crecida —dije—. Trabajo del otro lado de la calle, ¿recuerdas?

—No querrás acostumbrarte mal, sin embargo.

—Bueno, parece que tú ya te acostumbraste.

—Sí, pero tengo esta constitución peculiar.

Me acercó una botella. Yo puse cara de murria, pero me agradó realmente que alguien creyese que debía cuidarme. Comimos directamente de las bolsas y bebimos cerveza y jengibre, y de cuando en cuando nos asomábamos a la ventana y mirábamos qué hacían abajo. Había un grupo de camiones de color oscuro que parecían de televisión, pero no tenían los símbolos de las estaciones, sólo el círculo blanco de los veronistas. La gente subía a los camiones y bajaba con cajas negras y escaleras. Era realmente un espectáculo de circo.

Estábamos terminando de comer cuando sonó un golpe imperioso en la puerta, de esos que nos encogen el corazón aun cuando uno no ha hecho nada. Red dejó el vaso en la mesa y fue a abrir. El corredor estaba lleno de hombres de blusas blancas. Algunos

se rieron al verme y uno dijo: —Buenas, señorita —con una voz bastante desagradable. Sin embargo, fueron corteses. Querían revisar el cuarto, dijeron, y traían un permiso escrito del comisionado de policía. Había un hombrecito de aspecto miserable en el pasillo, detrás de los otros, que parecía ser el gerente del hotel y se deshacía en disculpas frotándose las manos y tratando de sonreír. Pero nadie le prestaba atención.

Miraron rápidamente todo, como hombres del oficio, pero no dejaron de abrir ningún cajón, y examinaron los armarios y la valija de Red, y luego el cesto de papeles y debajo del colchón, y algunos caminaron por el cuarto golpeando las paredes y los marcos de las ventanas y el radiador. Luego miraron los papeles de Red y me preguntaron quién era yo, y uno de ellos abrió mi cartera y miró dentro de la polvera y destornilló mi lápiz para los ojos, haciendo una broma acerca de lo que llevan las mujeres. Luego dijeron que lamentaban habernos molestado, y el más hablador nos deseó buenas noches y nos guiñó un ojo, y se fueron al cuarto de al lado y el gerente trotó detrás. No eran desagradables, pero tenían aspecto de llevar armas bajo las blusas y me asustaron.

El que había hecho el chiste sobre mi cartera se detuvo en el umbral y me dijo: —¿Le gustaría papá Veron para presidente del mundo, señorita?

Iba a decir que no me gustaba nada y que prefería al señor Marchbanks y al señor Albertini, cuando sentí la mano de Red en el brazo y entonces sonreí y dije que estaba bien. Y el hombre se rió y dijo:

—Bueno, quizá no pase mucho tiempo sin que se cumplan los deseos de la gente.

Luego todos desaparecieron. Le pregunté a Red:

—¿No me dijiste que ya habían estado?

—Sí, hoy es la tercera vez. Vendrán también mañana.

—¿Pero para qué? Si vienen por mí, me voy.

—¿Y no verás la función de mañana?

—No me interesa. Y además sólo la policía tiene derecho a revisar los cuartos de la gente. Y estos no eran policías.

Red me miró un momento y dijo:

—Baja la voz cuando digas esas cosas, Alice. Mira.

Y acercándose a la ventana señaló la plaza y vi entonces una cuadrilla de trabajadores que no eran trabajadores, o por lo menos no lo parecían, y que quizá llevaban armas bajo la ropa también. Y Red dijo:

—La policía verdadera en cualquier sitio es la gente que tiene la fuerza para hacer cumplir la ley. Y la ley, en cualquier sitio, es lo que el gobierno puede hacer cumplir. Y el gobierno... —Red me miró y preguntó—: ¿Sabes por qué se reúnen aquí mañana?

Le dije que no, pues es difícil enterarse en la trastienda de *El ciervo blanco*, aunque nos interese la política, lo que no era mi caso, y además yo no sabía de qué me hablaba. Red tomó aliento, como si fuese a explicarme, y al fin meneó la cabeza y suspiró.

—No importa. No saques la cabeza de tus platos, criatura, y sobre todo mañana. En verdad sería mejor que te enfermases y no vinieses por aquí. Esto va a estar alborotado de veras.

Me pareció que Red pensaba que yo era algo así como una débil mental y me enfurruñé.

—Quieres decir que habrá más camiones y bomberos. Bien, eso no me asusta. Ya tuvimos la policía adentro dos o tres veces. Espero que al señor Grey se le ocurra tapiar las ventanas temprano, antes que las rompa alguien. Pero un poco de ruido es estimulante.

De pronto Red perdió la calma, me tomó los brazos, y me gritó realmente:

—¿Qué policía? ¿No me oíste? Esos son la policía, la gente de ahí abajo, los que estuvieron aquí hace un minuto. ¿Son ellos los que entraron en el bar? Mañana estarás enferma, ¿me oíste?

Entonces yo también perdí la cabeza y le contesté gritando, y le dije que era bastante mayorcita como

para cuidarme sola, y que él no necesitaba mostrarme el camino y otras cosas parecidas. Y en seguida descubrí que me había echado a llorar, de modo que tomé mi cartera de un manotazo y corrí hacia la puerta. Red me alcanzó y forcejamos un poco y él se mostró amable y cariñoso entonces, y al fin me quedé, y al cabo de un rato me llevó a casa. La plaza ya no parecía un circo y lo último que me dijo Red, muy serio, fue:

—No vengas a trabajar mañana, Alice, por favor.

—Bueno, quizá.

Pero por supuesto fui a trabajar.

Empecé a desear no haber ido, tan pronto como doblé la última esquina y vi la plaza. Había mucha gente allí, sobre todo para un lunes, un día de trabajo. Estaban reunidos en grupos, con las caras encendidas, como visitantes de una feria, y muchos de ellos tenían en el brazo la banda negra con el círculo blanco. Yo había oído decir que había muchas gentes afiliadas al movimiento veronista, pero nunca había visto tantas en un solo sitio. O quizá nunca habían mostrado sus distintivos tan abiertamente. No sé. Tuve que abrirme paso a empujones, y cada vez parecía haber más gente.

No todos entraban en la plaza, sin embargo.

Vi que unos hombres de blusa blanca se llevaban a uno o dos en la dirección opuesta, y una pandilla de muchachos a mi lado trató de apartar a un policía veronista y el hombre ladeó un poco la cabeza y en seguida apareció todo un anillo de blusas azules rodeando a los muchachos. Los muchachos retrocedieron y los hombres apretaron filas y al fin el anillo se abrió para dejar ir a la pandilla, que desapareció en una calle lateral.

Un hombre de blusa blanca se me acercó frente al bar y me preguntó muy cortésmente si yo tenía tarjeta del partido. Le dije que yo trabajaba allí y él me preguntó haciendo qué y yo se lo dije, y él me sonrió y me dejó pasar. Luego me dijo: —¿Va a gritar a favor

de Hugh Veron? —pero yo estaba demasiado asustada y le contesté con una débil sonrisa y entré corriendo, fui a la parte de atrás, y me puse a fregar los platos como loca.

El señor Grey estaba en el mostrador con las mangas recogidas y Vera no había llegado. Pensé que había tenido más sentido común que yo y se había quedado en su casa. Había sólo uno o dos clientes adentro —toda la excitación del día estaba fuera— y no habíamos bajado las persianas y las puertas estaban abiertas de par en par. Ray y Martín murmuraban en un rincón y el señor Grey no parecía muy contento.

—Pienso que debemos cerrar dentro de una hora, Meg —oí que le decía la señora Grey—. No tiene sentido correr riesgos.

—Será mejor entonces que mandes a la gente a sus casas —dijo la señora Grey.

—No, déjalos que se queden, ahora que están aquí. Hay mucho trabajo en los sótanos. Y además —le oí decir en un tono más bajo— no puedes mandar a esa chica a la calle, no sola por lo menos. Nunca creí en esa historia del armario. Uno de los hombres puede acompañarla, cuando termine la reunión.

—Habrá tumultos hasta la medianoche, John.

—Pues entonces tendrán que quedarse hasta la medianoche.

La señora Grey salió y echó una mirada a la plaza y cuando volvió cerró la puerta detrás de ella.

—Bueno, Alice —dijo—, ya que estamos solas haremos una limpieza a fondo. Toma —y empezó a ponerme en los brazos ciervitos y jarras de porcelana—, puedes empezar lavando esto. Y cuando termines nos ocuparemos de los metales.

Me instalé, pues, en el cuarto de atrás, lavando como siempre.

Los clientes no se quedaron mucho tiempo, y cuando se fue el último el señor Grey echó el cerrojo a la puerta. Era raro trabajar en un sitio totalmente vacío,

y más raro aun oír el eco de los tacos en el piso y la propia voz un poco apagada, y tanto ruido afuera. Los rayos de sol que entraban por las rendijas eran más brillantes que las luces del bar, de modo que el salón parecía polvoriento y amarillo, y costaba pensar que afuera brillaba la mañana y que el cielo era azul. Yo sentía a veces que me faltaba el aire.

La multitud hacía ruido, pero parecía también expectante y de buen ánimo. El griterío aumentaba a medida que llegaba la gente, pero no se oían voces de pelea, sólo de excitación. Nos acostumbramos al cabo de un rato, y nos pusimos a limpiar los metales del bar sin atender a lo que pasaba afuera.

Luego de pronto se hizo el silencio. El ruido no se fue apagando, cesó de pronto, como si lo hubiesen cortado con un interruptor. Asustaba más realmente que un tumulto. La señora Grey y yo corrimos a la puerta y oímos detrás los pasos de los hombres, que salían del sótano. Cuando al fin abrimos la puerta toda la gente de la plaza nos daba la espalda, pero ladeaba la cabeza mirando el cielo, muy quieta. Restallaban las banderas, se sacudían los alambres, y nadie hablaba.

En seguida, se oyó el ruido de un helicóptero que pasó volando sobre el techo, encima de nuestras cabezas, y luego sobre la multitud frente a nosotros, y al fin se quedó suspendido sobre la plaza. Era un helicóptero negro con un círculo blanco en cada puerta. Y una de las puertas se abrió y cayó una escala, y cuatro hombres bajaron rápidamente y caminaron por la plataforma y la escala desapareció y el helicóptero se elevó y se alejó ocultándose detrás del hotel. Y el señor Grey murmuró a mis espaldas: —Lo conozco. Es el avión privado de Hugh Veron.

Y descubrí entonces una cara de hurón en la plataforma, y supe que al fin había visto a Hugh Veron en persona.

La multitud enloqueció en ese momento. Al principio gritaron y aullaron hasta que el cielo pareció

venirse abajo, pero al cabo de un rato, en el otro extremo de la plaza, alguien comenzó a entonar: —Veron, Veron, Veron —y el canto se expandió a la multitud. El ruido llegaba en ondas a nosotros, golpeándonos. La gente se puso a agitar los brazos con las manos juntas, al modo veronista, y siguiendo el canto, de modo que toda aquella multitud parecía una especie de máquina terrible que se sacudía rítmicamente, y de pronto descubrí que me estaba riendo como una loca y que las lágrimas me rodaban por la cara y que la garganta me dolía de ganas de gritar y que el canto me aplastaba contra el marco de la puerta hasta tal punto que yo ya no podía moverme y no podía saber tampoco por qué estaba llorando.

Arriba, en la plataforma, Hugh Veron alzaba los brazos exigiendo silencio, pero durante un rato los gritos siguieron y siguieron. Luego la multitud fue calmándose, y se oyeron unos golpes en los altoparlantes y eso significaba que Hugh Veron estaba tratando de hablar. La multitud calló bruscamente y Veron alzó los brazos una vez más y en seguida empezó: —Mis queridos hermanos y hermanas.

Todos estaban absolutamente quietos, y aun nosotros mismos, en la puerta, oyendo esa hermosa voz de bronce que sonaba en los altoparlantes como la campana de una catedral, de tal modo que uno se decía que una voz semejante no podía mentir. Hasta la cara le cambiaba entonces a Veron: mostraba unos dientes grandes y blancos y tenía una luz en los ojos. He oído decir que a algunas gentes les centellean los ojos, pero sólo a Hugh Veron le pasaba eso de veras. No hablaba sólo con la voz sino con toda la cara y el estómago y la columna vertebral y estaba así de cuerpo entero en las palabras. Era como Elías en la Biblia, sólo que vivo y presente.

—He hecho un largo camino para estar con vosotros. Anoche cené en Beluchistán. Mañana estaré en Nueva York, pero hoy...

Todos conteníamos el aliento. Parecía que estábamos en una iglesia, escuchando. Todos también oyeron los tres estampidos, seguramente, y vieron luego cómo Hugh Veron alzaba los brazos y la mancha negra que se le extendía por la cara antes de resbalar y caer de espaldas en la plataforma. Nadie se movió sin embargo. Todos se quedaron esperando las palabras próximas, sin entender el significado de aquel silencio terrible que era como un zumbido en los micrófonos.

Pero yo ya había corrido instantáneamente a la puerta de atrás del bar, pues sabía lo que ellos no sabían. Y nunca tuve tanto miedo, ni siquiera el día que recibí la carta de Grane y supe qué decía antes de romper el sobre. Pues ciertas cosas las sé sin que me las digan.

Tardé un rato en llegar a la parte de atrás del hotel. La gente que no había podido llegar a la plaza colmaba las calles laterales. Pero, afortunadamente, no sabían aún qué había ocurrido. Los altoparlantes transmitían claramente los chillidos y gritos de la multitud en la plaza, pero el ruido tapaba la voz del oficial que trataba de hablar en la plataforma. Era evidente que las cosas andaban mal, y que una voz intentaba decir algo, pero nadie sabía qué. De modo que logré abrirme paso sin mucho trabajo, y corrí más rápidamente que la policía, pues aunque tuve que dar un largo rodeo la gente de la plaza no podía moverse.

No sabía a dónde había ido Red, por supuesto. Yo había echado a correr con una sola idea: llegar al hotel y estar con Red. Ni siquiera pensé que él pudiera rechazarme. Todo esto se me ocurrió en el camino, mientras apartaba a la gente pidiendo perdón, una y otra vez; pero la gente ni se molestaba en mirarme de modo que seguí corriendo. Me sentí como en uno de esos sueños en que se persigue a alguien que está siempre del otro lado de la esquina. Corrí por las calles hacia arriba y hacia abajo y como no encontraba lo que buscaba corrí a la calle próxima. Una vez casi me llevo por delante un escuadrón veronista, pero

por suerte ellos no sabían tampoco a dónde iban y me metí en un patio y no me vieron. Yo sabía a quién buscaba y ellos no y la diferencia fue al fin importante. Vi unos cabellos rojos que asomaban bajo una gorra y fui directamente hacia allí y el hombre era Red. Me eché a llorar.

Red me miró un instante como si no me conociera y al fin carraspeó o algo parecido y dijo: —¿Alice? —y luego me tomó por el brazo y casi se cayó y pude ver que estaba herido. Quizá lo que necesitaba realmente era una mujer que llorase. Las noticias acerca de Veron estaban pasando ya de boca en boca y a nuestro alrededor la gente parecía enloquecida. Un hombre solo que tratara de salir de allí no hubiese pasado inadvertido, pero dos personas que se sostenían mutuamente, una de ellas llorando, no era nada raro entre gentes que gritaban y lloraban.

En dos ocasiones unos hombres de blusa blanca se detuvieron y nos miraron, apuntando con sus armas esta vez, pero siguieron su camino. Llegamos al fin a una calle donde había poca gente y Red dijo: —Por aquí —y fuimos por un callejón y atravesamos dos o tres patios y al fin llegamos a un edificio de ladrillos, un viejo depósito, y entramos por una puerta que llevaba a un sótano.

Había allí una cama y una silla y un par de cajones de cerveza con botellas adentro, todo al pie de una escalera. Red había estado apoyándose en mí más y más y cuando llegamos allí casi rodamos escaleras abajo. Lo sostuve y lo llevé a la cama y me incliné para abrirle la camisa, pero Red meneó la cabeza.

—Echa el cerrojo, criatura —dijo jadeando—. Tengo que librarme de esto.

Red llevaba un chaleco suelto con grandes bolsillos, y yo había sentido algo duro allí, pero no había tenido tiempo de preguntarme qué sería. Por supuesto, yo sabía que Red había matado a Hugh Veron, pero no dejé de sobresaltarme cuando sacó dos piezas de metal

de aquellos bolsillos y los echó en la cama. Eran dos mitades que podían atornillarse entre sí, formando, evidentemente, una especie de fusil corto.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Ponerlo de vuelta en su sitio. —Red me miró de un modo raro y vi que se le había caído la gorra, y que ahora le salía de la cabeza una sustancia rojiza que le bajaba por un lado de la cara.— Echa el cerrojo.

Subí las escaleras y eché el cerrojo y di una vuelta a la llave. Cuando volví Red estaba tendido en la cama, con la camisa y el chaleco abiertos, y manchados de un modo terrible. El arma había desaparecido, pero eso no importaba. Alcancé a ver el agujero en el costado y la sustancia oscura que salía escurriéndose y sentí un nudo apretado en la garganta. No había visto nunca nada parecido y no sabía qué hacer.

—Buscaré a un médico —dije.

Red me sonrió apretando los dientes y me tendió una mano.

—No te molestes, criatura. Acércate.

—Oh, Dios, ¿qué haré? ¿No hay agua aquí? Mis estúpidas enaguas de nylon. Oh, ayúdame —dije mordiéndome los nudillos, desesperada—. Dime qué puedo hacer.

—Acércate. —Red se había serenado ahora y parecía amable, como si no sufriera.— Alice, ¿sabes cómo son las costillas humanas? ¿La sangre humana?

Tragué saliva y me tranquilicé.

—Está bien —dije—. He visto sangre antes, aunque no tanta. Deja que busque un poco de agua.

—No. —Red me tomó la muñeca y no pude soltarme.— Si sabes cómo es la sangre, querida, mírame de cerca. Y pregúntate entretanto cómo escondí esa arma en un cuarto que fue revisado tres veces ayer y cómo la saqué y la armé sin que me detuvieran, con dos policías en el cuarto asomados a la ventana. —La cara de Red era de color gris, como de piedra, pero los ojos verdes y brillantes no habían cambiado y me miraban

implorando que lo escuchase.— Piensas que estás enamorada de mí. He matado hoy a tres hombres, Alice, como si nada. No conocía a ninguno personalmente, y de dos de ellos sólo sabía que estaban ahí, ocupando la ventana que yo necesitaba para mi trabajo. Uno de ellos no murió en seguida y me disparó un tiro cuando yo dejaba el cuarto. Me lo merecía. Ahora mírame las costillas y la sangre.

Miré y sentí que me ponía a temblar.

—Sí, eso es metal, criatura —dijo Red—. Puedo romperle la espalda a un hombre con una sola mano, y llevo un arma en el único sitio donde no la encontrará nadie cuando te revisan el cuarto tres veces por día.

Red movió una mano hacia la camisa abierta y pude ver la línea que le bajaba por el pecho hasta el vientre, como la sombra de una vieja cicatriz. Y pude ver la herida abierta también, y la sustancia roja que salía y empapaba las mantas y que no se podía parar porque el agujero era demasiado grande y no una verdadera herida. Sentí que las lágrimas me venían otra vez a los ojos y me corrían por la cara y que yo no podía pararlas tampoco.

Luego Red se sentó en la cama y me abrazó.

—Alice —dijo—, no llores. No me estoy muriendo. Son ideas tuyas. Trato de decírtelo desde hace un rato. No puedo morirme porque ya estoy muerto. No soy un hombre, Alice. Hubo un hombre una vez, un pelirrojo llamado Stoney Middleton. Un chiste del padre. Stoney es nombre de lugar, no de persona. De modo que lo llamaron Red.

Y Red me miró con la cara torcida como si quisiese llorar y no pudiese.

—Aunque eso no importa. Stoney Middleton era un agente del servicio secreto, un héroe que murió en Venus por meter la nariz donde no debía. Pero era alguien que sabía mucho de Veron y de sus hábitos, y el servicio tenía archivados los recuerdos de Middleton y cuando quisieron librarse de Veron me pu-

sieron esos recuerdos y como broma final hicieron que me pareciera a él también. No había peligro, pues nadie lo conocía en la Tierra. Y eso soy yo, Red Middleton, el cadáver viviente. Para los muchachos del servicio es una historia muy divertida. Tienen otro ejemplar en Venus que está volviendo locos a los veronistas, pues no entienden cómo Middleton puede estar vivo si ellos mismos se libraron del cadáver. Y eso es lo que soy, Alice. Un androide. Un zombi. Y hay una sola cosa que no funciona bien. —Red, bruscamente, me apretó contra él y hundió la cara en mi pecho como si quisiera meterse adentro, y yo pude verle el pelo rojo todo pegoteado con esa sustancia roja que no era sangre, y sentí que se sacudía con las lágrimas que no podía llorar.— Me siento como Red Middleton. Haga lo que haga no puedo dejar de sentir que soy un hombre.

Puse mi cabeza junto a la de Red y sentí la sustancia pegajosa en la mejilla y me apreté a Red como me apreté a mi bebé la noche que vinieron a buscarlo y lloré tanto que pensé que nunca pararía. Y al cabo de un rato, Red suspiró y se quedó quieto, y yo pensé que quizá se había dormido. Pero los androides no duermen, ¿no es verdad? Seguí sosteniéndolo, de todos modos, y la sustancia oscura me empapó la falda y se me secó en la cara, y podría pensarse que me cansé de estar allí sentada y sin moverme, pero no, no me cansé. No podía sentir nada. Y no me importa si hay diez ejemplares en Venus o en todas partes, y no me importa si están hechos de cola y papel de estaño, y no me importa lo que hizo o por quién lo hizo. Se llamaba Red Middleton y yo lo quería y ahora está muerto.

Título del original: *The blind God's eye.*
Traducción de G. Lemos.

En el siglo diecisiete el inglés Ludowicke Muggleton pensó que el cielo estaba a diez kilómetros y que el ayer se transformaba en su propio futuro. El mar prehistórico de Ballard está a las puertas de la ciudad, y el apocalipsis psíquico es un viaje material en el tiempo.

DESPIERTA EL MAR

J. G. Ballard

A la noche, Mason oyó otra vez el ruido del mar que se acercaba, el trueno sordo de las olas que rompían en las calles vecinas. El ruido lo había despertado y corrió fuera de la casa a la luz de la luna donde las casas blancas se levantaban como sepulcros en lavadas plazoletas de cemento. A doscientos metros las aguas se precipitaban y hervían, adelantándose y retrocediendo en la calle. Innumerables burbujas fosforescentes bullían entre las tablas de las cercas, y la espuma se quebraba inundando el aire con el olor acre y vinoso del mar.

Allá lejos, entre los techos de las casas sumergidas, se alzaban las olas del mar abierto, hendidas por los espolones de las chimeneas solitarias. La espuma helada le tocó de pronto los pies desnudos, y Mason dio un paso atrás, y miró con inquietud la casa donde dormía su mujer. El mar avanzaba unos metros más todas las noches: una siseante guillotina negra que se deslizaba por los jardines vacíos y golpeaba entrecortadamente las empalizadas.

© 1962, by Mercury Press.

Durante media hora Mason miró las crestas de las olas entre los techos. La marejada luminosa se reflejaba pálidamente en las nubes, que corrían allí arriba, arrastradas por el viento oscuro, y cubría las manos de Mason con un vívido tinte ceroso.

Al fin las olas retrocedieron, y el agua luminosa dejó las calles desiertas descubriendo las hileras de casas, lucientes a la luz de la luna. Mason corrió sobre las burbujas que se apagaban ya en el pavimento, pero el mar se alejaba muy rápidamente, llevándose su halo de luz, desapareciendo detrás de las esquinas de las casas, escurriéndose bajo las puertas de los garajes. Cuando Mason llegó al extremo de la calle, en el cielo, más allá de la torre de la iglesia, brilló brevemente una última luz. Agotado, regresó a su cama y se durmió oyendo el rumor de las olas moribundas.

—Vi el mar otra vez anoche —le dijo a su mujer a la hora del desayuno.

—Richard —dijo Miriam serenamente—, el mar más próximo está a miles de kilómetros. —Miró en silencio a su marido, un momento, hundiendo los dedos largos y blancos en el rizo negro que le caía sobre el cuello.— Vé a la calle y mira. No hay mar.

—Querida, lo vi.

—¡Richard!

Mason se incorporó y alzó los brazos lenta y deliberadamente.

—Miriam, sentí la espuma en las manos. Las olas rompían a mis pies. No era un sueño.

—No es posible. —Miriam se apoyaba en el marco de la puerta, como si quisiese cerrarle el paso a aquel extraño mundo nocturno que acechaba aún en las sombras del dormitorio. El largo pelo lustroso y negro que le enmarcaba la cara oval y la bata encarnada que se abría mostrando el cuello delgado y la piel blanca del pecho le recordaban a Mason una heroína prerrafaelista

en una actitud arturiana.— Richard, debieras ver al doctor Clifton. Empiezo a tener miedo.

Mason sonrió, volvió los ojos hacia la ventana, y miró los techos distantes, sobre las copas de los árboles.

—No hay por qué preocuparse. Todo es muy simple. De noche escucho el ruido del mar que rompe en las calles, salgo, miro las olas a la luz de la luna, y me vuelvo a la cama. —Calló, con un rubor de fatiga en la cara. Alto y flaco, Mason convalecía aun de la enfermedad que lo había retenido en la casa durante seis meses.— Hay algo raro, sin embargo —concluyó—. El agua es notablemente luminosa, y sospecho que el índice de salinidad ha de ser muy elevado.

—Pero Richard... —Miriam miró alrededor, impotente, agotada por la calma de su marido.— No hay mar ahí. Está sólo en tu imaginación. Nadie lo ha visto.

Mason asintió, con las manos en los bolsillos.

—Quizá nadie lo ha oído hasta ahora.

Dejó el comedor y fue hacia su estudio. El sofá en que había dormido durante su enfermedad estaba todavía allí, al lado de la biblioteca. Mason se sentó y tomó de un estante un caracol grande, fosilizado. En el invierno, mientras había guardado cama, esa forma cónica que evocaba mares antiguos y playas sumergidas había sido para él una cornucopia insondable de imágenes hermosas y de sueños. Miró el caracol que tenía entre las manos —exquisito y ambiguo como el fragmento de una escultura griega descubierto en el lecho seco de un río— y se le ocurrió que era como una cápsula de tiempo, la condensación de otro universo, y casi llegaba a creer que el mar de medianoche que interrumpía su sueño había escapado del caracol el día en que él en un momento de descuido había roto una de las volutas.

Miriam entró en el cuarto y recorrió bruscamente las cortinas, como si supiese que Mason estaba vol-

viendo a un mundo crepuscular: el lecho de enfermo y la lámpara de cabecera. Lo tomó por los hombros.

—Richard, escucha. Esta noche, cuando oigas las olas, despiértame y saldremos juntos.

Mason se libró dulcemente de las manos de Miriam.

—Que tú veas o no el mar no cambiará nada, Miriam. Lo que importa es que yo lo veo.

Más tarde, caminando calle abajo, Mason llegó al sitio donde se había detenido la noche anterior mirando cómo rompían las olas. De las casas que había visto sumergidas le llegaban los sonidos de una plácida actividad doméstica. En los jardines, a la luz brillante del sol, irisada y vívida, los surtidores giratorios regaban las hierbas descoloridas por el calor de julio. Luego de las tormentas de la primavera, el polvo seco y cálido se había acumulado contra las cercas y era un barro negro al pie de los surtidores.

La calle, una de las doce avenidas suburbanas, corría hacia el noroeste unos trescientos metros y desembocaba en la plaza del barrio comercial. Mason entornó los ojos y miró la torre del reloj de la biblioteca y el campanario de la iglesia, identificando los distintos puntos salientes que había visto entre las olas empinadas del mar.

La calle descendía ligeramente al acercarse a la plaza, en el sitio donde Mason había visto la orilla del mar. A poco más de un kilómetro de la ciudad, se alzaba un pequeño promontorio de arcilla, punto culminante del borde del valle que encerraba la llanura aluvional más baja. Aunque oculto en parte por las casas, Mason lo reconoció en seguida: el acantilado que se había alzado la noche anterior sobre el mar, como una ciudadela. El agua había golpeado los flancos del promontorio, alzándose en inmensos plumajes de espuma y cayendo luego con una lentitud casi hipnótica. De noche el promontorio era más grande y más abrupto: bastión enorme que no había conocido la erosión.

Una noche, se prometió Mason, iría allí y dormiría hasta que lo despertaran las olas.

Un coche pasó lentamente y el conductor miró con curiosidad a Mason que estaba de pie en medio de la calle con la cabeza levantada. El vecindario opinaba que el marido de la hermosa señora Mason, que no tenía hijos, era un personaje bastante excéntrico—solitario, distraído, y además secretario de la sociedad local de astronomía, lugar de reunión de maniáticos notorios— y a Mason le pareció prudente alejarse hacia la avenida que bordeaba el valle. Mientras se acercaba al promontorio distante miraba por encima de las empalizadas buscando en los jardines y en los automóviles alguna huella de la reciente invasión del mar. En estos sitios el agua había inundado casi completamente las casas.

Mason había visto por primera vez el mar hacía sólo tres semanas, pero ya no dudaba. Sabía que el mar no dejaba al retirarse ninguna marca en los cientos de casas sumergidas, y no se sentía inquieto por la suerte de las gentes que debían de haber muerto ahogadas, y que habían dormido en cambio tranquilamente en el inmenso seno del mar mientras él miraba cómo las olas luminosas rompían en los techos. A pesar de esta paradoja, estaba completamente convencido de la realidad del mar, y por esta misma razón le había contado a Miriam que las olas lo habían despertado una noche y que al salir de la casa había descubierto el mar en las calles.

Al principio, Miriam había aceptado con una sonrisa el relato, como ilustración del extraño mundo privado de Mason. Luego, tres noches más tarde se había despertado en el momento en que Mason entraba de nuevo en el dormitorio y se había asustado al verlo: tenso, jadeante, con el rostro transpirado y una luz extraña en los ojos.

Desde entonces se pasaba las horas mirando la ventana por encima del hombro como esperando ver el

mar. Había algo que la preocupaba tanto como la visión: la completa calma de Mason ante este terrible apocalipsis inconsciente.

Fatigado, Mason se sentó en un muro ornamental, entre unas plantas de rododendros que ocultaban las casas vecinas. Durante unos pocos minutos dibujó con una rama en el polvo duro y seco. Aunque informe y pasivo, el polvo tenía el poder evocativo del molusco fósil, e irradiaba una luz compacta.

Enfrente, el camino se curvaba y descendía hacia los campos de la llanura. El bloque de arcilla, cubierto por un manto de hierbas verdes, se alzaba hacia el cielo claro. Habían levantado un refugio de paredes de metal en la falda, y alrededor de un pozo de extracción, junto a una grúa de madera, se movían algunos hombres. Lamentando no haber traído el auto de su mujer, Mason observó cómo las figuras diminutas desaparecían una a una en la mina.

La imagen de esta imprecisa pantomima lo persiguió todo el día en la biblioteca, hasta llegar a borrar los recuerdos de las olas oscuras que rodaban por las calles, de noche.

En verdad, Mason se defendía de esta pesadilla insidiosa pensando que pronto otros muchos descubrirían el mar.

Cuando esa noche se fue a la cama encontró a Miriam completamente vestida y sentada en el sofá junto a la ventana, con una expresión serena y resuelta.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Espero.

—¿Qué esperas?

—El mar. No te preocupes. Véte a dormir. No me importa estar sentada aquí con la luz apagada.

—Miriam . . . —Mason tomó cansadamente una mano delgada de Miriam tratando de sacarla del sofá.— Querida, ¿para qué?

—¿No lo sabes?

Mason se sentó a los pies de la cama. Por alguna razón, que no se relacionaba enteramente con el deseo de proteger a su mujer, deseaba mantenerla apartada del mar.

—Miriam, ¿no entiendes? Quizá yo no *vea* literalmente el mar. Puede ser . . . una alucinación, o un sueño.

Miriam meneó la cabeza, con las manos crispadas en los brazos del sofá.

—No lo creo. De todos modos, quiero averiguarlo.

Lentamente, Mason se dejó caer en la cama, de espaldas.

—No estoy seguro de que este sea el modo de encarar el problema.

Miriam se inclinó hacia adelante.

—Richard, te lo tomas con tanta calma. Aceptas esa visión como si fuese un dolor de cabeza un poco insólito. Eso es lo que me asusta. Si ese mar te aterrorizara, no me preocuparía, pero . . .

Media hora más tarde, luego de haber abandonado toda tentativa de disuadir a Miriam, Mason se quedó dormido en el cuarto a oscuras. El rostro delgado de Miriam lo observaba desde las sombras.

Las olas murmuraban a lo lejos. El trueno apagado y profundo de las olas y los vastos sonidos del mar abierto martillearon los oídos de Mason, y el chasquido de la espuma lo arrancó del sueño. Mason saltó de la cama y se vistió rápidamente mientras el agua siseaba calle arriba. En el sofá del rincón, junto a la ventana iluminada por el centelleo de la espuma, Miriam dormía con un rayo de luna en la garganta.

Mason corrió descalzo por la calle hacia las olas. De pronto resbaló en el pavimento húmedo y cayó de rodillas mientras una de las olas rompía con un rugido gutural. El agua brillante y fría, saturada de animalculos, le bañó los hombros y el pecho y se retiró

succionada como un inmenso piso brillante a la boca de la próxima ola. La ropa empapada se le pegó al cuerpo como un animal ahogado, y Mason clavó los ojos en el mar oscuro. A la huidiza luz de la luna las casas blancas se alzaban en el agua como los palacios de una Venecia espectral, o los mausoleos de una enorme necrópolis construida en una isla. Pronto sólo fue visible la torre de la iglesia. El agua se adelantó veinte metros y la espuma llegó a la casa de Mason.

Mason esperó a que pasara una ola y fue hasta la avenida que llevaba al promontorio distante. El agua ya había cruzado la calle y cubría ahora los jardines golpeando los umbrales de las puertas.

Estaba a casi un kilómetro del promontorio cuando oyó los suspiros y movimientos de la marejada. Se apoyó sin aliento contra una cerca y la espuma fría le golpeó las piernas, haciéndolo trastabillar. De pronto, las nubes se abrieron y vio la figura pálida y alta de una mujer, de pie sobre un parapeto de piedra, al borde del acantilado. El viento le movía el vestido negro, que flotaba detrás de ella, y los largos cabellos, blancos a la luz de la luna. Debajo, a sus pies, las olas saltaban y se retorcían como acróbatas.

Mason corrió por el pavimento y al llegar a una curva unas casas le ocultaron el promontorio. El agua se movió luego más lentamente y alcanzó a ver por última vez a la mujer: un perfil de hielo blanco en la espuma opalescente. En seguida la marea empezó a bajar, y con el último espasmo burbujeante el océano se retiró entre las casas, junto con la luz y la animación de la noche.

Mientras las últimas burbujas centelleaban y se disolvían en el pavimento húmedo, Mason miró otra vez el promontorio, pero la rara figura luminosa ya no estaba allí. Las ropas húmedas se le secaron mientras caminaba por las calles desiertas. Sobre los setos, en el aire de la noche, flotó brevemente un último soplo de aire marino.

A la mañana siguiente Mason le dijo a Miriam:

—Era un sueño después de todo. Creo que el mar ha desaparecido esta vez. De cualquier manera, no lo vi anoche.

—Gracias a Dios, Richard. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro. —Mason sonrió animadamente.— Gracias por haber velado anoche.

—Hoy velaré otra vez. —Miriam alzó una mano para acallar las protestas de su marido.— Sí, insisto. Me siento muy bien esta mañana, y quiero terminar con esto de una vez por todas. —De pronto frunció el ceño inclinándose sobre las tazas de café.— Es raro, pero una vez o dos creí oír el mar, yo también. Parecía algo antiguo y ciego, que despertara luego de millones de años.

Mientras iba a la biblioteca, Mason dio un rodeo para ver otra vez el promontorio de arcilla y detuvo el coche donde había visto a la mujer de pelo blanco que miraba el mar. El sol caía a pico sobre las hierbas iluminando la boca de la mina. Alrededor, se agitaban como siempre unos hombres.

Durante los próximos quince minutos Mason recorrió lentamente las avenidas bordeadas de árboles, espiando por encima de los setos las ventanas de las cocinas. Era casi seguro que la mujer vivía en una casa vecina, y quizá llevaba aun el vestido negro debajo de la bata.

Más tarde, en la biblioteca, reconoció un coche que había visto en el promontorio. El conductor, un hombre de traje de lana y modales académicos, examinaba las cajas donde se exhibían los descubrimientos geológicos locales.

—¿Quién era? —le preguntó Mason a Fellower, el encargado de la sección antigüedades, cuando el coche se alejó—. Lo he visto en la loma de arcilla.

—El profesor Goodhart, del grupo de paleontólogos. Parece que descubrieron una veta interesante. —Fe-

llower señaló con un movimiento de cabeza la colección de fémures y fragmentos de mandíbulas.— Con un poco de suerte quizá consigamos sacarles algunas piezas.

Mason se quedó mirando los huesos, sintiendo que un paralaje se le reducía de pronto en la mente.

Todas las noches, cuando el mar emergía en las calles oscuras y las olas se adelantaban hacia la casa, Mason despertaba junto a su mujer dormida, y salía al aire salitroso y vadeaba las aguas hacia la loma. Allí estaba la mujer de pelo blanco, en el borde del promontorio, alzando la cara sobre la espuma: un pálido nimbo centelleante que corría como la luna entre las nubes huidizas. Pero el mar se retiraba siempre antes que él llegara al promontorio. Mason caía entonces de rodillas, agotado, sobre el pavimento húmedo mientras la espuma se deshacía en débiles burbujas y las calles asomaban entre las olas.

En una ocasión, un coche de la policía lo iluminó con sus faros mientras Mason estaba caído aun en la calzada, y otra vez se olvidó de cerrar la puerta de calle al entrar en la casa. Durante el desayuno, Miriam lo observó con la misma preocupación de antes.

—Richard, pienso que no debieras ir a la biblioteca. Te veo fatigado y ojeroso. ¿Tienes otra vez ese sueño del mar?

Mason meneó la cabeza, tratando de sonreír.

—No, eso ha terminado. He estado trabajando demasiado, probablemente.

Miriam le tomó las manos.

—¿Te caíste ayer? —Examinó las palmas de Mason.— Querido, te has raspado la piel, ¡y esto es reciente! ¿No te acuerdas?

Mason inventó distraídamente una historia para tranquilizar a Miriam, y luego llevó su taza de café al estudio y se quedó mirando la niebla de la mañana, un lago de opacidad que cubría los techos como el mar nocturno. La niebla se disolvió a la luz del sol,

y durante un momento el mundo pareció recuperar su realidad cotidiana. Mason sintió una nostalgia que le encogía el corazón.

Maquinalmente, tendió la mano hacia el caracol fósil del estante, pero la retiró en seguida, sin saber por qué.

Miriam estaba a su lado.

—Ese caracol es horrible —comentó—. Díme, Richard, ¿por qué crees tú que empezaste a tener esos sueños?

Mason se encogió de hombros.

—Quizá fue una especie de recuerdo...

La cara elegante y fresca de su mujer lo miraba atentamente. Mason se preguntó si no debería contarle a Miriam que aún oía el mar, en sueños, y que veía ahora una mujer de pelo blanco que parecía hacerle señas desde el promontorio. Pero, como todas las mujeres, Miriam pensaba que en la vida de su marido sólo había sitio para un enigma. Por una inversión de la lógica, Mason sentía a su vez que el hecho de depender de la fortuna de Miriam lo autorizaba a no ser enteramente sincero con ella.

—Mason, ¿qué te pasa?

En la mente de Mason la espuma se abrió de pronto como un abanico inmenso y diáfano y el hada de las olas volvió hacia él una mirada ardiente.

Esta vez el mar le llegaba a la cintura y corría por los jardines en espumosos torbellinos. Mason se sacó la chaqueta y la arrojó al agua. Las olas habían llegado a la casa al fin, y golpeaban ahora la puerta de calle, pero Mason no se acordaba ya de su mujer. Tenía los ojos clavados en el promontorio, golpeado por una continua tormenta de espuma que oscurecía casi la figura de la cima.

Mason se adelantó más rápidamente, a veces con el agua hasta la barbilla, y unos bancos de algas luminosas se le pegaron a las piernas. El aire salino le enro-

jecía los ojos. Al fin, exhausto, llegó al pie del promontorio, y cayó de rodillas.

Arriba cantaba la espuma golpeando los bordes del acantilado, y el viento se movía entre los cabellos blancos de la mujer como entre las cuerdas de un arpa.

Llamado por la música, Mason trepó al acantilado mientras abajo, en las aguas, bailaban los reflejos de la luna. Llegó a la cresta y en ese momento el vestido negro se alzó en el viento ocultando el rostro de la mujer, pero Mason vio que era alta, derecha y delgada. De pronto, tiesa aún, y como si flotara, la mujer se alejó a lo largo del parapeto.

—¡Esperel

El grito de Mason se perdió en el viento. Echó a correr y la figura se volvió y lo miró. El cabello blanco giró alrededor del rostro como un vapor de plata y luego se apartó revelando un cráneo angular de órbitas vacías y boca desdentada. Una mano que parecía un manojo de palitos blancos se extendió hacia Mason, como la garra de un buitre, y en seguida la figura se alzó en la agitada oscuridad como un pájaro gigantesco.

Mason no supo quién había gritado: si él o el espectro. Retrocedió tambaleándose, tropezó con una barandilla de madera y cayó de espaldas en el pozo entre cadenas y poleas. El mar gimió sobre él, en las sombras.

Luego de escuchar atentamente la descripción del policía, el profesor Goodhart meneó la cabeza.

—Temo que no, sargento. Trabajamos en la excavación toda la semana y nadie se cayó. —Una barandilla de madera colgaba en el aire crispado.— Pero gracias por el aviso. Reforzaremos la baranda si ese hombre anda de un lado a otro en sueños.

—No creo que llegue hasta aquí —dijo el sargento—. La cuesta es muy empinada. —Hizo una pausa y

continuó—: En la biblioteca donde él trabaja me dijeron que ustedes encontraron aquí un par de esqueletos, ayer. Ya sé que desapareció hace sólo dos días, pero quizá uno de esos esqueletos... —El sargento se encogió de hombros.— Si en este pozo hubiese un ácido natural, por ejemplo...

—Ingenioso, sargento, pero lamento decepcionarlo. —El profesor Goodhart hundió el talón en el suelo arcilloso.— Puro carbonato de calcio, de un kilómetro de espesor, depositado durante el triásico hace doscientos millones de años cuando estas tierras estaban cubiertas por el mar. Los esqueletos que encontramos ayer son de una mujer y un hombre. Dos pescadores del Cro-Magnon que vivieron en esta costa poco antes que se secase. Me gustaría poder proporcionarle un *corpus delicti*, aunque es difícil entender cómo unas criaturas del Cro-Magnon han podido subir hasta aquí. Este pozo no tiene más de treinta años —le sonrió al policía—. En fin, es un problema mío, no suyo.

El sargento regresó al coche de la policía.

—Nada —dijo meneando la cabeza.

Se alejaron entre las filas de plácidas casas suburbanas.

—Parece que hubo un mar aquí hace mucho tiempo, hace un millón de años quizá. ¿Quién lo hubiera creído? —Tomó una chaqueta de franela del asiento trasero.— A propósito —dijo oliendo la tela—: ya sé a qué huele la chaqueta de Mason. Huele a agua de mar.

Título del original: *Now wakes the sea.*
Traducción de F. Abelenda.

LIBROS: LA ESCENA INGLESA

Judith Merrill

Londres, setiembre, 1965. El clima es diferente aquí. Llueve a menudo. Las casas son frías. Todos parecen beber bastante más y los que se emborrachan son menos. Nadie almuerza antes de la una, ni cena antes de las ocho. El té es insidioso. Ya no tomo café todo el día; a las cuatro o cinco de la tarde me preparo un jarro de té.

El rock-'n'-roll suena mejor, tiene *beat*. Los editores discuten los libros tanto como los mercados. Los niñitos hablan realmente con voces claras, dulces y altas, como lo sugieren Milne, Carroll y Nesbit. Todos parecen más jóvenes: ¿caras lavadas por la lluvia quizá? Hay mucho menos novedad por el gusto de la novedad, y también bastante menos sentimentalismo acerca de las cosas viejas. Y los escritores con quienes he hablado parecen sentir que lo que escriben tiene cierto propósito. Discutir públicamente de literatura, política mundial, el arte y la ciencia, y aun la propia obra, o la de los colegas, no es signo de mala educación.

La educación por sí misma es apreciada ampliamente y en círculos intelectuales al menos la mente inquisitiva es socialmente aceptable. No se piensa necesariamente que la fuerza de las ideas, las convicciones, o ambas, sean síntoma de desequilibrio emocional.

La c-f sufre aquí de algún modo la misma suerte de conciencia de ghetto que ha afligido a los editores y críticos norteamericanos, pero su efecto se nota más en el círculo de los autores y críticos que en el de los editores y el público lector. Más importante aún: hay un sentimiento de excitación y de actividad creadora, tanto en el género como en los alrededores,

© 1965, by Mercury Press.

que no se ha sentido en la escena norteamericana durante casi quince años.

(1949-1952: los primeros años de *Fantasy and Science-Fiction*, dirigida por Boucher y McComas; el comienzo de la *Galaxy* de Gold; el *Amazing* de Howard Browne; las nuevas revistas que aparecen todos los meses; ¡*Colliers* y el *Post* publican c-f! Los nuevos autores: Anderson, Beaumont, Budrys, Clifton, Clingerman, Cosgwell, Dick, Dickson, Finney, Henderson, Knight, McLean, (Merril), Walter Miller, Pohl, Cordwainer Smith, Tenn, Vonnegut, Bernard Wolfe. El retorno de Blish, del Rey, Kornbluth, Leiber, Sturgeon. Las primeras críticas serias en la corriente principal de la literatura; el nacimiento del gran *boom* del libro.)

La escena inglesa es hoy diferente en muchos aspectos. Sólo hay dos revistas, y la publicación de libros es más segura; las críticas son numerosas y en su mayor parte serias, nada arrogantes por cierto ya que la mitad es escrita por Aldiss, Amis, Ballard y Phillips.

Las tres diferencias mayores son la existencia de un área norteamericana como segundo (y a menudo primer) mercado; la ausencia relativa de una vieja guardia activa (de autores tanto como de editores), y un período de quince años en el que ha sido innecesario probar que la *science-fiction* puede ser buena; un período vital para determinar cómo, cuándo y dónde lo es.

Resultado: el clima es muy distinto realmente. Un artículo escrito por el colaborador de *Spectator*, Bill Butler, sobre la reciente Convención Mundial de Ciencia-Ficción celebrada en Londres comienza así:

"Burroughs se hubiera sentido perdido... Edgard Rice Burroughs quiero decir. Desde los días de su novela *El guerrero de Marte* las cosas han cambiado en el espacio exterior. Sin embargo, William Burroughs, el autor de *Naked lunch* y *Nova Express* hubiera disfrutado casi continuamente."

Otro artículo en *Times Magazine* describió a John W. Campbell como "la reconocida figura paterna del género. Ha dado continuidad, ha moldeado ideas, ha cristalizado reputaciones. Bajo su presidencia la c-f ha estrechado sus límites: de la vastedad del espacio a las mayores complejidades de la c-f 'sociológica'. Pero ahora está estrechando aun más su campo: a los detalles claramente enfocados, descendentes, del 'espacio interior'. El tono es personal y subjetivo, la calidad de la expresión importante. El profeta es J. G. Ballard, autor de *El mundo sumergido*. La estrella brillante, William Burroughs..."

En realidad Burroughs no es más popular entre los aficionados ingleses que entre los norteamericanos, pero ha ejercido una significativa influencia en los escritores británicos, directamente y también a través de la obra mucho más leída de J. G. Ballard.

Los tres nombres más conocidos aquí son Ballard, Brian W. Aldiss y John Brunner. Esto no quiere decir que la generación más vieja de escritores (Clarke, Wyndham, Christopher, Russell) haya perdido el paso, pero sí que Aldiss, Brunner y Ballard, aunque difieran en estilo, técnicas y concepción del mundo, son todos peculiarmente británicos, y escriben y publican más a menudo. Estos tres autores son realmente el centro de estímulo de la escuela británica en esta década del sesenta, una escuela más subjetiva, quizá más reflexiva, y ciertamente más literaria.

Los tres son autores comparativamente jóvenes, todos entraron en el género hace menos de diez años, en las páginas de *New Worlds* y *Science Fantasy*, cuando E. J. Carnell editaba ambas revistas. De los tres, Brunner es probablemente el más conservador en términos de técnica literaria y de adhesión a las "convenciones de la ciencia-ficción", según la fulminante frase de Ballard que en la práctica se refiere a todas las convenciones literarias, a algunas convenciones sociales, y a todas las "Convenciones" periódicas del

género. Si se hubiese iniciado en la década del cincuenta en los EE.UU., Brunner podría haber llegado a ser un Silverberg, un Garrett, un Anvil, pero no creo que hubiera escrito, hace diez años, un libro como su reciente *Thelepatist*. Aldiss se hubiera desarrollado quizá de un modo similar; es ciertamente el más versátil de los tres y su obra se basa más en contenidos convencionales, imaginería y estilo que en la trama y en las ideas. Sin embargo, estilísticamente, literariamente, es el más inglés, sobre todo en el papel de crítico (director del *Oxford Mail*, codirector del nuevo *S-F Horizons*).

Ballard, si hubiese escrito desde un principio para el mercado norteamericano habría dejado probablemente el género antes de entrar en él: no habría podido vender ni uno solo de sus diez primeros cuentos. He oído comparar la obra de Ballard con la de Bradbury y la de Burroughs, y el hecho de que estos cumplidos no tengan mucho sentido muestran, me parece, el valor de la obra de Ballard. Ballard se parece a los dos norteamericanos sólo porque necesitó como trampolín las revistas de la editorial Nova así como Bradbury necesitó *Weird Tales*, y Burroughs la Olympia Press. En verdad, lo único común entre ellos es que ninguno es un escritor común. (En la ciencia-ficción norteamericana sólo hay dos escritores que no se parecen a nadie: Kurt Vonnegut y Cordwainer Smith; los dos han estado desde el principio en el género, pero no han sido autores del género.)

En este aspecto, Ballard es también único: denuncia interminablemente las insuficiencias de la c-f, pero critica ante todo a los escritores, críticos y editores del género. Estilísticamente pertenece a las filas de la vanguardia, las técnicas experimentales y el surrealismo. Pero sus temas, su preocupación por las conformaciones metafísicas y biofísicas del tiempo y del espacio-tiempo, sus exploraciones "ontológicas" de la psique y de la superrealidad, su honda conciencia de

la inextricable relación de la mente con la materia, el organismo con el ambiente, están en la línea principal de las especulaciones de la ciencia-ficción más seria, y que se encuentran más a menudo en el dominio británico.

Ballard suele definir a la ciencia-ficción como "esa área en que el espacio interior y el espacio exterior se encuentran y se funden"; quizá sea también válido afirmar que en la obra de Ballard se encuentran y funden las ideas de la c-f y las técnicas del surrealismo. Este matrimonio es para mí el "Acontecimiento" del panorama literario contemporáneo, y el impacto de la obra de Ballard en ambos campos es cada vez más evidente. No sabría decir en verdad si la vitalidad y la excitación que uno descubre en el campo editorial inglés se debe en parte a la influencia de Ballard, o si la existencia literaria del mismo Ballard ha sido obra del clima especial inglés. El clima aquí *es* diferente, esto no puede discutirse, y los escritores de ciencia-ficción en la Inglaterra de hoy pueden disponer de lo mejor de dos mundos.

Ante todo, los escritores noveles ingleses han contado durante casi quince años con un mercado local de revistas casi continuamente abierto, pues tan pronto como alguien empieza a tener algún renombre una parte importante de su obra va a parar a las revistas norteamericanas, que disponen de más dinero. En Inglaterra hay aún sólo dos revistas, con formato de libro de bolsillo, y con dos directores que sostienen puntos de vistas radicalmente diferentes.

Kyryl Bonfiglioli dirige *Science Fantasy* desde una oficina en una galería de arte de Oxford donde también da conferencias sobre antigüedades y arte medieval. Mike Moorcock, de *New Worlds*, tiene las puertas virtualmente abiertas a sus colaboradores en el vestíbulo oficina de su casa de Londres, a tiro de piedra de Notting Hill en una dirección y de Hyde Park en la otra. A veces toma aún la guitarra con

la que se ganaba la vida recorriendo Europa pocos años atrás y entona un blues desesperado. Los dos hombres tienen algo en común: una tremenda impaciencia ante las limitaciones artificiales del género. Ambos esperan que la c-f alcance un elevado nivel literario, ya sea en un caso el del cuerpo principal de la literatura inglesa, ya en el otro el del frente adelantado de las letras contemporáneas. De cualquier modo ambas revistas son vehículo de los esfuerzos más experimentales y literarios tanto de los escritores ya conocidos como de las nuevas y crecientes cosechas de jóvenes talentos en potencia.

Tan pronto como el autor joven alcanza el nivel de publicación en libro, no le es difícil encontrar editor: o una casa inglesa en busca de material original que no se ha vendido aún en los Estados Unidos, o una edición norteamericana a la que seguirá una edición inglesa.

Esto es al menos lo común para los escritores conocidos. El dinero básico viene del mercado masivo norteamericano, pero la edición básica, desde el punto de vista del escritor, es la inglesa. Cuando pasa un cierto tiempo entre la edición norteamericana y la británica no es raro descubrir que los textos varían considerablemente.

Estas diferencias tienen como origen muchos factores, aunque la mayor parte depende de los distintos métodos de comercialización y producción editoriales en boga en los dos países. Un editor norteamericano de libros de bolsillo, por ejemplo, espera vender —en verdad debe vender— de dos a diez veces más ejemplares que una firma británica. La producción y la distribución masivas son vitales para el editor si quiere conocer por adelantado sus posibilidades de venta, pues las técnicas de predicción se aplican más exactamente a las ventas masivas.

Como resultado, el departamento de ventas tiende a dominar el departamento editorial; la calidad de

la prosa no sirve para determinar cuántos ejemplares se venderán de un libro; la "presentación" en cambio puede facilitar la predicción. De ahí el fenómeno del libro "especial", el hecho de si el autor tiene "nombre", y la creciente tendencia a hacer del departamento editorial una especie de puente entre el departamento de ventas y el autor. El departamento editorial juzgará ante todo si el producto es adecuado para la "presentación" y las técnicas de producción previstas.

Al mismo tiempo los métodos de producción en masa quitan flexibilidad a los planes de producción. Las firmas son mayores, las órdenes de impresión tienen que ser preparadas muy anticipadamente, el papaleo aumenta, todo se hace más lento.

No es sorprendente entonces que el editor norteamericano sacrifique a veces la calidad literaria en favor del número de páginas, el contenido y la fecha de entrega. Aceptará un libro mal pergeñado si eso le sirve para tapar un agujero en su plan de entregas de setiembre, insistirá en que se suprima de una obra todo el material que pueda ser ofensivo o poco atractivo en el mercado al que el libro está destinado; exigirá añadidos para justificar una cierta carátula.

Los editores británicos con que he hablado, libres de estas presiones, se muestran horrorizados ante la sola idea de modificar un libro sin autorización del autor, horror que la gente de Madison Avenue juzgará pasado de moda; no les parece raro que un autor retrase la salida de un libro para hacer una última revisión; suponen que las ventas eventuales dependen en última instancia de la calidad de la obra.

No es insólito, pues, descubrir considerables diferencias entre la edición norteamericana y la inglesa de un mismo libro. A veces el escritor envía un primer borrador al editor norteamericano mientras trabaja más cómodamente en otra versión que será publicada en Inglaterra. A veces los apresuramientos del edi-

tor norteamericano exigen la publicación de una obra aún no concluida desde el punto de vista del autor, pero éste se consuela con el adelanto en dólares que le da tiempo para el trabajo de revisión. A veces las diferencias se deben exclusivamente a cambios decididos en el departamento editorial de la firma norteamericana.

La posición literaria, piensa el autor inglés, depende de la reacción de la crítica local y de las ventas locales. Le es fácil olvidar, aun mientras recibe las regalías, que del otro lado del océano se venden y leen tres y cuatro veces más ejemplares del mismo libro, en una versión poco satisfactoria. La versión verdadera es la que leen los críticos y amigos ingleses. Y por supuesto, sin que entre en consideración el número de lectores, la versión definitiva es la inglesa.

Greybeard de Brian Aldiss es un ejemplo adecuado. La edición publicada en los Estados Unidos por Harcourt Brace fue recibida con mucho menos entusiasmo que la versión inglesa publicada por Faber & Faber poco después. He sabido que la edición de bolsillo norteamericana (Signet Books) contendrá la versión inglesa completa, y sugiero a quienes han leído el libro en la edición de Harcourt Brace que prueben otra vez leyendo la edición de bolsillo. El último libro de Ballard (*The drought* en Inglaterra, *The burning world* en los Estados Unidos) es quizá un ejemplo más típico; las diferencias entre las dos versiones son menos drásticas, y, sospecho, más representativas de las diferencias "climáticas" de los dos países.

He leído la versión inglesa y he hojeado la norteamericana. Las aparentes diferencias de longitud se deben ante todo a que en la edición de Berkley el cuerpo de letra es más pequeño y la caja más larga. Además en la edición inglesa el texto ha sido dividido en capítulos cortos. No hay en realidad verdadera expansión. Sin embargo, en una obra tan estilizada e intensa como la de Ballard aun los espacios en blanco

entre los capítulos son significativos, lo mismo que los resultados de una última revisión.

Está haciéndose casi imposible comentar aisladamente un libro de Ballard. El autor está desarrollando su obra de libro en libro, y de cuento en cuento, de tal modo que aunque cada unidad tenga su significación propia, alcanza su verdadera dimensión sólo teniendo en cuenta la totalidad de la obra. *The drought* ha de ser considerado como una novela que acompaña a *El mundo sumergido*. Esta vez Ballard explora los efectos de la sequedad, en vez del diluvio, en la psique humana. El libro, de nuevo, está colmado de caracteres exóticos, evocativos, arquetípicos que se mueven entrecruzándose en el polvo y el fuego, la sal, el hollín y las sombras del paisaje desértico. El tiempo parece detenerse; la acción y el momentum dramático parecen acelerarse.

Algunos de los conceptos que aparecen en esta obra han sido prefigurados por cuentos anteriores —*The Delta at sunset*, *The reptile enclosure*, *The cage of sand*—, pero en la novela los elementos y las ideas se funden en un relato sorprendentemente excitante, aun cuando son sólo elementos de cierta perspectiva en el paisaje más amplio de una exploración ontológica.

Pienso que este libro es de más fácil lectura que *El mundo sumergido*, y, casi ciertamente, una novela mejor. Esto no quiere decir que sea un libro mejor (en verdad Ballard no escribe realmente novelas), y esto no se sabrá quizá durante un tiempo. El significado de la obra parece subir lentamente a la conciencia, aun mucho después de cerrar el libro.

Traducción de F. A.

CINE: LA PANTALLA INGLESA

Agustín Mahieu

La literatura de ciencia-ficción no es un fenómeno reciente. Si su expansión, en los últimos años, ha adquirido un puesto espectacular —y progresivamente cualitativo— es debido sin duda al desarrollo vertiginoso de la ciencia, que ha modificado todas las coordenadas de la vida contemporánea. La civilización técnica, por otra parte, ha llegado a un punto crítico: su propio dominio implica una serie de descubrimientos fundamentales que proponen ya, como problema, su misma concepción del mundo.

Si esta literatura nació como anticipo y a veces como problematización del futuro, los actuales avances de la revolución científica y tecnológica la colocan súbitamente ante las puertas entreabiertas de ese futuro que parecía lejano. Por lo mismo, sus obras más notables no son ya ficciones puras, sino la meditación abismal sobre una transformación del hombre ante las exigencias de un universo en expansión.

Sin embargo, como escribe André Labarthe, “la obra de ciencia-ficción aparecía, entonces, desde el alba de esta civilización, como el presentimiento de una era futura aún estorbada por las ideas-fuerza de un mundo que se desmorona. Que lleva ya cerca de un milenio en desmoronarse”.

Como un microcosmo de la historia universal, el cine repite sus hitos. A las obras de Bergerac o Charles Sorel (1597-1674) se corresponden los maravillosos films primitivos de Georges Méliès: su *Voyage dans la Lune* (1902) es la primera etapa. También refleja el cine el pasaje de la alquimia (esa edad media de

la ciencia) a la cibernética. El cine expresionista alemán (*El golem*, 1914, de Paul Wegener; *Metrópolis*, de Fritz Lang, 1926) y el cine fantástico norteamericano de 1930-1936 (*King Kong*, la serie de *El hombre invisible* de Wells) ceden ahora a una aproximación más compleja, sobre todo después de los descubrimientos atómicos y el progreso de las técnicas en la astronáutica.

Los robots antropomórficos (*Frankenstein*) aparecen aún en el film *El planeta desconocido* (Fred Mac Leod Wilcox, 1956) pero muy pronto los cerebros electrónicos pierden su forma humana y franquean el paso que separa la realidad conocida del mañana perturbador.

“La pluralidad de los mundos, el análisis del tiempo y la cuarta dimensión, la energía materializada, son algunos de los grandes temas de la cf, y estos vastos dominios, decenas de otros, no necesitan ya del pensamiento tradicional para combinar los datos de la ciencia actual y lanzarse hacia especulaciones en que el humor, lo maravilloso, la libertad —en una palabra, la poesía— pueden reinar elaborando reglas nuevas e inventando reglas desconocidas, restableciendo al hombre en su soberbia dignidad”, escribe el crítico y cineasta Kyrrou.

Sin embargo, el cine, como la literatura, experimenta a menudo el terror de lo desconocido. Por eso uno de sus temas característicos es la rebelión de la máquina: después del reinado de Dios y la hegemonía del hombre, se especula sobre el advenimiento de la máquina todopoderosa, liberada de su creador. Ya Samuel Butler profetizaba en 1870: “Hasta ahora, las máquinas reciben sus impresiones a través y por intermedio de los sentidos del hombre. Una locomotora en marcha lanza un grito de alarma agudo a otra locomotora y ésta le cede su paso inmediatamente; pero es a través del oído del maquinista como una ejerce impresión sobre la otra. Sin el maquinista, la llamada hubiera seguido

sorda al grito de atención. Hubo tiempos en que resultaba improbable que las máquinas pudieran aprender a transmitir sus necesidades, aun con la intermediación de los oídos del hombre. ¿No podemos imaginar después de esto que llegará un día en que ya no necesitarán de este oído y ellas oirán gracias a la delicadeza de su propia organización?”¹

Una concepción generalizada en la literatura y que ha pasado ya a las obras cinematográficas es que el sistema moral del hombre ha sido sobrepasado por su sistema científico. El crítico de cine André Bazin escribía: “La fantasía moderna... es el fruto de una ciencia... que amenaza destruir a la humanidad si ella no sabe inventar la moral que le corresponde.”

Todo sucede como si el hombre —tras la orgullosa era de su fe en constituir el centro del universo— tomara conciencia de su actual lugar en el mundo, eminentemente *relativo*. Según la óptica adoptada, el resultado de la obra será pesimista (*El día que paralizaron la Tierra*, Robert Wise, 1951), optimista (*El dueño del mundo*, Lee Sholem, 1953) o de angustiosa perplejidad (*El planeta desconocido*).

Dos obras recientes realizadas en Inglaterra participan de esta concepción apocalíptica: *The Village of the Damned* (*El pueblo de los malditos*, Wolf Rilla) y *Fahrenheit 451* de Truffaut.

Ambos coinciden en su carácter “intimista”, sin el habitual uso de maquetas o trucos. La gravitación de lo cósmico aparece bajo la forma de sugestión, excluidos todos los recursos de materialización fantástica: *The Village of the Damned*, inspirada en la novela de John Wyndham, es un film que abre una vía plausible frente a las producciones de gran espectáculo, los “shows” del espacio, donde casi siempre el decorado

¹ *Erewhon*. Se podría agregar: el hombre *informa* a la máquina. Pero hoy, como señala Raymond Ruyer, “las máquinas se informan unas a otras y se informan por sí mismas”. (*La Cibernétique*.)

resulta inferior a la imaginación. La fantasía visual, a menudo irrisoria y acartonada (ejemplo típico es la película inspirada en la novela de H. G. Wells *Los primeros hombres en la Luna*), es sustituida por una especulación intelectual, cuya raíz parte de preocupaciones sociológicas y morales. El elemento extraterrestre gravita indirectamente sobre los humanos y parte de la presunción de la existencia de otra raza desconocida.

El tema (tan frecuentado en la literatura específica) es la aparición de *mutantes* sobrehumanos en el seno de la especie terrestre. Los mutantes están ya entre nosotros: esta concepción arriesgada por Nietzsche, que es también el tema fascinante de *Más que humano* de Sturgeon, implica en las obras de Stapledon y Arthur C. Clarke la aniquilación progresiva del homo sapiens, sustituido por una nueva especie. Todos estos relatos tienen en común la simpatía que se manifiesta por los no humanos al mismo tiempo que se señala una condena implícita a los excesos racistas y salvajes de nuestra pretendida civilización. Es una actitud, por otra parte, que caracteriza la parte más avanzada y adulta de la literatura de c-f. Pero esta posición crítica no era frecuente en cine, salvo en el ya citado film de Robert Wise, *El día que paralizaron la Tierra*.

The Village of the Damned describe las relaciones entre una comunidad humana claramente delineada —la población de una aldea inglesa— y los invasores extraterrestres que se *encarnan* en un grupo de niños dotados de poderes colectivos sobrehumanos. Este tema complejo, bastante similar a *El fin de la infancia* de Clarke, está tratado con una profundidad psicológica y moral completamente novedosa en el cine de c-f. Sin embargo, su desenlace adquiere un conformismo de tinte racista, insólito en relación con su maduro planteo.

Lo que introduce una diferencia radical entre la población "normal" y sus doce inquietantes vástagos,

es la notable, casi inhumana belleza de los niños. Ellos forman un grupo cerrado, dotado de un cerebro colectivo como los personajes de *Más que humano*.

La primera reacción de los pobladores es un odio instintivo, teñido de terror; luego se despliega la desconfianza de autoridades y militares, que ven en los niños la punta de lanza de una subversión desconocida y por último una amenaza de invasión.

La reacción de los científicos es más ambigua. Ante todo los niños despiertan una curiosidad especulativa, ante sus poderes de inteligencia superior y la revelación de sus capacidades espirituales inusitadas. Pero muy pronto el terror a lo desconocido y sobre todo la imposibilidad de admitir la existencia de una organización intelectual diferente a la habitual —que no se adapta a las coordenadas de la conducta humana— los conduce a destruir lo que no puede aceptar.

"*The Village of the Damned* comienza con una secuencia puramente fantástica —escribe el crítico Jean-Paul Torok— elaborada sin el menor truco técnico, y que constituye uno de los más hermosos logros de la intrusión de lo extraño en la realidad cotidiana. La inspirada utilización de la hechizante campiña inglesa y la fluidez de los movimientos de cámara, coinciden en la creación de una atmósfera de angustia opresiva, que sugiere admirablemente la *posesión* del pueblo por los seres exteriores. Esta evocación de los *Grands Transparents*, que intuyó genialmente André Breton, concluye con la inquietante aparición de los niños cuya apariencia de ángeles nocturnos logra sugerir la carga de una inteligencia que escapa a las normas humanas.

"El efecto todopoderoso de su *mirada* basta para conferir a sus rostros la marca de su inhumanidad; es una mirada cuya llama es a la vez fascinante y glacial. Es necesario ver repetidas veces esta extraordinaria secuencia, donde los campesinos hipnotizados avan-

zan lentamente por la pradera, ardiendo como antorchas, bajo el ojo sereno de los pequeños *monstruos* que no parpadean siquiera ante ese espectáculo atroz.

Esta breve reseña sugiere un hecho lamentable: no existe ni dentro de la cinematografía inglesa ni en las demás un número apreciable de obras de ciencia-ficción adultas, que aprovechen la capacidad de la imagen para desplegar con riqueza y profundidad los problemas del hombre frente a su nueva dimensión.

Hace dos años, el director norteamericano Joseph Losey (actualmente radicado en Gran Bretaña) realizó *The Damned*. A pesar del origen de su autor, este film de c-f es típicamente británico, y tiene cierta similitud con el citado anteriormente. La trama es la siguiente: un sabio conduce una experiencia secreta, bajo estricto control gubernamental. Un grupo de niños "radiactivos" son aislados en un laboratorio subterráneo, y sometidos a un progresivo tratamiento que puede desarrollar su resistencia; son por lo tanto cobayos de un experimento para dotar a la humanidad futura de una posibilidad de supervivencia ante un conflicto atómico que se supone inevitable.

El film comienza en Dorset, en una apacible ciudad balnearia. Un turista americano descubre en plena calma victoriana inusitados elementos. Al seguir a una muchacha de ceñidos pantalones (su atuendo es una visible alusión al uniforme de la "space girl" de las historietas) irrumpe en una banda de jóvenes iracundos de campera negra y motocicletas. El ruido de un rock estalla frente al mar mientras los jóvenes se agrupan alrededor de "King", su leader, bajo una estatua de George III. Este prólogo da el tono del film —escribe un crítico, J.-P. Torok—: "No es una historia convencional de nuevaoleros sino una ciencia-ficción *contemporánea*, donde la invasión del porvenir ha sumergido ya el presente. El futuro invade todo (señala Losey) hasta en esta ciudad fuera del tiempo que es Weymouth, en el extremo sur de Wessex."

"Yo creía —dice el protagonista, golpeado por la banda— que Inglaterra era un país poblado por viejas damas que beben té. Ahora veo que la violencia está en todas partes."

Bajo el acantilado, en el espesor de la roca, los niños cobayos vegetan en un decorado funcional, vigilados por cámaras de televisión, servidos por robots y educados por medios tristemente "audiovisuales".

"Losey rehúsa el pintoresquismo psicológico de los *mutantes* —agrega Torok—. Estos niños no poseen poderes telepáticos ni de otra especie. No obstante son más extraños, muertos vivientes, cuerpos helados que viven una existencia artificial, en una nursery que es también una prisión. Sin exceso de simbolismo, se nos presentan como los homólogos de los jóvenes con camperas de cuero, que viven en la superficie y que, como ellos, son extrañas víctimas. King, su jefe, compartirá su suerte, será también contaminado y eliminado del mundo de los vivos. Como ellos, es un producto artificial de una sociedad sacudida por la certeza de su mortalidad."

Los científicos, por su parte, trabajan para el futuro, aunque para ello deban sacrificar seres humanos; lejos del clisé del "sabio loco", admiten que su experiencia es monstruosa, pero la anteponen como salvaguarda de una aniquilación total por la bomba. El testigo inocente, el "americano tranquilo", también será destruido junto a la muchacha que ama, por haberse acercado al pueblo de niños contaminados, primeras víctimas de la guerra del átomo. Cuando se creen libres; en el mar, comienza su agonía, sardónica parodia del happy end.

The Damned es sin duda el más terrible de los films de c-f ingleses, también el más pesimista. Como en otras obras de Losey (sobre todo *Por la Patria*) sus personajes expresan la irresponsabilidad de los "responsables", la fatalidad histórica que los arrastra, la condena ineluctable de las víctimas.

Frente a este pesimismo, Truffaut ha descubierto en *Fahrenheit 451* una forma muy personal de expresar una fe en el hombre. Esta fábula del mundo electrónico es, según sus palabras¹, "Una historia desarrollada en el mundo tal como lo conocemos; sólo hay un ligero desplazamiento hacia adelante en el tiempo. La atmósfera no es extravagante ni de anticipación: sólo es extraña. El relato tiene un postulado simple: se desarrolla en una sociedad donde la función de los bomberos no es ya extinguir el fuego sino quemar los libros, cazar a los intelectuales. El lugar es indeterminado, los personajes tienen una nacionalidad indefinida. El film no es por lo tanto realista, si bien presenta numerosos elementos de la realidad.

"El tema del film es el amor por los libros; para algunos, este amor es intelectual; se ama un libro por su contenido, por su texto. Para otros, es un vínculo sentimental por el libro como objeto. (...) En un plano menos individual e íntimo, la historia me interesa porque está en la realidad: el verdugo de los libros, la persecución del pensamiento, el terror de las ideas son elementos que retornan en la historia humana. Ayer, aparecían bajo formas crueles, abiertas. Ahora, aparecen en manifestaciones más oblicuas, pacíficas, pero más peligrosas... Discos, cintas magnéticas, cine, televisión... radios a transistores... Miramos, escuchamos. Operaciones alienantes, que nos llevan al exterior de nosotros mismos, nos proyectan afuera, nos sustraen a la reflexión y la soledad que implica la operación de la lectura.

"... En nuestra sociedad los libros no son ya quemados por Hitler o la Santa Inquisición; son inutilizados, sofocados por las imágenes, los sonidos y los objetos. Y los intelectuales, los auténticos, los honestos, son como otrora los judíos, los *maquis*. Quien tiene

¹ Declaraciones en *Cinéma 66* y *Cahiers du Cinéma*.

ideas, en una civilización de cosas, es como un maldito; el que piensa es un hereje. Un ser diferente es un enemigo. Es un tipo que pone la sociedad en crisis porque representa su mala conciencia, la prueba viviente de que no todos han perdido la razón, no todos han traicionado a cambio de una villa, un auto o una colección de juguetes electrónicos. Un hombre que debe ser eliminado al mismo tiempo que sus libros.

A pesar de estas declaraciones, el paradojal Truffaut no ha concebido indudablemente su film como un panfleto unilateral sobre una cultura amenazada; es demasiado individualista para eso. Quizá su obra, como las anteriores (*Los cuatrocientos golpes*, *Jules et Jim*), es ante todo un acto de rebeldía y de amor, esta vez por los libros y la libertad del hombre.

Como Jean-Luc Godard en *Alphaville*, ha evitado la invención de objetos tecnológicos definidos. De la novela de Bradbury eliminó el sabueso robot que perseguía a los criminales con infalibilidad cibernética; la televisión trimural se transforma en una pantalla normal pero igualmente obsesiva. También desaparecen las radios minúsculas y otros elementos electrónicos igualmente superables en la realidad.

A Truffaut le interesa menos la proyección histórica o en el tiempo que la mutación emotiva. Por eso también, el personaje de la mujer de Montag, cuya conciencia se disuelve en los narcóticos audiovisuales, y la amante que le descubre el mundo de los libros, son interpretados por la misma actriz, la inglesa Julie Christie. También Montag y su enemigo, el jefe de bomberos, han evolucionado sutilmente. Truffaut escribe en su diario de filmación: "Este hombre, este Capitán que vomita los libros, va a ser terriblemente simpático y está bien que sea así. Por eso (o gracias a eso) se aleja del melodrama y el papel será más viviente. Mientras las voces de los ingleses 'sólidos' desgarran mis oídos, la del irlandés Cyril Cusak (el Capitán) me encanta casi tanto como el acento aus-

tríaco de Oscar Werner (Montag). Desde hace algunos días mis temores sobre los aspectos británicos del film se han calmado."

Una de las preocupaciones esenciales de Truffaut es —incluso técnicamente— convertir a los libros en los verdaderos protagonistas y hacer que sus hogueras sean emotivamente dramáticas. Los fuegos han sido filmados en ralenti o acelerado; los libros escogidos en función de su poder evocador: no sólo por sus autores sino por su formato y sus ilustraciones. Algunas páginas han sido agrandadas para que se pueda descifrar; por ejemplo, el texto de *Crimen y Castigo* mientras las llamas lo calcinan.

Por todo esto, quizás, la ciencia-ficción de Truffaut, desmitificada, "es llevada a sus dimensiones humanas, desemboca en el presente sin prejuzgar el porvenir. Las fuerzas malignas aquí liberadas, son no tanto las que vienen en el futuro sino las que se presienten sorpresivamente en el hombre contemporáneo."

Es tal vez en Inglaterra, un país tan aplicado a preservar todos los signos del pasado, tan aferrado a las tradiciones, donde la irrupción de los fenómenos modernos produce una *inquietud* mayor. Por eso los films de Wolf Rilla, Joseph Losey y Truffaut (curiosamente los tres son extranjeros) adquieren un matiz que no se ha dado en los ejemplos de la c-f extranjera —sobre todo norteamericana— aún ligada al espíritu de las historietas o el dibujo animado. Estas obras, únicas por su preocupación adulta, por la exclusión de pintoresquismos ingenuos, señalan un camino nuevo, casi inexplorado, en el cine actual de ciencia-ficción.

8300
THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición inglesa

VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa

FICTION

edición japonesa

S-F

edición alemana

EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana

FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana

MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimera Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.



las obras maestras de la ciencia-ficción
la aventura de la ciencia
la literatura fantástica contemporánea